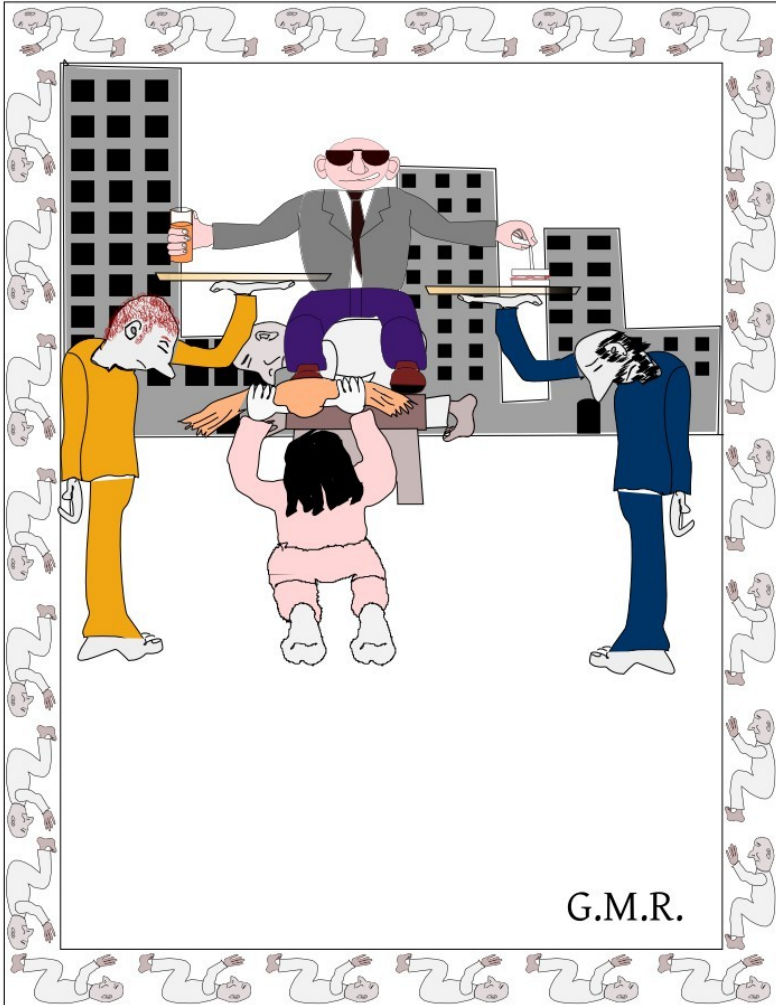


Crisis, ¿qué crisis?



¿CRISIS?, ¿QUÉ CRISIS?

Nº31. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.
Redactores JLM y JCJ

EDITORIAL

Estamos en crisis. Muchas crisis. Plural.

Cuando la economía nos preocupa, suele ser buen momento para que nos demos cuenta de los otros zapatos que nos aprietan. Debe de ser que el dinero, los recursos más bien, nos hacen replantearnos nuestra cotidianidad, sopesando unas y otras facetas de nuestra existencia.

Por eso ahora, ante la grave crisis económica, se nos plantea la existencial. Una crisis múltiple, con incontables caras y facetas. Aunque, tal es nuestra monomanía materialista, casi todas suelen desdibujársenos en la monetaria, mezclando en ella todo sinsabor que hayamos padecido. No es una catarsis. No supone alivio alguno. Pero no por ello dejaremos de regodearnos en la desgracia, absoluta y plural, o mínima, personal e intrascendente. Con lo que tiene de fracaso, de terror al futuro u odio al pasado. Pero, a la vez, contaminada con la inevitable dosis de esperanza, esa droga maléfica que empuja siempre a los hombres, animándonos a buscar nuevas luces, las del cambio necesario, aun en las situaciones más tenebrosas.

Por eso el título de este número.

Os ponemos en antecedente, a modo de explicación. Cuarenta años atrás, durante la crisis anterior -ya se sabe, se asume con resignación que las económicas son cíclicas, recurrentes-, millones de personas en problemas, artistas concienciados. Un grupo musical inglés, de lo que se llamaba rock sinfónico, Supertramp, publica uno de sus álbumes más famosos. Su título era el de esta revista, pero en inglés, claro está. Y en él se veía, sobre un fondo en blanco y negro, de ambiente industrial que sugería abandono, contaminación, oscuridad, a un tipejo en bañador, con aire vacacional, situado entre la desolación como quien se dispone a tomar el Sol.

De ahí el título. De ahí las preguntas, idénticas hoy que entonces, porque siguen siendo muchas las crisis, muchos los ciegos a ellas y muchos los que se aprovechan de las circunstancias para vivir sus particulares vacaciones a costa de todos los demás, convirtiendo la crisis ajena, la de la economía, en el origen o complemento de su fortuna.

Consolémonos pensando que, ante las apreturas materiales, suelen florecer el ingenio, la solidaridad o el enriquecimiento espiritual, junto con todos los males que las acompañan.

Al menos en la anterior crisis, el arte floreció, lejos de padecerse la crisis creativa y, sin ir mucho más allá de nuestro grupo de rock mencionado, nos vienen a la cabeza, en un instante, otros títulos gloriosos de la música rock, como ese "Selling England by the pound" de Genesis o el archiconocido "Crisis" de Mike Oldfield.

Obviamente, tales hitos musicales, u otros culturales cualesquiera, no compensarán en el presente al parado, hipotecado o hambriento. Ni el mal de muchos ha de ser consuelo de nadie, por tonto que se lo represente, ni hemos de pensar que la crisis siempre es una oportunidad de mejora por el mero hecho de hallarse hundido en el fondo de un pozo.

A todos los sufridores, ciegos, locos y aprovechados que nunca leerán nuestras páginas, van dedicadas las reflexiones y locuras de este número.

CRISIS

Temo que ha transcurrido demasiado tiempo desde que traté de iluminar a los redactores de este panfleto con el poco sentido común de que me ha hecho acreedor la Providencia. Me animo hoy, con motivo de asunto tan trascendente como el de la crisis, a ejercer nuevamente mi magisterio y, para evitar los habituales equívocos del lenguaje, me limitaré a incluir y comentar, brevemente, las diferentes acepciones que nuestro diccionario contempla para el término crisis:

1. Cambio brusco en el curso de una enfermedad, ya sea para mejorarse, ya para agravarse el paciente.
2. Mutación importante en el desarrollo de otros procesos, ya de orden físico, ya históricos o espirituales.
3. Situación de un asunto o proceso cuando está en duda la continuación, modificación o cese.
4. Momento decisivo de un negocio grave y de consecuencias importantes.
5. Juicio que se hace de algo después de haberlo examinado cuidadosamente.
6. Escasez, carestía.
7. Situación dificultosa o complicada.

Obsérvese que, contrariamente a lo que muchos imaginan, las primeras hacen referencia a temas de salud, si bien incluyen, con la física, la espiritual y aun los acontecimientos históricos. En cierto sentido, aunque cogida por los pelos, esta segunda acepción nos serviría para referirnos a la situación actual. La tercera y la cuarta nos recuerdan el otro significado de punto de inflexión y

duda en el que la balanza del asunto ha de decantarse ya en un sentido ya en otro. Creo que a este sentido también aproximarán sus argumentos algunos de los artículos de la revista. Si bien la que más extraña nos resulta es la quinta acepción que, yo mismo lo confieso, me resultaba desconocida. Obviamente, las acepciones sexta y séptima son las que más usualmente utilizamos en nuestro tiempo de dificultades económicas, sociales y políticas.

Por último, referido a la propia gobernanza, el diccionario añade una explicación a la idea de "crisis ministerial": situación en que se encuentra un ministerio desde el momento en que uno o varios de sus individuos han presentado la dimisión de sus cargos, hasta aquel en que se nombran las personas que han de sustituirlos. Y creo que, en nuestro tiempos, país y según costumbre bien asentada, este es un tipo de crisis que nos resulta aún más extraña que el juicio de valor tras examen o escrutinio al que antes nos hemos referido.

Confío en que estas sencillas puntualizaciones hayan sido de su gusto y a su entera satisfacción.

Abundiógenes

UN HABITANTE DEL PARQUE

Me gusta pasear por el parque de noche. Adoro la sensación de soledad, percibir que estoy solo y hacerme idea de que me rodea una porción de naturaleza en lugar de los tristes edificios de la ciudad. Sé que suena raro y habrá quienes lo intuyan peligroso. A la imaginación siempre acuden ideas escabrosas de crímenes ocurridos en lo oscuro y lo aislado. Habrá quienes supongan que el raro soy yo. Tal vez tengan razón, y no me importará mientras no se me imagine peligroso, uno de esos lunáticos que huyen de la gente o que buscan ocasiones para el voyeurismo. O peor, que me presupongan uno de esos delincuentes que aprovechan el descuido ajeno, o un psicópata que busca sus víctimas en lo apartado. Simplemente, me gusta pasear de noche por un lugar tranquilo y no demasiado apartado. Tampoco me pongo a frecuentar cementerios, descampados o polígonos industriales. De hecho me sorprende que los parques de la ciudad, sea por temor, necesidad de descanso o la insufrible televisión, se encuentren habitualmente vacíos por la noche, sin necesidad de alcanzar horas particularmente avanzadas. Tampoco me considero un inconsciente o un despreocupado que se arriesga sin sentido. Sé que hay parques que se clausuran durante las horas nocturnas, a veces cerradas sus vallas con candado, no sé si por evitar el latrocinio, la prostitución o el vandalismo. Nunca he tenido sensación de peligro en el

parque. Sí me han asustado, breve y levemente, sonidos o presencias extrañas, igual que pueden causarme cierta aprensión la presencia de alguna sabandija, insecto, gusano, reptil, murciélago o batracio -visitantes habituales- en mitad de lo oscuro. Pero no verdadera inquietud, pues asumo que el miedo a lo que nos resulta extraño, aun lo natural, es parte de nuestra absurda condición humana de antigua presa de bestias poderosas. En realidad, el no saber qué es lo que te rodea, percibir sombras sin identificar o escuchar el sonido de grillos o aves indeterminadas, es parte del encanto de mis caminatas noctámbulas. Los paseos me relajan, y ésa es la verdad. Me importa poco, casi lo prefiero, no cruzarme con persona alguna durante mi deambular. Aunque, lo admito, rara es la noche en la que no se produce algún encuentro con otros seres humanos, sean corredores nocturnos, ajetreados trabajadores de regreso a casa, juerguistas impenitentes o merodeadores de toda clase, en general inofensivos. E incluso, en alguna ocasión, sin que yo pretenda ejercer de mirón, algún hecho de interés se presenta ante mis ojos. No diré que haya presenciado verdaderos espectáculos o acontecimientos de cierta trascendencia, pero sí sucesos lo bastante curiosos como para reclamar mi atención y despertar mi sensibilidad.

Algo así me ocurrió hace unos meses durante uno de mis paseos nocturnos y es la razón de que me haya decidido a redactar este breve relato. No voy a mencionar una fecha exacta. Como tampoco voy a indicar mi nombre, ni el del parque donde sucedieron los hechos. Tampoco voy a proporcionar referencias espaciales, ni detalles acerca del lugar que puedan permitir a un lector curioso localizarlo. Ni mucho menos descubriré la identidad del personaje al que voy a referirme, o mostraré detalles sobre él que permitan su identificación. Si proporciono alguna referencia será falsa, más necesaria para contextualizar de algún modo la información y embellecer el texto que para dar contenido al relato.

Todo empezó, como digo, hace unos meses, durante uno de mis habituales paseos nocturnos. Como no tengo un parque preferido ni un recorrido habitual, mis movimientos de cada noche son básicamente impredecibles y atienden al deseo o impulso del momento, todo lo más a una planificación de última hora o a la decisión establecida la víspera, en función de cualquier motivo que me haya movido a ello.

Esa noche paseaba por un parque que no suelo frecuentar. Algo a tras mano de mi domicilio. También un parque relativamente nuevo, demasiado geométrico e impersonal como para incluir lugares recónditos y escondidos o árboles lo bastante crecidos como para crear zonas claramente diferenciadas.

Un parque, en todo caso, algo retirado de las edificaciones y quizá aún menos frecuentado de lo habitual, de noche, por supuesto, pero también durante las horas centrales del día. Uno de esos parques que parecen de relleno, como una inversión municipal en un terreno propio cuyo cometido no queda muy claro para quien no se haya molestado en investigarlo y que puede ser la excusa para una nueva ampliación urbanística, la zona verde con que calmar, a bajo coste, las exigencias vecinales de algún servicio comunitario, la excusa para preservar por unos años un terreno en espera de la próxima recalificación -y pelotazo inmobiliario- o la manera de eliminar de la vista un antiguo vertedero, unas ruinas o algún paraje de ingrato recuerdo.

Eso no significa que el parque fuera feo o desagradable. Aunque no se encuentra, obviamente, entre mis preferidos, ni creo que los de nadie. Es, quizá, el lugar donde uno esperaría encontrar parejas metiéndose mano, drogadictos o borrachos apartándose para ejecutar sus vicios. O caminantes solitarios, como era yo en aquella ocasión. No temía toparme con chorizos, mirones o psicópatas por aquellos lugares desiertos, sin apenas personas a las que robar, espiar o asesinar. Ni tampoco a un personaje como el tipo que acaparó toda mi atención cuando lo pude observar desde lejos y adiviné, o más bien intuí, sus intenciones. El tipo que, sin conocerlo ni cruzarme con él, despertó mi curiosidad hasta el punto de animarme a regresar a aquel parque no una sino sucesivas noches, convertido, ahora sí, en espía e investigador, muerto de curiosidad e interés, casi de explorador o científico, como el que deben de desplegar esos periodistas del corazón que no abandonan a sus presas a Sol ni a sombra, los detectives privados en busca de pruebas de lo que sea que investigan -cuernos, robos, costumbres infamantes- que paguen su jornal, o las porterías de viejo cuño siempre pendientes del trasiego de gentes ante el inmueble que cuidan y vigilan cual perro mitológico.

Pónganse en situación: yo paseando a mi ritmo, pausado, despreocupado, relajado, pendiente más bien de mis pensamientos, en general poco profundos en ese momento, que del paisaje, que no encuentro particularmente inspirador. Acabo de desembocar en una plazoleta, junto a una zona infantil y unos matorrales. Cuatro callejuelas, perpendiculares entre sí, todas con caminos de arena prensada, bordeadas de setos y parcelillas con árboles raquíuticos y algunas plantas aromáticas propias de terreno seco: tomillos y romero. Ante mí, al comienzo de una de las callejas, se muestra un espectáculo insólito: se alza una losa del suelo -tal vez la tapa de una alcantarilla o la de un registro, desde lejos no lo puedo saber- y, con aquella tapa alzada desde abajo, un personaje empieza a ascender, primero se ve la

cabeza, luego todo el torso, finalmente su figura completa, que se aparta, baja la tapa, se agacha a su lado, manipulándola de algún modo, se pone de nuevo en pie, mira, a destiempo, a su alrededor, y echa a caminar, alejándose del lugar calle adelante. No me ha visto. Yo a él apenas, solo sus maniobras y su silueta a contraluz de una de las escasas farolas. No creo que sea un empleado público. Ni son horas de reparaciones -no se intuye, al menos, la necesidad de una reparación urgente en aquel lugar y momento-, no se comporta como un operario del agua, la luz o el teléfono, ni sus gestos o acciones se corresponden con el desempeño de tareas semejantes. Bien es cierto que lo he visto de lejos, sin posibilidad de reconocimiento ni de juzgar propiamente sus acciones, pero su presencia y sus ademanes resultan, cuando menos, sospechosos. Tanto como sorprendentes. Cuando el tipo se aleja lo suficiente, no resisto la tentación de acercarme al lugar donde creo haberlo visto maniobrar. En un primer momento, a la mortecina luz que envuelve el lugar, no veo más que tierra y piedras. No hay planchas de acero que oculten el alcantarillado o cualquier conducción subterránea. Tras fijarme con mayor atención, percibo la presencia de una losa de hormigón que podría cubrir cualquier cosa. Oculte lo que oculte parece, desde luego, parte propia del acabado del parque. No puedo moverla. La intuyo pesada. En todo caso, hay un par de gruesos candados que la mantienen fija a su marco y soporte, también de hormigón, encastrado en el suelo. Presenta un par de bisagras oxidadas, aunque el metal se intuye limpio y brillante justo en la zona de su articulación, como pieza que se utiliza con cierta frecuencia. Mis pesquisas, por el momento, no pueden ir más allá. Aunque mi curiosidad no ha sido satisfecha y, ya desde ese preciso instante, me prometo regresar durante el día a la misma localización y repetir visita nocturna al parque, para satisfacer esta nueva vena de cotilla o fisgón, deseoso de aliviar mi curiosidad, de saber de lo que, aparentemente, ni me importa ni debería interesarme. Apremiante, no obstante, por lo que tiene de caso sorprendente, fuera de lugar, aunque la apariencia global sea la de algo cotidiano, propio del mantenimiento del parque, por más que suceda a deshora. O a mí me lo parezca.

Al día siguiente, no espero a que sea de noche para salir de dudas. A plena luz, justo después del trabajo, me paso por el parque. Me he desviado bastante de mi recorrido. Es media tarde y debería haber marchado directamente a casa, a descansar. Pero la curiosidad me ha vencido. No soy el tranquilo paseante de otras ocasiones. En ésta me siento explorador deseoso de realizar un descubrimiento. Curiosamente, quizá por la falta de costumbre, me ha costado algo más de lo previsto situar en su justa localización la

portezuela. No me equivoqué la víspera. Se trata de una plancha de hormigón, aunque sus ribetes, igual que el propio marco, están hechos de hierro, medio oxidado salvo en las bisagras. Cerca del extremo contrario, en posición centrada, quedan las huellas de lo que debió ser un tirador, probablemente de acero. En su lugar, hay un hueco, torpemente excavado en el duro material, que permite introducir la mano, en una posición adecuada para tirar y abrirla. Ahora resulta inútil repetir el gesto. Como la noche anterior, los dos candados, viejos pero no estropeados, la mantienen firmemente sujeta en su posición. Está claro, así lo percibo con la claridad del día, que los candados se utilizan habitualmente. Si por fuera muestran restos de óxido, la propia cerradura está brillante, juraría que incluso debidamente engrasada. Probablemente, también lo están las bisagras. No queda, si es que alguna vez la hubo, ninguna inscripción o letrero grabado en el cemento o adherido a su superficie, ni placa de metal o cartel anunciador en las proximidades, nada que indique el cometido de aquella trampilla, nada que sugiera la clase de túnel que se oculta en su interior o la función de aquel lugar. Alrededor tampoco hay ninguna pista que me proporcione una explicación plausible. Solo dos certezas: la trampilla se usa y un personaje nocturno se deslizó desde su interior la noche pasada. Y, ya que en estos minutos en que he permanecido investigando, no ha aparecido ningún individuo por allí, ni hay un empleado municipal al que preguntar, sé que esta noche volveré por allí a fisgar, a tratar de salir de dudas aun a riesgo de convertir mi curiosidad en obsesión, consciente de que es posible, incluso probable, que el suceso de la víspera fuera accidental, un incidente puntual obligado por alguna revisión extemporánea del lugar. Es casi seguro que nadie aparecerá por allí durante una buena temporada y, sin embargo, tengo el palpito de que algo sucederá. Lo llamo intuición, pero tiene su lógica suponer que, si las bisagras están limpias de orín y los candados cerrados, engrasados y en perfecto uso, la trampilla debe ser abierta y cerrada con mayor frecuencia de la que su ubicación y la falta de rotulación podrían hacer suponer. ¿Curiosidad malsana por mi parte? No lo creo. Una pequeña manía, una obsesión en ciernes o cabezonería, a la que soy bastante aficionado, obtusa e irracionalmente. También una distracción, una finalidad añadida al habitual paseo nocturno.

No permanezco más tiempo por allí. He decidido pasar más veces, incluso esa misma noche, pero tampoco pretendo hacer guardia a todas horas por satisfacer mi curiosidad. Comprendo que es una tontería, o lo parece, pero me agrada la sensación de misterio, aunque haya sido creada por mí y exista solamente dentro de mi cabeza.

Me alejo del lugar y, al escuchar un ruido, me vuelvo. Inconscientemente he querido creer que procedía de la trampilla. Pero no. Se trataba de un joven haciendo *jogging* que ha pasado por mi lado. No iba a ser yo el único visitante de aquel lugar apartado.

No siento mayor inquietud. Vuelvo a casa, descanso, tomo algo y hasta dormito viendo la tele. Ya es de noche cuando me decido a salir. He de confesarme que es más pronto de lo habitual. Unos minutos, al menos. Quiero llegar antes que la víspera, quizá sospechando que en las visitas nocturnas, si es que son de trabajo, pueda darse una cierta periodicidad. No recuerdo la hora exacta a la que se produjo la salida del personaje. No presté demasiada atención al reloj en aquel momento y solo ahora parezco haber magnificado el acontecimiento. Tengo una idea aproximada de la hora y pretendo quedarme por allí, rondando desde un lugar oculto, la entrada del supuesto túnel, para observar al personaje si es que hace acto de presencia. No tengo claro si me decidiré a abordarlo, caso de que aparezca, para interrogarle al respecto de la función del subterráneo y el objeto de su visita, que supongo laboral.

Son las 20:45 cuando la escena se repite: trampilla que se abre, individuo que brota al exterior, como si ascendiera tranquilamente por una escalera. Mira brevemente alrededor, tratando de confirmar el incógnito, aunque parece un gesto automático, carente de preocupación, como si se hubiera repetido muchas veces en soledad.

-Perdón -grito entonces, haciéndome presente desde detrás de los matorrales donde me ocultaba.

El tipo se sobresalta, mira a los lados, incrédulo, con el miedo mezclado con su gesto de incompreensión. Entonces me ve, mientras agito mi mano frente a él. Mira al cielo y suspira. No sé si el miedo es mayor que la incomodidad. Como no parece dispuesto a replicar o devolver algún tipo de respuesta, me decido a acercarme y hablar. Él no se mueve, como si estuviera paralizado o dispuesto a salir a la carrera en el instante menos pensado.

-Siento abordarle e interrumpirle de este modo. Lo mismo hasta tiene alguna ocupación urgente e importante que atender -comencé, inseguro, dando rodeos-. Pero le confieso que llevo un par de días completamente intrigado por usted.

No hay respuesta. No verbal, al menos. Solo su gesto de sorpresa y cierta suspicacia.

-Me pregunto cuál es su trabajo en el parque y qué clase de habitáculo o almacén se encuentra bajo el suelo.

Mirada al cielo. Duda, incómodo. Se siente cazado en alguna clase de renuncio y no sabe cómo salir del atolladero. Una sonrisa pícaro antes de decidirse.

-¿Me promete que nunca le dirá a nadie lo que voy a contarle?

-Hombre, una promesa es algo demasiado serio -respondo, ahora yo el suspicaz-. Dependerá de qué se trate.

-No se crea que estoy aquí por gusto -afirma, sin convicción.

-No me cabe la menor duda de ello -expectante.

Sus ojos me interrogan.

-Está bien. Si sus motivos son mínimamente lícitos, no debe preocuparse por mi discreción.

Un último gesto de duda.

-Vivo aquí -una confesión hecha más con suspiros que con palabras.

-¿Aquí en el parque? -incrédulo.

-Aquí. En el parque. Debajo del parque.

Aquello, obviamente, requería, a mi juicio, de una ulterior explicación la cual, abusando de la confianza del extraño personaje, me atreví a solicitar.

El hombre volvió a dudar. Se le notaba incómodo aunque, por otra parte, tal vez le apetecía hacer partícipe a alguien de su secreto, como aquél que, orgulloso de alguna adicción o defecto, se apresura a confesarse ante cualquier curioso. Por otra parte, tampoco debía de tener muchas ocasiones de charlar con nadie en aquel lugar. Dadas sus peculiares circunstancias, el tipo procuraría moverse con el máximo de sigilo y discreción. No creo que nadie, aparte de mí, se hubiera percatado de su presencia. Menos aún habría atisbado su secreto. A todos los efectos, era un espectro invisible, una parte del paisaje en quien nadie repararía. Ni por interés ni mucho menos por esperar encontrar a alguien alzando una trampa en mitad de la noche.

-Si se lo cuento, ¿me promete que nunca más vendrá por aquí a molestarme?

Asentí con la cabeza, convencido de mi propia sinceridad.

-¿Y que mi secreto quedará a salvo?

-Por supuesto -sin el menor asomo de duda.

Creo, sinceramente, que este relato de un personaje anónimo no supone traición alguna a la palabra dada. Y, si alguien no piensa lo mismo, bien puede censurarme, aunque también debería dejar de leer en este preciso instante.

La historia se remontaba tres años atrás.

El tipo, al que llamaremos Paco, se había quedado en el paro unos meses atrás. Vivía solo, sin nadie a quien mantener ni nadie que dependiera de sus ingresos. Tómese esto como aspecto positivo, si se quiere, de su precaria situación. Pero, del mismo modo, carecía de familiares o amigos que pudieran echarle un cable salvador en el momento en que se quedó sin subsidios ni dinero alguno. Tras meses de peregrinar en busca de un trabajo cualquiera, se vio incapaz de hacer frente a la deuda creciente acumulada por el alquiler del pequeño piso en que habitaba. Tampoco podía permitirse alquilar un cuarto en una pensión o subarrendar una habitación del más miserable piso compartido. Ya se veía insolvente, indigente y en la calle, arrastrando su miserable vida entre cartones, semejante a aquellos desgraciados a los que nunca imaginó parecerse. Deambulaba pensativo, como alma en pena, caminando por el parque, las penas a la espalda y la esperanza perdida, cuando vio a varios operarios trabajando en lo que parecía una zanja. Con ese prurito de curiosidad que nos causa el trabajo ajeno, con cierta envidia en su caso, más que diversión de mirón de obra, Paco se acercó a observar de cerca. No era una zanja, era un pequeño subterráneo donde se encontraban cajetines, registros y tuberías del parque. Allí se centralizaba parte del funcionamiento del lugar, tan automatizado que, al margen de alguna revisión o reparación cualquiera que pudieran realizarse en el futuro, los operarios se disponían a taponar su entrada con una losa de cemento y metal y a sellarla con un grueso cerrojo de acero. En aquel momento la curiosidad de Paco se trocó en esperanza y determinación. La inspiración le había llegado de repente, mostrándole una inesperada, quizá absurda, salida para sus innumerables cuidados. Un sótano con luz y agua, por precario que fuera, podía servir de refugio a un miserable como él mucho mejor que los puentes, ruinas, chabolas o cajas de cartón en los que ya se veía malviviendo. La desesperación puede ser mala consejera pero, igualmente, agudiza el ingenio hasta que uno ve salidas donde otro solo encontraría signos de locura.

Esa misma noche, Paco regresó al parque. Armado de ganzúa y cizallas, por si su habilidad no llegaba donde él pensaba, y equipado con una linterna y algunas herramientas más, además de un candado nuevo con sus correspondientes llaves. Asegurándose de que no había testigos, hurgó en el candado con su ganzúa y comprobó que, como había supuesto, las cizallas serían innecesarias. El robusto cerrojo no era de seguridad sino, más bien, absolutamente inseguro. Además de su volumen, solo poseía entrada para un pequeño llavín fácilmente reproducible e intercambiable por cualquier alambre o ganzúa mínimamente adaptados. Quitó el candado y alzó la tapa, pesada, que

crujió levemente al deslizarse en las bisagras sin aceitar. Encendió su linterna y, sin pensárselo dos veces, descendió por la escala de metal que llevaba al interior del improvisado refugio. Como si se enterrase en su propio sarcófago, bajó la losa sobre sí y alumbró alrededor, tratando de familiarizarse con su posible hogar.

El lugar no era, precisamente, espacioso, pero tenía posibilidades. Al margen de los cajetines, cables y tuberías que poblaban la pared más larga, quedaban varios recovecos aprovechables y, ante todo, las claras posibilidades de ampliación que Paco vislumbró al instante. Construido como estaba, casi de cualquier manera, era más grande de lo necesario e incluía un recoveco en ángulo totalmente desaprovechado. Tal vez, en origen, se pretendía colocar allí algún tipo de registro o usarlo de almacén pero, por los pésimos acabados, estaba claro que esa utilidad había sido desestimada. Y Paco supo que la obra a medio concluir le daba a él una perfecta oportunidad.

No fue de la noche a la mañana. Paco visitaba el zulo con frecuencia cada vez mayor. Día tras días, se atrevía a transportar consigo nuevos utensilios. Y sabía que la mudanza definitiva era inminente, pues sus pocas pertenencias iban a quedar en breve sin acomodo. Su plan era sencillo, o complejo, según se mire. El esquinazo sin usar era el lugar perfecto para realizar una ampliación de la sala. Con herramientas de lo más rudimentario, que no iban más allá del pico, la pala, una barra de acero y una espuerta, nuestro habilidoso okupa fue excavando la pared y apuntalando con maderos y travesaños la nueva habitación en crecimiento. Cada vez más confiado, pasaba casi todo su tiempo trabajando allí. Había comprobado que ningún operario acudía al lugar durante días y días. Y, si alguno llegaba, no importaba, porque tampoco miraría el hueco del fondo, que él, por si acaso, había enmascarado con un par de paneles de yeso. Picaba por la tarde y sacaba los escombros de noche, cuando el parque estaba desierto. Los golpes debían de oírse en el exterior, pero nadie se quejó ni él se sintió vigilado en momento alguno. Picar era fácil porque, agujereado el cemento que recubría la maltrecha pared, no había roca, sino tierra apelmazada. El entibado no era suficiente para evitar desprendimientos, así que nuestro héroe robó material de algunas obras cercanas, varias de ellas abandonadas desde hacía meses y objeto de visita de otros vagabundos. Sobre todo se llevó cemento, tierra, yeso, ladrillos, baldosas y el material eléctrico y de fontanería que consideró oportuno para asegurar y adecentar su futuro hogar a módico precio.

Con esfuerzo no exento de inventiva y cierta habilidad, Paco consiguió convertir lo que no era más que una rudimentaria zanja o covacha en algo

semejante a una vivienda. No un palacio ni una mansión, pero sí un lugar habitable y con más comodidades que muchos alojamientos al uso. Y, desde luego, mucho más original y económico.

Pacientemente, fue extrayendo tierra y depositándola, en pequeños montoncitos, en el exterior. A nadie la llamó la atención la presencia reiterada de aquellas acumulaciones de arcilla y cantos. Con pico, pala y una barra de acero, Paco logró crear un espacio considerable en el subsuelo. Tuvo que apuntalar la nueva cavidad adecuadamente, con vigas de madera y hormigón y crear el embaldosado, las paredes, los techos. Siempre había unas obras abandonadas o un edificio en ruinas del que obtener el material. Igual que se hizo con tuberías, cables de cobre, lámparas, bombillas, sanitarios y, directamente de los basureros, con muebles más o menos desvencijados, algunos en razonable buen estado incluso, los cuales, debidamente restaurados, le sirvieron para equipar su nuevo hogar. Tampoco fue difícil hacerse con toda suerte de electrodomésticos: con aparatos viejos y descartados, algunos funcionales, con piezas de aquí y allá para sustituir lo estropeado, con esfuerzo, habilidad y paciencia, Paco se hizo con un frigorífico, una lavadora, una secadora, imprescindible para suplir la falta de un tendedero, un lavavajillas, radiadores eléctricos, un calefactor de agua, una cocina, con horno, un microondas, toda clase de pequeños electrodomésticos: exprimidor, tostadora, cafetera... Incluso con un televisor y un equipo de música. A nadie llamó la atención aquel extrañero trasiego de materiales y aparatos. Amén de un discreto transporte solitario y nocturno, probablemente nadie se habría fijado en un personaje como Paco ni en aquella trampilla desconocida. Lo bastante amplia, eso sí, como para permitir la entrada y salida de tanto cachivache, de buen porte en algún caso, quizá obligando a desmontar la tapa y usar poleas, este extremo no se le ocurrió preguntárselo. Todo lo que instaló era eléctrico, por supuesto. Y, si algo no era capaz de repararlo o utilizarlo para una componenda, lo guardaba, esperando una mejor ocasión. Le faltaban teléfono e Internet, pero no se atrevió a engancharse a la línea pensando, tal vez con razón, que tal robo llamaría más la atención que el flujo constante de electricidad y agua que se sumaba al gasto general del parque. Con el tiempo, sí que instaló una antena disimulada en un árbol, para poder ver la tele con buena señal y tenía, asimismo, intención de apropiarse de la señal de alguna red wifi en cuanto que un vecino caritativo, o un bar cercano con mejor cobertura, se le proporcionase de modo inconsciente y desinteresado. Su vivienda constaba, al cabo de los meses, de salón, baño, dos habitaciones y una suerte de estudio donde almacenaba trastos y aficiones. No era un lugar lujoso, quizá tampoco

bonito, pero sí práctico y original, una mezcla de materiales y aparatos sin relación puestos a funcionar juntos y a cubrir todas las superficies hasta entonces huérfanas.

Restaba el problema de las humedades, tan comunes e incómodas en un sótano. Pero incluso éste lo solventó, con cierto ingenio, nuestro protagonista. En las salas que él ocupaba, logró un aceptable aislamiento usando paneles de chapa y plástico sobre las paredes. Sin embargo, se ocupó de que el vestíbulo de entrada, es decir, la minúscula sala de contadores original, no gozara de tal ventaja y su suelo se cubriera de agua durante los grandes chaparrones. Con ello desanimaba a cualquier inoportuno visitante a quedarse por allí, operario municipal, un animal o cualquier indigente o vándalo meramente de paso. Luego, merced a un pequeño escalón que se alzaba de su lado, tras la puerta camuflada, logró evitar que el agua se colara a sus habitaciones.

El habitáculo estaba completo y practicable. Los suministros de luz y agua eran permanentes y gratuitos. Con ello, la comodidad estaba casi asegurada. Aunque faltaba obtener comida y ropa con los que sustentarse y vestirse. Aclaro que eso no sería un problema importante. Existen la beneficencia y todo tipo de organizaciones dispuestas a ayudar, desinteresadamente, al necesitado, llenando su estómago y cubriendo sus vergüenzas. Paco tenía su amor propio, y prefería visitar aquellos lugares de caridad antes que solicitarla públicamente en plena calle. Nunca pedía alojamiento, que no necesitaba. Pero con la comida y los trapos que recibía, algunos en bastante buen estado, podía vivir sin demasiados apuros y sin pasar hambre.

Obviamente, Paco deseaba superar su situación de miseria y no conformarse con su sencillo zaguán y la caridad ajena que lo sustentaba así que, desde sus humildes oficinas, realizaba diarias excursiones en busca de trabajo aunque, de momento, durante los meses que llevaba bajo tierra, tan solo había logrado ocupaciones de repartidor de publicidad, hombre cartel o temporero en alguna obra o como mozo de carga.

-Pero sé que saldré de ésta -me aseguró poco antes de terminar nuestro diálogo.

Creo que, como el pecador medio arrepentido de sus culpas, Paco se sintió aliviado de poder contarle a alguien sus peripecias, aunque mantuvo su suspicacia hasta el final, pese a mis promesas de mantener su secreto a buen recaudo. Nos despedimos en los mejores términos, con la casi certeza de que no nos volveríamos a ver. Yo, satisfecha mi curiosidad, no tenía intención de

volver a espiar a aquel curioso personaje. Aunque tampoco iba a rehuir ese parque en mis visitas y no descartaba la posibilidad de volvérmelo a tropezar por allí.

Al cabo, fue él quien me asaltó, meses más tarde, en plena calle. Puesto que no conocía mi nombre, tardé un poco en reaccionar ante sus vagas imprecaciones. Y aún más en identificarlo bajo su nuevo aspecto. Paco vestía ahora traje y corbata. Dudo mucho que procedieran de la beneficencia, sino que los habría adquirido él mismo, nuevos y en una tienda de buen género. Me comentó que había encontrado un trabajo estable. No gran cosa, pero sí más de lo que hubiera podido desear. Trabajaba en unos grandes almacenes, los mismos que le suministraban su indumentaria, como comercial. Llevaba poco tiempo, pero se le daba bien y los jefes estaban satisfechos con su desempeño. Así que confiaba en que a su contrato temporal lo siguieran otros sucesivos, quizá incluso uno definitivo. Eso sí, ante mi natural pregunta, me sorprendió su leve rubor, aunque en absoluto su respuesta: no, por el momento seguía viviendo en su subterráneo del parque y no se planteaba cambiarlo por otra clase de residencia.

Supongo que, en el fondo, uno puede pensar que nuestro Paco no era más que un gorrón pero yo no dejo de sentir simpatía por él, por su perseverancia y, tras sus logros, su empeño en seguir siendo un peculiar e inesperado habitante del parque.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LOS CONSEJOS DE MR. SPOCK

Sí, sí, lo sé. Algún trekkie verá con malos ojos que, ahora que ha fallecido nuestro querido Leonard Nimoy, alter ego y alma del Mr. Spock que todos conocemos, yo ahora, en esta insignificante revista, me acuerde de él, en plan necrófilo o para rendir un homenaje póstumo de dudoso buen gusto.

Me veo, pues, en la obligación de desilusionar a nuestro irritado fan de la vetusta e incombustible serie. Y es que, en esta breve reseña, pretendía hablar de otro Spock, no me atrevo a decir que más real, que vivió en nuestro mundo y tuvo cierta influencia en sus semejantes, tampoco sé si señalar que mayor o más vital que la del personaje de ficción. Me refiero al también difunto doctor Benjamin Spock, pediatra y autor del best seller "El libro del sentido común del cuidado de bebés y niños" -más conocido en español por "Tu hijo"- que influyó sobremedida en las ideas de cuidados infantiles de la segunda mitad del siglo pasado, aportando ideas valiosas como las de no regatear caricias a los retoños o considerarlos individuos con personalidad y

necesidades propias. Por desgracia, también incluyó, entre otras, una perla de sabiduría que parecía razonable: no había que dejar dormir a los bebés boca arriba porque, en caso de vómito, las criaturas podían asfixiarse en su propio regurgitado. Al margen de la polémica que su libro suscitó en los años sesenta, con acusaciones de permisividad de la infancia y fomentador de la anarquía, por no aplicar una disciplina férrea en los cuidados, asuntos que hoy día no solo han sido superados sino que se valora la aportación, siquiera como mero divulgador, del autor, resultó que este otro bienintencionado consejo sí se convertiría en verdadero problema y causa de más dolor que todo el resto del libro. Y es que, como más tarde se demostró, dormir boca abajo, o aun de lado, se correlaciona en bebés con una mayor tasa de muertes súbitas de la infancia, con lo que, quienes siguieron sus consejos, se arriesgaron a que sus vástagos sufrieran una muerte repentina y de difícil explicación con mayor frecuencia que los detractores a ultranza del doctor, si es que no siguieron ni ese mínimo y trascendental consejo.

De modo que, sin saberlo, el buen doctor, al invitar a los padres a colocar boca abajo a sus retoños, incrementó el número de muertes súbitas y, aunque no se pueda hablar de crimen por su parte, sí que sembró a su alrededor una idea equivocada y peligrosa.

Y yo, pobre inculto ignorante lego en la materia, me pregunto si, como en ese infierno empedrado de buenas intenciones, no serán nuestros gurús actuales de la economía, con estudios tan científicos y documentados en su materia como, es de suponer, lo eran los de Spock en la suya, responsables de algún equívoco de trascendencia al hacernos pasar sus datos y estudios por fiables, pese a la sensación de poco razonables o faltos de sentido común que transmiten a oídos de la mayoría ciudadana perjudicada por sus recetas, y se demostrará en un futuro cuán desencaminados andaban en sus veredictos o como las buenas intenciones, las cifras redondas y la información transmitida solo condujeron, torticera o inadvertidamente, a favorecer a una minoría en detrimento de todos los demás.

Juan Luis Monedero Rodrigo

TERROR BLANCO

Sin menoscabo de las múltiples y variadas crisis, propias o impuestas, que puedan cebarse con cualquier ser humano a lo largo de toda su vida, y que con seguridad serán comunes a muchos de nosotros, sólo diferenciadas por la época, el ánimo y la duración, ya que la gravedad siempre es la misma, máxima

para quien la padece, me propongo hablar en estas breves líneas de otro tipo de crisis, una que únicamente afecta a unos pocos, que tampoco es una cantidad despreciable; aquellos que han elegido por vocación un camino del que no hay vuelta atrás: la crisis creativa. O al menos un aspecto de ella.

Dejando a un lado prolíficos nombres ilustres que injustamente para muchos otros resumen la mitad de un siglo (Dostoyevski, Faulkner, Lobo Antunes; que entre los tres abarcan más de ciento cincuenta años) y que parece que jamás sufrieron de este mal de altura a tenor de la cantidad de obras que dejaron o van dejando y que nacen, respectivamente, de la angustia, de la compulsión y de una mezcla de las dos, (aunque algunos se empeñen en atacarlos argumentando con ligera envidia más que con razones de peso que su arte consistía o consiste en escribir siempre el mismo libro; a lo que el norteamericano solía responder que él únicamente agotaba un sueño, respuesta ésta que desarma al más pintado de cinismo); a otro lado aquellos que escribieron unos pocos textos y luego desaparecieron por decisión propia sin dejar rastro impreso (como Robert Walser, antecesor kafkiano del mismísimo maestro checo, que se internó de *motu proprio* en un sanatorio para pasar allí el resto de sus días, o Henri Roorda, quien después de terminar su libro *Mi suicidio* predicó con el ejemplo en una muestra de coherencia que no encuentra parangón dentro del mezquino mundo de los filosofastros de salón; curiosamente ambos suizos, como si la consabida neutralidad geográfica y política de este pequeño país sólo pudiese dar individuos exagerados y definitivos); y en un último rincón gente que se tomó su tiempo para desarrollar una obra novelística limitada pero monumental (como Ernesto Sabato, cuyas tres magníficas novelas quedan espaciadas en el tiempo con la regularidad asombrosa de trece años entre cada una de ellas); como digo, y en definitiva, dejando apartados a todos aquellos que a nuestros ojos ofrecen una versión acabada y completa de su obra, difícil de juzgar desde el punto de vista de la duda, más hipotética que ontológica, mi interés es centrarme en todos esos personajes anónimos que escribieron y escriben, y a pesar de todo seguirán escribiendo, y que alguna vez se han visto aquejados de este malestar crítico.

Además de ellos existen otros, fuera del ámbito literario, que también comparten esta inquietud; pero muy pocas veces se oye hablar de un cineasta que tenga miedo a comenzar un rodaje o un pintor que desgarré el lienzo antes de empezar por temor al vacío. Sin embargo, es harto frecuente recurrir a la manida, manoseada y sobada frase del miedo al papel en blanco, que sólo es una pequeña cara de la bestia poliédrica de la crisis creativa.

A pesar de todo, mi intención es atacar ese subterfugio que nada tiene de verdad, y que sólo sobrevive por errores, voluntarios o inconscientes, en los términos en que se enuncia. Admitimos que empezar un texto resulta a veces, muchas, casi siempre, tarea complicada por diversas razones, que pueden variar y mutar imprevisiblemente. Admitimos que las dudas son el pan nuestro de cada día para el que se propone escribir algo con un mínimo de exigencia personal y estética. Admitimos las penurias, el hambre, la vacilación, los sudores, el temor, la vergüenza, la soledad y la amargura inherentes al hecho infeliz de la escritura. Pero una vez admitido todo esto, ya no cedemos más. Porque una cosa es la crisis creativa, que atenaza pero no destruye, sino que retrasa, demora y pospone, alimentando con esta postergación las ganas, y otra muy diferente es ese extraño miedo al papel en blanco que muchos citan como obstáculo invencible de sus males y responsable difuso de sus fracasos.

Antes hablamos del enunciado de los términos, y ése es el punto fundamental. El miedo al papel en blanco no existe para quien entiende la escritura como una forma de vida, que no de subsistencia. Quien necesita escribir no le tiene miedo al soporte de su necesidad. Otra cosa muy diferente serán los resultados que se obtengan de esa escritura y lo que se quiera hacer con ella, si es que los demás, los profesionales del papel escrito nos dejan. Pero muchos de los que hablan del miedo al papel en blanco lo hacen porque creen que escribir es sentarse sin bagaje previo (y el único bagaje previo a la escritura es para nosotros la lectura, mucha y continuada, obsesiva) ni objetivo preciso delante de un folio, de un cuaderno o de un ordenador y esperar acontecimientos, que por alguna extraña razón nadie pone en duda por más que no haya motivos para la esperanza. Hablan del miedo al papel en blanco porque creen que escribir lo puede hacer cualquiera, y que con saber juntar las letras y darles una mínima forma ya está hecho; pero como al final resulta que esto no era tan sencillo como parecía, entonces el miedo, entonces la excusa. Son como esos que piensan que los músicos de verdad improvisan sin conocimiento, y que no hay nada antes que ellos y el sonido. Sostenemos que no se puede acometer la embestida sin tomar impulso: para empezar a escribir, además del equipaje citado anteriormente, hay que tener una idea clara de lo que se pretende, de lo que se quiere decir, de cómo se quiere decir y, sobre todo, de lo que es mejor no decir y reservar para mejor momento, cuando esté maduro. De este modo conseguiremos no acabar con el miedo, sino negar su propia existencia.

Fernando García Maroto

EXTRAÑAMIENTO

Me desperté y ya no era el mismo. No me lo parecía. No lo creía.

Bañado en sudor. Agitado hasta el extremo. Con el corazón latiendo a mil por hora. Casi me dolía. Como si acabara de sufrir un ataque. Como si hubiera muerto y justo terminase de ser reanimado.

Sabía que era yo, aunque apenas me sentía capaz de reconocermme en aquel ser extraño y ajeno.

Yo nunca me había sentido así. Si alguien me hubiera preguntado antes, yo me habría confesado satisfecho con mi vida, orgulloso incluso. Era un tipo pagado de sí mismo, también prepotente y sin escrúpulos. Y nunca me había avergonzado de ello, sino todo lo contrario. Hasta aquel instante decisivo, que no sé si debería denominar absurdo. Por costumbre, pero también por convencimiento, consideraba a casi toda la gente estúpida y débil. A mi desfachatez la llamaba carácter, a la moralidad, estrechez de miras, cuando no falta de inteligencia. Me pensaba más fuerte, más capaz que quienes me rodeaban. Merecedor de mi suerte, a la que consideraba buena fortuna, aunque, en rigor, era solo una forma de hablar, pues nunca creí en el azar ni en condicionantes externos como forjadores de las circunstancias personales. Nunca creí en el destino como tal. Solo como una opción de futuro que yo podía, debía y sabía construirme. Nunca me lamentaría por mi suerte. Tan solo la fabricaría a mi antojo y me construiría el porvenir que mejor me pareciera.

Pensaba. Estaba seguro de ello. De mi fuerza y mis posibilidades. De la ausencia de parca o ventura. Me pensaba racional, inteligente, escéptico. Amoral incluso. Y me burlaba de todos los que buscaban excusas o asumían cortapisas. Llorones.

Pensaba. Hasta entonces. Apenas despierto y empapado de sudor, ya no podía hacerlo.

Todo lo anterior me era extraño. Yo, lo que había considerado mi yo hasta entonces, me era extraño.

Me resulta difícil explicarlo. Porque no puedo racionalizarlo. Ni convertir sensaciones en verbo. Supongo que mi cambio repentino, mi despertar, debe asemejarse a una de aquellas revelaciones o iluminaciones religiosas, propias de místico o, más bien, equiparable a esa transformación paulina y ecuestre que, en lecturas infantiles de catequesis, ya me había parecido artificial y engañosa, mera impostura del renegado que desea hacerse con el control de la nueva y pujante secta, junto con el poder que atesora el mando.

Hoy, lo confieso, no me lo parece, puesto que no hay artefacto, fingimiento o impostura en mi iluminada transformación. De repente soy otro. Ajeno a mi yo anterior, avergonzado de él. Contra todo lo que imaginé posible, mi esencia ha cambiado. Yo la intuyo cambiada. Nunca creí en el arrepentimiento sincero del pecador, ni en el deseo de verdadera reparación del daño causado. Mi mente analítica sospechaba algún interés oculto, aceptación social, beneficios de alguna clase. Hoy sí creo y la conversión me parece real, porque la mía la siento así, no meramente farisaica.

Soy otro. Me pienso otro, mejor expresarlo así. Pero, ¿cómo he llegado a este punto? Y, aún más importante, ¿por qué? Esto es lo más difícil de explicar y entender. Incluso para mí, que acepto el hecho en sí.

Podría decir, meramente, que todo fue por un sueño. Y sería cierto. Pero diría poco.

Para intentar explicarme, y explicármelo, comencemos por algún punto que pueda considerarse principio de todo. Llamémosle

ANTECEDENTE:

Me sentía feliz. Cuando menos, enormemente satisfecho de mí mismo y mis recientes acciones.

En el trabajo todo iba bien, según mi opinión.

-Eres un crack -solía decirme, y el comentario, aparte de hueco, me parecía plenamente justificado.

Tras mi reciente ascenso, me pensaba rey del mundo. El más listo. El crack de marras. Había repartido lisonjas y golpes bajos según correspondiera. Mentiras, traiciones o componendas eran monedas de cambio aceptables para alcanzar mi objetivo. Por el camino, me había apropiado de méritos ajenos y había hundido la carrera de dos posibles rivales. Imbéciles ambos, en mi infalible opinión, por más que los dos se postulasen al ascenso en posición ventajosa. Su estupidez, para mí, era motivo bastante para hacerlos merecedores del fracaso provocado por mis maquinaciones.

Igual que, en un alarde de egolatría más que de rudimentario machismo, tendía a pensar que casi todas las mujeres eran imbéciles. Al menos lo eran, a mi juicio, todas las que conocía. Y confundía, en ellas, bondad o empatía con falta de seso, interpretando diferencias propias de su género con defectos de fábrica, como si todo el que no fuera como yo, varón caradura, astuto y sin escrúpulos, tuviera que considerarse portador de alguna suerte de tara. Se tiende a pensar que la egolatría es simple. Pero les aseguro que, al contrario, mantener una imagen endiosada de uno mismo es una tarea compleja que exige racionalizar de algún modo todas las

fabulaciones personales que la mantienen. En este asunto de las mujeres yo era un completo mentecato. Ninguneaba por igual a todas pero, en un alarde de superficialidad, prefería a las hermosas como mero objeto de satisfacción personal. Por eso mismo tiene cierto sentido, y cierto matiz ejemplarizante, el que mi revelación o epifanía se asociase a una de esas féminas que solía despreciar. La más ingenua y amable. La que más fácilmente convertía en objeto de mis mofas y alguna maldad infantil y vergonzante.

No se puede decir, objetivamente, que sea la mujer más bella. Ni la más inteligente. Y, probablemente, tampoco posee un talento destacado ni especial, o un encanto vago e inexplicable. Era y es, ante todo, una buena persona. Alguien de quien fiarse, que nunca desearía tu mal y, al contrario, trataría de ayudarte en cualquier circunstancia. La típica mujer que adoptaría un niño abandonado, un perro desvalido, o un hombre. Incluso, o especialmente, un tipo como yo, el yo anterior. Era bonita y, a su manera, no carecía de encanto y cierta inteligencia, aunque no del tipo retorcido que yo valoraba, por ser la que yo poseía. Pero lo que le sobraba era candidez, siempre ingenua y confiada. Un reclamo, por tanto, para mí. La clase de persona sobre la que descargar mis malos instintos, fruto, dirán los bienintencionados como ella, de ocultas o inconfesadas frustraciones. Fruto, diría yo, de mi mala índole y mi decisión.

Hablo en pasado, por una parte, por no reconocerme en el testigo que hacía esos juicios. Por otra, porque ya no la veo así. La imagen que ahora tengo de ella puede ser la misma, o casi, pero no la valoración. Otro fruto de mi extrañamiento, o enajenación. Comprendo que, si volviera a cambiar, todo sería nuevamente ajeno y extraño. Con el agravante de que, para mi vergüenza, más posterior que actual, quedaría la palabra escrita, incómodo testigo de mi transitoria locura, que ahora llamo revelación.

Todos decimos mamarrachadas. Hasta tenemos derecho a hacerlo. Igual que los demás a juzgarlas. Y deberían respetar nuestra libertad de expresión, pero no los contenidos que expresamos. Al menos es de agradecer que alguien tenga a bien abrirnos los ojos a nuestra propia estupidez o cerrazón. Es falso que cualquier idea sea válida y respetable. Falso también, por desgracia, que se nos pueda convencer con razones, aun las mejores, si estamos cerrados a ellas. La ventaja de decir mamarrachadas en voz alta es que puede haber quien nos corrija. Como son más las que se piensan sin pronunciar es muy fácil conservarlas sin que nos las muestren como tales. Otros tenemos el vicio de dejarlas por escrito, y ahí ya no hay vuelta de hoja. Por mucho que nos corrijan, y hasta si nos enmendamos, el testimonio de

nuestra estupidez quedará permanente en el papel o el registro en que hayamos decidido conservarla, o hasta publicarla. Pero no divagaré más. No en este sentido, cuando menos, no vaya a añadir más extrañezas sobre las anteriores.

Dije que ella fue, a mis ojos y juicio, podría decir que para mi corazón, aunque sé que corro el riesgo de ponerme pedante y sensible, de perder, por tanto, un punto de supuesta -por mí- credibilidad, la que causó, en cierto modo, mi cambio. Y eso requiere, obviamente, una mejor, que no más extensa, explicación que apoye mis argumentos más allá de las confusas vaguedades hasta ahora presentadas. Las inconcreciones, la indeterminación, pueden convertir el yo que pretendo ser en un nadie. Y no quiero someter al escrutinio ajeno una simple vacuidad. Es, supongo, el deseo de todo ser humano cuando pretende dejar de ser la inefable isla de soledad que todos albergamos. Soy consciente de que, a la hora de relacionarnos, es fácil y frecuente caer en el lugar común y volverse un semejante a los demás, uno más. Un don nadie. Curioso, extraño efecto, el de lograr lo contrario que se pretende, y convertirse en borroso cuando se pretende un alarde de individualidad. Curioso también el embrollarse con nuevas divagaciones innecesarias justo después de renegar de ellas.

Todo por un sueño. Dije. Recapitulo y recupero.

No era un sueño previo, un deseo por materializar. Creo que tampoco era un anhelo inconsciente. Fue, quizá, un accidente, un azar, pero cambió por completo mi vida, pues me cambió a mí y mi modo de ver la vida, a los demás y a mí mismo.

En mi sueño, yo ya no era yo. No el de antes. Tampoco, me temo, exactamente el de ahora. Sí el tipo en quien me gustaría convertirme, quien deseo, ahora sí, e intento ser. Ni se trataba de mi vida o mis ambientes. Para empezar, yo en el sueño era un buen tipo y carecía de ambiciones. Materiales o, más concretamente, pecuniarias o profesionales, si entienden lo que quiero decir. Me sentía, sin embargo, razonablemente feliz. Agobiado por problemas y obligaciones, como todo el mundo, pero satisfecho de mí mismo y de lo que había hecho con mi vida. Ocupando mi lugar en el mundo. Y, aunque el sueño no contenía los detalles, en él yo sabía lo que debía hacer, los cómo y los porqués.

Y no estaba solo.

Como en una vieja película de Capra, la familia era lo más importante. Solo que mi familia no era mi desapegada familia consanguínea real. No se trataba de mi estirado padre o la histérica de mi madre. Ni la arpía de mi

hermana, capaz de superar mis malas artes sin por ello ganarse mi respeto ni, supongo, el de nadie en su sano juicio. Tampoco mis abuelos redivivos, para la ocasión, como parte del sueño o alguno de mis tíos, primos o cualquier familiar aún más alejado aunque no por ello más distante que los más directos, nunca me referiría a ellos como los míos, los más cercanos o allegados.

No, en mi sueño se trataba de una familia postiza. Escogida y confirmada por contrato y decisión. Una esposa y un hijo, un bebé por más señas. Una esposa amantísima que no era otra que el principal objeto de mis burlas: mi despreciada compañera de trabajo. ¿Increíble? Quizá, aunque no tanto como la viveza de los sentimientos que acompañaban el sueño.

Plenitud, felicidad, orgullo. La satisfacción de saber que todo está en su sitio, es perfecto y tú formas parte de ello. La certeza de que haces lo correcto. No solo para ti, por satisfacer un ego insaciable, sino de manera absoluta. Lo mejor que podrías hacer. Vivir una vida con verdadero sentido. Amar y sentirse amado.

No es mi intención parecer melodramático. Sé que cuenta más el resultado que la intención. Pero no resulta sencillo describir la impresión que aquel sueño, con sus emociones, pensamientos y pseudovivencias, significó para mí. Una iluminación, una revelación o misterio, de índole cuasirreligiosa. Ya lo he dicho. Pero también mucho más. La sensación de extrañeza, la certeza de haber sido idiota toda mi vida, sordo, ciego a los estímulos que me llegaban por doquier. El dolor de la pérdida, al saber todo lo que me había venido negando a mí mismo. Añoranza, nostalgia por lo que pudo, debió haber sido. Y, ante todo, rechazo frontal a la idea de mantener mi vida anterior.

Pero también esperanza, tras haber visto la luz. Deseo y propósito de enmienda. De recuperar el tiempo perdido, si es que algo semejante es posible y tiene sentido más allá de las trivialidades memorísticas proustianas. Obviamente, al despertar, no salí semidesnudo a la calle, dando saltos de lunático como un Scrooge arrepentido. Por una parte, sí sentía deseos de correr, de confesar mis pecados y mis nuevos, aún futuros, vicios. Pero reprimí ese absurdo ímpetu inicial, más propio de pollos sin cabeza que de quien se piensa iluminado, y me quedé sentado en mi lecho, aún confuso, extrañamente jadeante y sudoroso, cual atleta tras el último esfuerzo, y traté de recordar los detalles del sueño, hechos tanto como sensaciones, para racionalizarlos, analizándolos y poniendo en tela de juicio cada impresión onírica, vagamente transferida a la vigilia pero todavía al alcance de mi pensamiento y de esa parte suya, atiborrada de hormonas y

neurotransmisores, que acostumbramos llamar corazón y yo, hasta entonces, aseguraba no tener o, por lo menos, mantener bajo estricto control.

Lo más curioso es que, ya en ese asombrado despertar, me reconocía en el personaje del sueño y me parecía ajeno el otro yo, el cotidiano hasta la víspera. Me reconocía plenamente en el nuevo yo del sueño. Era con éste, y no con el anterior, con el que yo me identificaba. Era el yo real, el que debía ser. Era el yo recién descubierto el que siempre debió ser y ahora tenía que perpetuarse. El otro, como un espectro o un fantoche absurdo, debía esfumarse, desaparecer sin dejar huella de sí ni memoria, como si nunca hubiera existido, puesto que era mejor que nunca hubiera pisado la Tierra ni usurpado mi cuerpo. Eso era, así lo sentía, aunque lo sabía irracional, un usurpador que había malogrado mi esencia, privando de sentido mi existencia y convirtiéndola en odiosa y molesta. Por más que, hasta ese instante de conversión, me había identificado con él y sentido orgulloso de lo que significaba, o aparentaba ser. Pero ahora ya no era yo, aquella fachada era falsa, fingimiento y teatro. Ya no quería ser ese yo y deseaba nunca haberlo sido. Poder borrar el pasado, disimularlo cuando menos y, preferiblemente, extirparlo del mundo y la memoria.

CONSECUENTE:

Se fue a dormir el otro yo y despertó el nuevo, ajeno en todo y avergonzado del anterior.

Eso me forcé a creer, aunque la memoria no podía ser borrada. Sí ignorada, obviada y dejada de lado. Como tantos que asumen su culpa, asumí el cambio con naturalidad y así me resultó cómodo y sencillo distanciarme del yo anterior. El pecador, el ciego, el imbécil, el ser absurdo fue el otro. Puesto que con la iluminación me sentía distinto, podía fomentar sin pudor el completo extrañamiento. El olvido era el mayor castigo posible del pecador anterior. El perdón, su apariencia o fingimiento, iba incluido en la propia penitencia. Y yo estaba dispuesto a borrar todas las huellas de aquel individuo infame.

El borrado nunca puede ser completo. Como el olvido no es definitivo, ni total. No basta con fingir. Ni tan siquiera con demostrar que has cambiado. Ni con ignorar todo lo anterior o las alusiones al pasado y las consecuencias de lo antiguo en lo presente. Hacen falta paciencia y mucha fuerza de voluntad. No creo que a partes iguales, como suele decirse según frase hecha o acostumbrada, aunque no sabría decir en qué proporciones. Tal vez en sucesión, unas veces se aplica la una, otras la segunda. Aunque muchas veces hay que mezclarlas.

Suele ser más fácil engañarse uno mismo que a los demás. Nuestra sinceridad, siempre en entredicho, puede volverse más dudosa aún según las circunstancias. Tanto más difícil es que una conversión como la mía resulte creíble. Si yo hubiera sido mucho más joven, mi brusco cambio habría sido aplaudido como signo de madurez. Si hubiera sido más viejo, sin llegar a la chochez, todos habrían considerado que, ya de vuelta de todo, sin nada que perder, había abandonado mi vida depredadora en pos de una merecida tranquilidad. Si hubiera sido un verdadero carcamal nadie habría tenido en cuenta mis "veleidades", fruto, a juicio de todos, de mi pérdida de facultades. Pero siendo un adulto en plenas facultades, "en la cresta de la ola", como suele decirse, con mucho por ganar y otro tanto que perder, justo a mitad de camino del "éxito", mi cambio, inexcusablemente, debía ser considerado falsedad o ardid, por muchos, y estupidez, cobardía, o ambas cosas a la vez, por otros. O la supuesta transformación era mera artimaña del yo sin escrúpulos que todos conocían o el capullo se había vuelto gilipollas de repente, o había reulado, asustado por otro halcón más poderoso. Pero nadie iba a considerar, así de repente, mi conversión como verdadera, fruto de una, a todas luces imposible, iluminación. Con eso debía y debo contar. Pero sólo a medias soy responsable de lo que los demás quieran pensar de mí, en la medida en que yo creé mi imagen anterior que ahora condiciona la credibilidad de la nueva identidad, tan repentinamente adquirida. Ante los incrédulos solo me queda ofrecer mi nuevo yo a su permanente escrutinio y confiar en que el tiempo les demuestre mi sinceridad, la muerte del viejo yo y la imposibilidad de su retorno. Como hablar en estos términos suena al discurso del fanático, no merece la pena proseguir con esta disertación. Me basta con saber yo y que ella crea. Si un amigo o un lector confidente me dan su apoyo o me prestan su credulidad, me sentiré satisfecho, aunque no sea imprescindible para mí.

Ella. Todo por ella. Suena a culebrón latino o a canción romántica para adolescentes. Pero así me expreso y me toca expresarme aunque, en el triste hoy por hoy, realmente es un todo sin ella, pues la mujer de mis sueños, dicho esto en sentido literal y sin otras connotaciones, aún no me ha brindado su entera confianza. Escamada con mi actitud previa, sigue con la mosca tras la oreja. Indecisa entre creermme y mantener elevadas las barreras y protecciones que alimenta la desconfianza. Y no la culpo por ello. Como tampoco culpo a mis jefes y compañeros de trabajo por su actitud hacia mí. ¿Cómo no imaginarme un falsario? Yo también lo supondría, tratándose de otro. Lo habría pensado mi yo anterior. Lo pienso yo. Y, leyendo las últimas

frases, escuchando mi voz al repasarlas, me doy cuenta de la apariencia esquizoide, de lunático con dos voces en su cabeza. Pero no es el caso. Aquí, ahora y siempre, sólo quedo yo. El otro ha sido expulsado, desterrado, eliminado. Sí, estoy enajenado, puesto que mi yo anterior quedó convertido en extraño. Y no volverá, repito, independientemente del dudoso éxito de mi nueva, única, personalidad. Independientemente de lo que cada cual considere éxito personal. Al margen de lo limitada que es cualquier aspiración de eternidad en un ser humano. Vuelvo a las canciones para adolescentes: nunca cambiaré ni jamás me/os traicionaré. Lo mismo debía pensar aquél que yo era antes, salvo en cuanto a traiciones ajenas, pero confío, quiero confiar ciegamente, en mi transmutación. O quizá sea transubstanciación.

Sutilezas.

Absurdos.

Soy yo quien habla. Yo quien controla la situación. Y, si otro yo ha de llegar a sustituirme o suplantarme, no será un fantasma del pasado. Acaso esté aún por nacer, hijo del futuro que desde hoy debo afanarme en construir. Borrar el pasado. Fabricar un presente y un futuro. Irlos dejando atrás. Ya está dicho. No basta con crearse o recrearse. Hay que avanzar por el camino. Fabricarlo y hacerse historia.

FUTURO

Con ella o sin ella. Sueño y realidad. Conmigo. Este yo dispuesto a avanzar, cambiar y adaptarse. Pero no a retroceder. Incapaz, por total ausencia de deseo, de reconocerse en el ser absurdo del pasado al que todos llamaban por mi nombre e identificaban en mi rostro. Desaparecido. No vivo. Más que ausente. Como si nunca hubiera existido.

No merece mi memoria. Ni mi desprecio. Tampoco la memoria ajena. Debo borrarla. Hacerles olvidar quien fui. Hechos, obras. Camino. Con o sin ella. Persiguiendo un sueño que, lo asumo, tal vez nunca se haga realidad.

Prepárate, mundo. Allí voy yo. El recién nacido. El nonato. El extraño. El iluminado. ¿Autoengaño? Quizá. No importa. Solo queda esta imagen. Yo, el único que soy.

Juan Luis Monedero Rodrigo

CALENTAMIENTO Y PRODUCTIVIDAD

Existen tantos motivos para la preocupación que un alma sensible como la mía no sabe a qué problema señalar con su dedo acusador. Son demasiados para exhibirlos globalmente. Imposible tratar de resolverlos

individual o colectivamente con el pobre recurso de mi brillante intelecto aferrado a una mísera pluma, aunque sea virtual y, por ende, de contrastada universalidad en cuanto a su difusión por la red que presume, esta sí, de globalidad.

¡Tantas crisis y tan menguadas fuerzas!

Pero no seré yo quien se desanime. Y, puesto a poner el dedo en la figurada llaga, no me tiembla el pulso al señalar un problema principal y terrible que el futuro nos acerca inexorable, sobre el cual nadie, que yo sepa, ha parado mientes hasta el momento, sin que gobernantes, expertos o meros aficionados hayan puesto, no ya los medios, sino la mera preocupación previa al intento por evitar un mal que tan solo se asoma en el porvenir, que tan lejano e irreal nos parece siempre, incluso en el instante previo a la inminente catástrofe.

Muchos, y con razón, ven en el cambio climático la raíz y madre de muchos de los problemas que acuciarán a la humanidad en este siglo, terrible por tantas razones. Pero nadie, más allá de mi preclaro juicio, ha llegado siquiera a vislumbrar el armagedón que se avecina tras el mero trastorno meteorológico. Y no me refiero a las mortíferas catástrofes, las sequías, la pérdida de cosechas, hambrunas, plagas o desaparición de chiringuitos de playa por el expeditivo método del sumergimiento. No, es algo aún peor. Me refiero a la catástrofe laboral que se nos viene encima como remate de otros desastres naturales o económicos.

Damos por sentado que las emisiones de gases de efecto invernadero, imparables, aumentarán aún más las temperaturas, acentuarán las tormentas, tifones y sequías. Que subirá el nivel del mar. Que padeceremos plagas e infecciones casi olvidadas. Que habrá extinciones masivas, pérdidas de biodiversidad. Que se resentirán las economías, por las alteraciones agrícolas y ganaderas. Incluso asumimos que suban el precio del agua, de los alimentos o se deteriore la propia higiene personal. Pero nos olvidamos de la terrible desgracia laboral que se cierne sobre occidente y la mayoría de las economías avanzadas, bendecidas, hasta la fecha, por una climatología que nos libraba, siquiera durante la temporada invernal, tanto del insufrible calor como de buen número de fitoparásitos atraídos y mantenidos por aquél y, aún más positivo, de esa invencible galbana ciudadana que tan ineludible resulta en otras latitudes.

Pues bien, estoy convencido, y creo que puedo demostrarlo de al menos catorce formas distintas, de que el calentamiento global desplazará latitudinalmente los límites de la productividad intrínseca de los trabajadores

debido a lo que yo doy en llamar la tropicalización de los caracteres, o Síndrome Caribeño.

Aunque lo considero innecesario para cualquier mente mínimamente brillante, pasaré a explicarme. E intentaré, por mor de llegar a los cerebros más espesos, hacerlo de modo claro y ejemplificado.

Todos conocemos el carácter de esas gentes acostumbradas a vivir en la zona intertropical, tanto aquellos cuyos ancestros ya habitaron el lugar como los foráneos naturalizados por medio de una estancia que no requiere de extensa duración. Todos ellos son, o se vuelven, unos perezosos consumados. Lentos en el pensar y aún más en actuar. Llenos de cachaza, pachorra y despreocupación. Ajenos, en suma, al estrés, las urgencias y el esfuerzo. Y podemos censurarlos, sí pero, a la par, debemos comprender las limitaciones a las que la simple climatología los aboca.

Basta con que nos fijemos en nuestro propio país. Para los peninsulares, los canarios resultan lentos y perezosos. No es extraño que así nos parezca pues su modo de vida, sometido a unos calores permanentes, por más que disten de ser extremos, transcurre a un ritmo más tranquilo que el de los godos. Igual que piensan los norteños, sean catalanes o vascongados, que los andaluces son gente perezosa y acomodaticia. Más aún lo percibimos todos cuando llegan a nuestro país ecuatorianos, colombianos, cubanos, hondureños o dominicanos. Es gente que marcha a otro ritmo y a la que parece imposible movilizar al nuestro, al menos de recién llegados, ni aún a empujones.

Y, sin embargo, basta con que superen el necesario periodo de adaptación para que los veamos activos y ajetreados, perfectamente naturalizados a nuestras tierras y trabajando como el que más. Igual que les sucede a los canarios en la península y a los andaluces que viven en el norte, convertidos en principal masa laboral en algunas comarcas de las respectivas regiones de acogida. ¿Por qué ese cambio? ¿Por qué los supuestos perezosos se tornan eficientes trabajadores? Recurriendo a mi dilatada experiencia, así como a mi reciente Máster en Inteligencia Emocional e Ingeniería Racional por la Universidad de Ohiopyle, Pensilvania, puedo afirmar, sin riesgo a equivocarme, que es el cambio de climatología el que permite tal mutación en ánimos, caracteres y fisiologías, transformando a los flojos e indolentes en eficientes trabajadores y miembros productivos de sociedades laboriosas y competitivas.

Por ello me permito pronosticar que, igual que en estas latitudes asistimos admirados a la transformación de los perezosos del sur, de idéntica manera que los teutones se sorprendían de la laboriosidad del inmigrante

ibérico, hace cincuenta años igual que ahora, el mundo en su conjunto vivirá una mutación semejante, de consecuencias trascendentales pero en sentido opuesto al comentado y más parecida al del conquistador de Indias atrapado por la pereza tropical al poco de arribar al Nuevo Mundo. Me tomo la libertad de denominar galbanización latitudinal al fenómeno que voy a describir y me atrevo a sugerir que por mi hallazgo y afortunada definición y nomenclatura se me cedan unos cuantos lugares de privilegio en cátedras universitarias, academias y la mismísima wikipedia.

Puede imaginarse, y debe temerse, que, tras el calentamiento global, el esforzado luterano del norte se comportará como el andaluz, el germano o britano, igual que el canario, el hispano o italo, de cuyo esfuerzo algunos ya se permiten dudar, se asemejará al caribeño. Y no me atrevo a sugerir a qué clase de trabajador se asemejarán el africano, el indostaní o el sudamericano cuando la climatología de sus países de origen pase de sofocante a meramente infernal. En todo caso, la productividad global del género humano se reducirá hasta cotas insospechadas al tiempo que la pereza provocada por los calores crecientes y el consecuente cambio en los caracteres se haga inmensa, infinita. Si nadie trabaja, ¿qué será de las economías, el desarrollo y la prosperidad? En mi pesadilla, y digo así por no definirla como predicción, pese a su sólida fundamentación científica, veo una humanidad postrada y abyecta, globalmente reducida al sesteo y la inactividad.

Así pues, hago aquí un llamamiento a los líderes mundiales para que, de una vez por todas, se comprometan seriamente contra el calentamiento por efecto invernadero, si es que no quieren ver reducidos sus países, sus economías e industrias al nivel paleolítico de esos miserables que, apenas cubiertos por taparrabos, aún se pasean por las selvas ecuatoriales y numerosas playas en época estival.

Gazpachito Grogrenko

(voz de la razón y salvador de occidente)

CRISIS EXISTENCIAL

Años que caen como mazos,
Tiempo que no tiene freno.
Corazón atormentado
por el peso del recuerdo.
Crisis, más que de los bancos,
la que consume los cuerpos
que la vejez va abordando

cual pirata de otro tiempo.
La juventud escapando
y la memoria volviendo.
Igual regresa lo malo
como se olvida lo bueno.
Yo no quiero ser anciano,
pero menos uno necio.
De nada sirve negarlo
cuando estás envejeciendo.
Y aún es peor tener claro
que, al recorrer tu sendero,
casi todo ha sido vano,
no importante o duradero.
Sí me consuelo pensando
que no traicioné mis sueños
ni me siento avergonzado
por un pasado siniestro.
Si el futuro no está claro,
si no conozco su precio,
intentaré fabricarlo
de acuerdo con mis deseos.
Por más que esté condenado
a convivir con lo incierto,
no me quedaré llorando
mientras conserve el aliento.
Sé que abundarán lo malo,
lo peor y lo tremendo.
Pero, entre tanto fracaso,
disfrutaré cada premio
porque me lo habré ganado,
y ya no querré perderlo.
Me sentiré afortunado
aunque muera en el intento.

Antón Martín Pirulero

EL HÉROE DE NUESTRO TIEMPO

Que nadie se confunda. Pese a las apariencias, nuestro ahora queridísimo y admirado presidente Flaherty siempre fue, ha sido y será un

auténtico cabrón. Un oportunista sin escrúpulos, un aprovechado. Desde sus tiempos como colegial, que yo compartí, siempre lo ha sido. Igual cuando se casó con la señorita Pereira, la famosa actriz, o cuando medró en el partido con el apoyo hispano, logrado a partes desiguales por su condición de católico y su matrimonio con la mexicana que, llegado el momento, le permitió ocupar el despacho oval de la Casa Blanca. Un cerdo, sí, pero un cerdo inteligente, con encanto y una suerte impresionante. Tanto en el instituto como luego, ya adulto, se metió en asuntos que parecían venirle demasiado grandes, como la política del país y la del mundo. Y ahora, igual que entonces, salvo que las cosas se tuerzan mucho, tendrá la fortuna de salir con bien de todos los líos y, si el futuro no nos depara alguna sorpresa aún mayor que lo vivido hasta el presente momento, la historia reservará para él un lugar de honor haciendo que permanezca en la memoria colectiva del pueblo americano como uno de los grandes salvadores de la patria y, me atrevería a decir, uno de los grandes personajes mundiales de la historia. Un verdadero filántropo, un adalid de la democracia. El héroe de nuestro tiempo.

No por desmontar al héroe del pedestal tan lindamente construido entorno de sus pies de barro sino, ante todo, por afán informativo y, a qué no decirlo, por hacer cierta justicia a un personaje desconocido, tan importante o más en esta historia que el propio Flaherty pero que permanecerá en el anonimato, al menos por lo que a este narrador se refiere, creo necesario dejarles mi versión de los acontecimientos que hoy son comida general y base de la admiración por nuestro presidente. Diré el pecado, aunque sin nombrar el pecador. Corro el riesgo, lo sé, de poner a algún malintencionado tras la pista del responsable de muchas alegrías pero también de ciertas desgracias personales y corporativas que podrían desencadenar serios deseos de venganza sobre su persona. Confío en que la pista sea tan tenue como para no conducirlos a ninguna parte. Y aún confío más en la habilidad de mi amigo para borrar todas sus huellas. Pero no puedo resistirme a hablar de héroes y villanos, de un auténtico Robin Hood salvador de economías y patrias, verdadero e ignorado protagonista de esta historia.

No voy a decir su nombre. Pero, ya que debo referirme a él, tendré que utilizar algún apelativo o alias cualquiera. Tentado estoy de llamarlo señor X o alguna de esas absurdas lindezas tan propias de película mala de misterio o del denominado periodismo de investigación. En lugar de eso lo llamaré Joe, ya que, a todos los efectos, nuestro héroe bien podía ser cualquiera de entre nosotros.

Mi amigo Joe nada tenía que ver con la política ni con los asuntos del poder. Tampoco estaba, en rigor, demasiado relacionado conmigo. En todo caso, nuestro punto de encuentro quedará sumido en las brumas del misterio. Baste decir que, por circunstancias y relaciones comunes que no me parece oportuno ventilar aquí, el señor Joe y yo éramos viejos conocidos. Nos respetábamos y manteníamos cierto contacto, aunque no se puede decir de nosotros que fuéramos amigos. De hecho, es bien poco lo que puedo contar acerca de Joe, y mucho menos aún lo que estoy dispuesto a confesar sobre él en este artículo. Unos dirían de él que es un genio, otros usarían ese tonto calificativo "frikie" que une, a partes iguales, los caracteres de inadaptado, lunático y experto en alguna materia abstrusa o peculiar. Nuestro amigo Joe era de los de tipo informático. Un magnífico programador y consumado espía electrónico con ciertas dotes y afición por los aspectos delictivos del asunto. Un hacker, a fin de cuentas. Quizá el mejor entre todos ellos. Aunque este último punto puede ser discutible, los efectos de su habilidad sobre nuestro mundo moderno sí que son patentes, mayúsculos e innegables. Y, como ya he sugerido anteriormente, fue este Joe el verdadero héroe de la historia al que el mundo debería admirar y no el mediocre y oportunista Flaherty, cuyo mérito principal, como de costumbre, residió en su astucia y valor para aceptar la inesperada y sorprendente oferta que nuestro Robin Hood contemporáneo colocó entre sus manos.

Conocí a Joe por amigos comunes que no voy a mencionar. Me ayudó a resolver algunos problemas informáticos que a mí me venían demasiado grandes y para él no constituían más que minucias. Nuestra relación no fue más allá de lo anecdótico, por lo que nunca habría supuesto que, llegado el caso, fuera yo la persona con la que iba a contactar. Evidentemente, sus fuentes de información le permitían saber de mí mucho más de lo que yo había podido imaginar.

Todo sucedió con la llegada de la última crisis, la enésima tras la falsa y aparente recuperación que habían ensalzado los políticos y periodistas, siervos y heraldos todos de la voz del auténtico poder, el económico acaparado por los cuatro gatos de siempre, más poderosos cuanto menos públicos y conocidos.

A muchos les iba rematadamente mal. A otros la vida se nos iba torciendo poco a poco aunque solíamos asumir que nos iba regular o que nos limitábamos a sobrevivir. Y estaba claro que la situación no tenía visos de mejorar. Públicamente no se admitía pero estaba claro que, al margen de los problemas de superpoblación o sobreexplotación de recursos, enquistados y

de difícil solución, la base de la mayoría de dificultades presentes nacía del estrangulamiento económico provocado por los grandes acaparadores que no estaban dispuestos a renunciar al incremento de sus inabarcables riquezas. Las deudas creadas o consentidas por su codicia debían ser asumidas por la mísera población que nada tenía que ver con sus tejemanejes y prebendas. La injusticia, como siempre ha ocurrido en este perro mundo, campaba por sus respetos, auspiciada por los poderosos que se beneficiaban de ella y sus lacayos, las caras visibles que ante el pueblo parecían asumir las terribles decisiones, estaban dispuestos a ser cabeza de turco de los odios mientras pudieran beneficiarse de las migajas de riqueza ofrecidas por sus amos.

En muchas épocas se han vivido situaciones semejantes que algún aprovechado ha calificado de insostenibles. Y no digo que la inviabilidad de la situación no fuera contrastable, pero a lo largo de la historia tales situaciones se han perpetuado, como enfermedades crónicas, sin que nadie interviniera activamente para su resolución. Los aprovechados son los que, conscientes del problema, intentan beneficiarse de las aguas revueltas para hacerse con las riendas del poder, sea por medio de sublevaciones, revoluciones, golpes de estado o un uso torticero de la ira o el desencanto ciudadanos. Yo, tan ácrata como pesimista y escéptico, siempre he pensado que la injusticia previa solo desaparece cuando el poderoso, quizá presentándose a sí mismo como filántropo, encuentra otra injusticia que le resulta más beneficiosa con la que sustituir a la anterior. Por eso aguardo con temor y curiosidad el resultado futuro de esta nueva revolución y las esperanzas que ha suscitado entre la ciudadanía a un nivel global. Me temo lo peor, sobre todo cuando el destino parece en manos de individuos de la calaña de nuestro Flaherty, pero no quiero ser agorero. Tal vez el Joe que creó el caos reciente o alguno de su misma escuela pueda golpear de nuevo en las tripas de nuestro podrido sistema.

Pero no es de mis decepciones o manías de lo que deseo hablar. Sino de héroes y salvación. Vale la pena dejarse llevar por la esperanza, aunque uno la sepa falsa y traidora, tan efímera como irreal.

Por eso no puedo evitar observar con simpatía a tantos ingenuos que han convertido a Flaherty en adalid de sus esperanzas y epítome del héroe justiciero. También con cierta lástima.

Al poco de conocerle, Joe me comentó, casi de pasada, algunas de sus ideas respecto al contexto sociopolítico. Confieso que me parecieron simples chaladuras, leyendas urbanas escuchadas y relatadas en voz alta. Ahora no estoy tan seguro de ello. Como cuando me porfió sobre aquel lugar común de

que las empresas farmacéuticas provocan enfermedades, o el simple bulo de su aparición, para poder curarlas o tan solo vender sus medicamentos, o cuando se pronunció en términos semejantes acerca de la poderosa industria armamentística. Aún más rocambolescas me parecieron sus ideas -de "conspiranoicas", las catalogué por entonces- acerca de que la CIA y otras agencias gubernamentales de seguridad favorecían la piratería informática para poder convencer a los gobiernos, con la connivencia empresarial y cierto apoyo popular, de la necesidad de controlar la red. Aquel asunto, como todo lo que se refería a Internet y su amado mundo virtual de información y programas, le preocupaba a Joe particularmente. En lo demás, a mi juicio, parecía un personaje bastante normal, incluso razonable. Un personaje al que, tras aquellos encuentros del pasado, creía haber perdido la pista por completo y definitivamente. Pero solo hasta que me llegó su mensaje en forma de aquel críptico correo electrónico.

En él no mencionaba su nombre, ni había más referencias a la identificación de su autoría que un pequeño detalle referente a uno de nuestros primeros encuentros. Una pequeña broma privada, si se quiere ver así. Parecía un mensaje sin importancia, de viejos colegas de barrio que iban a reencontrarse. Hablaba de un encuentro en la calle que no se produjo, de unos recuerdos falsos y de la confirmación de una cita supuestamente convenida de modo verbal, repitiendo, a modo de recordatorio, el lugar y la hora del encuentro al que, supuestamente, asistiría "toda la pandilla". Me sentí, a partes iguales, sorprendido e intrigado por la inesperada oferta, que no supe si debía interpretar como misteriosa o una simple broma de Joe.

Obviamente, acudí a la cita en el lugar convenido y la hora indicada. Estuve esperando un buen rato hasta que un chiquillo se me acercó y me entregó, como en una vieja película de espías, un papel doblado en el que se me conminaba a tomar un autobús hacia una zona comercial de las afueras. Intrigado, obedecí las órdenes, no muy seguro de si debía recompensar al muchacho por la entrega de aquel mensaje.

Más muerto de curiosidad que preocupado, llegué al lugar indicado. No tenía la menor idea de qué asunto se traía Joe entre manos. Incluso se me ocurrió pensar que la trama no era obra suya sino de alguno de mis verdaderos amigos que, quizá, querían darme una sorpresa tardía por mi cumpleaños o un reciente éxito profesional. Quien no sabe, siempre intenta encontrar explicaciones, aunque las que inventa tienden a ser pintorescas o incluso absurdas. La realidad, en aquel momento, me pareció mucho más extraña que cualquier hipótesis de las que me había atrevido a manejar. Un

tiempo más tarde, el encuentro se teñiría, aunque solo en mi memoria, de unos tintes siniestros que nunca aprecié en el momento de producirse. El color de las emociones también puede variar, incluso a posteriori, en función de la información de que disponemos.

-No tienes ni puta idea de la razón por la que te he citado con tanto secreto.

Fue su manera de dirigirse a mí, con la familiaridad que le caracterizaba, solo tras un escuetísimo "hola" de salutación. Aunque sus maneras no me parecían las correctas ni me agradaba el ser llevado de un lugar a otro sin saber para qué, confieso que, lejos de mostrarme irritado, devolví el saludo y negué con la cabeza, asumiendo mi ignorancia.

-Si no me equivoco, eres amigo del gilipollas de Flaherty.

Aunque podía convenir en la certeza del segundo calificativo, la palabra amigo para describir mi superficial relación con el presidente, aún menos estrecha que con mi actual interlocutor, me parecía exagerada, y así se lo hice saber.

-Le conozco, si es a eso a lo que te refieres. Pero no le tengo ninguna confianza.

Y esto último era cierto en cualquier modo en que pudiera interpretarse. Ni me fiaba de él ni mantenía trato con su excelsa persona.

-Ya, pero podrías hablar con él si te lo propusieras.

No tuve muy claro si afirmaba o preguntaba.

-Quizá sí. Nunca lo he intentado -admití.

Suponía que era cierto. Seguro que podía apelar a nuestros tiempos de pupilato en el instituto para intentar obtener una entrevista con el ocupado político, siempre dispuesto a mantener su imagen pública de cercanía y bonhomía.

-Creo que con eso me basta -añadió, rotundo, tras un mínimo instante de lo que supuse meditación.

Y, de seguido, pasó a exponerme, que no explicarme, el motivo de aquella entrevista.

-He quedado contigo para que me ayudes a terminar con la crisis financiera mundial.

-¿Yo?

No me reí. Seguro que alcé las cejas y no pude evitar sonreír. Tenía claro que pretendía tomarme el pelo. Iba a pronunciar un "bromeas" entre sorprendido y divertido pero él, sin dejar de sonreírme a su vez, me replicó de nuevo, antes de que pudiera abrir la boca:

-Hablo completamente en serio. Te necesito para que me pongas en contacto con el presidente, con tu amigo Sean J. Flaherty. Él y yo nos encargaremos del resto.

Fue entonces cuando me explicó su plan. Una locura, a juicio de cualquier persona sensata. Pero una locura meditada y, hasta cierto punto, factible. Quizá la clase de locura que nuestro tiempo necesitaba. Yo, más que tratar de rebatir sus ideas -algo imposible cuando un individuo inteligente te habla con la fe del profeta y la convicción del visionario-, me limité a señalar que no tenía muy claro que Flaherty pudiera ser un instrumento adecuado para llevarlo a cabo ni, desde luego, un aliado de fiar. No obstante, sí que conocía, aunque solo por referencia, algunas de las "hazañas" previas que ya adornaban el currículo oculto de Joe. Él solito inventó y distribuyó el programa gratuito que permite realizar brevísimas visitas al azar de millones de páginas diferentes para esquivar las técnicas de publicidad dirigida y personalizada que a ciertas personas les -nos- molestan. También, y esto no es ya algo filantrópico, ideó una suerte de "virus" o "gusano" -ya sé que no es un término correcto, pero mis casi nulos conocimientos informáticos no dan para más- capaz de rastrear transferencias a bancos de algunos paraísos fiscales y aplicarles un gravamen o peaje, semejante a esa tasa "Tobin" de la que hace años se oyó hablar, que derivaba pequeñas y recurrentes cantidades a la cuenta de Joe, de lo que luego alardeó en los foros que consideró adecuados. Y, tal vez, esto último guardara cierta similitud con su última oferta. Razones más que suficientes todas ellas como para no rechazar sin más, por descabellado, su último y ambicioso plan.

-Lo sé -me replicó, sin inmutarse-, pero a él le tienen tan cogido por los huevos como a todo el mundo. Y no es idiota.

No, idiota desde luego que no era. Y sí bastante oportunista.

-¡Quién sabe! -añadí, con un suspiro, y me temo que él interpretó el comentario y su forma como una rendición por mi parte.

-Vamos a triunfar, te lo aseguro -y vi en sus ojos el brillo salvaje que se presupone a la decisión de un fanático.

Me contó su plan con cierto detalle. Del proceso, no de la parte técnica, que se me escapaba por completo. Presté cierta atención general, aunque me perdí en los pormenores. Me comporté como quien escucha educadamente las fantasías ajenas, con cierta curiosidad pero sin verdadero interés. Cuando terminó, todo estaba claro. Para él, que no para mí. Aunque sí había comprendido cuáles eran los pasos que se suponía que yo debía dar y cómo llevarlos a término.

Si mi entrevista con Joe había sido poco menos que surrealista, no sé qué calificativo utilizar para mi contacto con Flaherty y las dos reuniones que mantuvimos. Al menos, tras nuestro último encuentro, pude olvidarme, o casi, de ambos personajes. Aunque no del resultado de nuestras reuniones e, intuyo, las suyas, o el tipo de contacto que decidieran mantener entre ellos, aspecto sobre el que no poseo, obviamente, ningún conocimiento.

Realmente, no sabía exactamente a quién dirigirme para comunicar con el presidente. De nuestros tiempos escolares conservaba el teléfono de sus padres, con los que los míos mantenían cierto trato. Pero no parecía lógico dirigirse a tan estimables caballeros para contactar con su exaltado vástago. Decidí, pues, llamar directamente a la Oficina del Presidente en la Casa Blanca. Descubrí que, para circunstancias semejantes, disponían de una adecuada sección de protocolo acostumbrada a deshacerse, con toda amabilidad, de los pesados deseos de intimar con nuestro glorioso líder. Un par de notas de compromiso en las que se me emplazaba para ulteriores intentos de contactar con mi "viejo amigo" -así se referían a mi relación con Flaherty: evidentemente habían investigado mi pasado- fueron su única y previsible respuesta, pero yo, en vez de desistir, me mostré intransigente, alegando que, cuando menos, consultasen al propio Sean si deseaba comunicarse con su viejo compañero de estudios en vez de responderme con aquellas misivas impersonales.

-Además -añadí, y sé que sonó un poco a farol- tengo algo realmente importante que tratar con él.

Y dejé al criterio de los simpáticos relaciones públicas presidenciales que interpretasen si se trataba de un asunto meramente personal o de otra índole.

Sea como fuera, unos días más tarde recibí una nueva llamada de Presidencia por medio de la cual una secretaria me indicaba que tal vez, solo tal vez, el presidente Flaherty, que por supuesto me recordaba de nuestra etapa estudiantil, pudiera dedicarme unos minutos de su escaso tiempo. Creo que, ciertamente, consultaron a Sean y nuestro presidente no pudo resistirse ni a su espíritu exhibicionista -qué mejor que alardear de su éxito en persona ante un viejo conocido que no ha medrado tanto como tú pese a su mejor expediente académico- ni al prurito de la curiosidad. ¿Qué podría tener que decirle un don nadie como yo a todo un presidente de la nación que le resultara de importancia? En consecuencia, estaba dispuesto a dedicarme cinco minutos, no más, de su valiosísimo tiempo en el propio despacho oval,

siempre que las circunstancias permitieran mantener ese minúsculo hueco dentro de su apretada agenda.

Nuestra primera y brevísima entrevista le sorprendió, pero no le defraudó en absoluto, sino al contrario. Por una vez, y en privado, pude ver al untuoso Sean inquieto y muerto de curiosidad. Mi oferta, la de Joe en realidad, no podía dejarlo indiferente por disparatada que sonase en mis labios y sus oídos.

Tras los saludos protocolarios, lo primero que le dije fue:

-¿Es segura esta sala? Lo que debo decirte es estrictamente confidencial.

Creo que aquellas palabras, y el misterio que incluían, terminaron de desarmar sus barreras dando paso a la más pura curiosidad.

Cuando le transmití la propuesta de Joe, no creyó una sola palabra. Me miró con desconfianza, debatiéndose entre dudas. ¿Se trataba de una broma o yo era un lunático? ¿Cómo alguien en su sano juicio iba a pensar que fuera posible una cosa así? Menos aún el presidente del país. ¿Y quién era ese misterioso enlace que podía proporcionarle más poder del que ahora atesoraba? Quizá fue la sola curiosidad la que lo animó a dejarme seguir. Por suerte para mí, yo no contaba únicamente con mi capacidad de convicción para que aceptase la propuesta. Joe me había proporcionado datos y pruebas con los que engatusar a Flaherty.

Locura o no, la propuesta no podía rechazarse sin más y, como que el asunto no era en absoluto baladí, me pidió que volviéramos a vernos, con más tiempo, ya fuera de la Casa Blanca, como amigos que se reencuentran tras el trabajo.

La segunda entrevista, que tuvo aún menos de personal que la primera, se celebró en completo secreto y solo sirvió para que yo le transmitiera lo poco que sabía y pusiera en sus manos el mecanismo, bien orquestado por mi amigo Joe, para que el señor Flaherty entablara contacto con su inesperado benefactor. A partir de ahí, tras una amable y artificiosa despedida por su parte, ya no volví a saber nada del presidente ni de las gestiones llevadas a cabo -o no, según lo veía yo por aquel entonces- con mi amigo Joe. Desaparecí, como quien dice, de la escena, del tablero de juego, cuando aún no se habían repartido las cartas o las fichas. Quizá cuando aún no se sabía si iba a haber partida ni cuáles, caso de celebrarse, serían las reglas, el tablero o las propias fichas a manejar.

No diré que me olvidé del asunto, pues sería mentir. Pero sí que lo dejé aparcado a un lado de mi mente, sin prestarle demasiada atención por

cuanto que ya no dependía en absoluto de mí ni sabía en qué iba a parar, si es que llegaba a alguna parte. Ese extremo, por cierto, me generaba mucha curiosidad.

Al margen de mi desaparición, el asunto prosiguió su marcha. Aunque no volví a hablar con ninguno de los actores principales, las consecuencias de sus actos me hablaron bien a las claras del éxito de sus gestiones, o, por mejor decir, conspiraciones. Gracias a ello, aunque de una manera sucinta, hoy me siento capaz de reconstruir lo sucedido. Lo realmente sucedido, quiero decir, y no la versión edulcorada y falsa con la que los medios, mensajeros del poder, han tenido a bien regalarnos.

La adornada es la que todos conocen. Milagrosamente, la crisis pareció disolverse. De una parte, los terribles mercados dejaron de presionar sobre las deudas soberanas y las políticas de saneamiento de la banca resultaron simultánea y sorprendentemente efectivas. Por otra parte, el magnífico presidente Flaherty, reunido con los poderes económicos, logró lo impensable: quitas en la deuda de calibre inimaginable, donativos personales de grandes magnates dirigidos a las arcas públicas, tanto nacionales como de otros países, y a algunas organizaciones civiles sin ánimo de lucro. Y, finalmente, expropiación y encarcelamiento de algunos potentados responsables de turbios asuntos puestos al descubierto por las políticas fiscales y la investigación federal.

La real es, en esta ocasión, bastante más truculenta. Si todo se desarrolló como estaba previsto -y no tengo razón para suponer que no fuera así-, el amigo Joe se introdujo en las cuentas de todos esos millonarios, muchas empresas, fondos de inversión, sociedades, tapaderas y cuentas ocultas, para hacerse cargo, gracias a sus sofisticados programas informáticos, de todo el capital que aquéllos representaban. Joe entregó al presidente la fortuna acumulada por los grandes financieros de todo el mundo, oculta en paraísos fiscales, cuentas bancarias, acciones y posesiones materiales cuya titularidad el hacker pudo manipular. Con ello le otorgó a Flaherty el verdadero poder a cambio del destello de una ilusión de libertad. Los financieros, sin su fortuna, se verían obligados a firmar cesiones de la misma para evitar que el Estado, ahora más poderoso que nunca, los procesara y encarcelase por sus crímenes anteriores. Con el dinero en la mano, ese dinero fantasma que igualmente ha desatado la crisis, es fácil ejercer el poder real, sin plegarse a los poderes económicos que atenazaban a políticos y representantes. Trapos sucios siempre los hay y la clave de que se hagan públicos o no es el férreo control informativo de quien posee los medios para

ejercer la presión o el dominio adecuados. El magnate despojado es un magnate desvalido, cuyos chanchullos se convierten en armas de chantaje y extorsión en manos del que ahora toma las riendas del poder, en este caso nuestro amigo Flaherty y el gobierno al que representa. El gobierno federal pudo autocondonarse la enorme deuda contraída con los usureros -que conste que con este término no pretendo personalizar: las sociedades anónimas quedan perfectamente incluidas en esta categoría a la que, por comodidad, me refiero- y ejercer, realmente, el poder que se le supone y la capacidad de decisión necesaria para salir de la crisis. Puesto que esta lo era más de tipo especulativo que estrictamente económica o financiera, al margen de que realidades como el cambio climático o la sobreexplotación de recursos puedan conducirnos en el futuro a otra clase de crisis, su solución, compleja en cuanto a mecanismos y desarrollo, se reduce, hablando en términos simplistas, a realizar unos ajustes contables tan imaginativos como los que anteriormente permitieron a otros llenarse los bolsillos. Sanear la economía significaba, en este caso y como bien sabían Joe y su socio Flaherty, corregir los balances apropiados para así liberar crédito y deudas. Muchos se vieron favorecidos, milagrosamente libres de las enormes losas y sogas económicas con que estaban oprimidos. Unos pocos salieron perjudicados -quizá fueron más de los que pueda parecer- o, por mejor decir, quedaron sometidos, por fin, a la autoridad gubernamental de la que durante décadas se habían liberado y a la que habían extorsionado a placer para lograr sus objetivos particulares. Como Flaherty y sus asesores tampoco eran idiotas, aceptaron la cuota de poder que se les ofrecía. Ya veremos, eso sí, cómo la aprovechan. En mi opinión, la actual liberación será solo un parche y pronto el estado se volverá a endeudar tratando de impulsar la siempre renqueante economía y habrá otros magnates y grupos de inversión que se convertirán en felices acreedores y oligarcas. Pero, entretanto, a los recién desposeídos solo se les dieron dos opciones: perderlo todo y recibir su justo castigo -por lo que la legalidad pueda tener de justa- o "donar" sus bienes y convertirse en forzados filántropos salvando su imagen y su buen nombre. Muchos pequeños inversores imagino que, en la práctica, habrán quedado con el culo al aire y no me sorprenderá escuchar, en los próximos meses, que ciertos bancos o determinadas compañías se hallaban en quiebra con sus acciones o títulos carentes de valor. Pero supongo que, en la medida de lo posible, los ajustes contables tratarán de parchear los agujeros para que el número de damnificados sea reducido y las pérdidas de votos queden limitadas al mínimo inevitable. Tampoco me cabe ninguna duda de que Flaherty saldrá reelegido con más apoyo que en las anteriores

votaciones. Lo que no tengo muy claro es si su segundo mandato será igual de luminoso que este o su popularidad, por deméritos propios y de su gobierno, caerá en picado a la par que se fragua alguna otra crisis, presente o futura, visible u oculta.

Como en algunos otros países se han oído noticias parecidas de persecuciones a grandes financieros y conversiones filantrópicas de unos cuantos más, imagino que mi Joe, u otros Joes coaligados con quien yo conozco, han orquestado esta especie de revolución financiera mundial. Aun habiendo preservado a los Flahertys y otros lacayos del poder económico anterior, siento la tentación de llamar antisistema a los artífices del cambio. Quizá también a estos políticos gregarios ahora los mantienen atados y sujetos, y no sé si es mejor que manden los oligarcas de antes, los políticos o los hackers que han dirigido la transformación desde las sombras. Sepamos o no cómo suceden las cosas, ya juzgaremos según cómo evolucione el mundo de aquí en adelante.

Por el momento, habrá que darse por satisfechos sabiendo que alguien como Joe, el héroe de nuestro tiempo, salvador anónimo de la crisis, ha actuado cual Robin Hood moderno desposeyendo a los más poderosos para liberar de sus deudas a millones de ciudadanos, ya a título privado ya como meros contribuyentes que pagaban sus impuestos.

Juan Luis Monedero Rodrigo

HE PERDIDO LAS VOCES

Lo que a mí me gustaba realmente de pequeño era ir a llamar a un amigo a voces, es decir, esperar con impaciencia a que diesen las cinco de la tarde, salir de tu casa con el bocadillo en la mano, bajar de dos en dos las escaleras y, en el portal de enfrente, situarte debajo de la terraza o del telefonillo y, de puntillas, preguntarle a su madre delante de todo el vecindario si Dani podía bajar. "¿Se baja Dani?", eran las palabras exactas. Eso era realmente humano. Entre otras cosas, como ya he dicho antes, porque se decía en voz alta.

Escuché en una ocasión a un Federico Luppi de película que aquello que más añoraba de Buenos Aires era que acá, en Madrid, la gente no silbaba por las calles. Por eso estaba triste los primeros meses de su estancia en España. Decía también ese Federico Luppi de película que no se dio cuenta en todo ese tiempo en el que anduvo triste de que precisamente esa melancolía

se debía a que acá, en Madrid, la gente no silba mientras camina. Sólo fue consciente de las razones el día en el que él mismo, debido a un arrebató de nostalgia inconsciente, empezó a silbar por las calles de Madrid como si deambulara por sus propias calles. Creo que lo que le sucedió al Federico Luppi de película, en otros términos, nos ocurre más o menos a nosotros: que poco a poco hemos perdido la banda sonora de nuestras vidas por olvido, por falta de uso o porque los soportes han ido cambiando con el paso del tiempo. Las razones no las tengo claras, pero sí tengo claro que hemos perdido la voz. La voz alta, digo:

-La de mi madre llamando desde la ventana al parque para que subiera a bañarme.

-La de mi amigo suplicando en mi nombre a mi madre desde la explanada y hasta la ventana que dejáramos lo del baño para el día siguiente porque la hora que restaba para cenar la queríamos dedicar a jugar en su habitación.

-La de mi padre asegurando desde el fondo del salón que como mi madre tuviese que llamarme otra vez, sería él en persona el que bajaría a hacerlo.

-La de mi madre claudicando ante los ojos de mi amigo: "Dile a tu madre que se asome al balcón".

-La de mi amigo gritando "vale" con un perfil a mi madre y gritando "mamá" con el otro perfil a su madre hasta que ésta asomaba a la terraza con un paño de cocina envuelto entre las manos.

-La de mi madre explicando desde una punta de la explanada que estos guarros por jugar ni bañarse quieren y preguntando a ésta si ya estaba preparando la cena.

-La de la madre de mi amigo diciendo que sí, que sardinas, la de mi madre contestando que ella también, pero que sardinas no, que hoy tocaba gallo, y la de una tercera señora que aparecía de repente con dos bolsas cargadas por medio de la explanada explicando que a ella se le había hecho tarde y que por eso esta noche sacaría un poco de embutido y punto.

-La mía y la de mi amigo preguntando si entonces podíamos subir a casa del segundo a jugar o no y la de nuestras madres continuando con sus cosas, sus temas y sus filosofías.

-La de mi padre, desde el fondo del salón, lamentando solo en el sofá mientras destapaba un botellín que, al final, los hijos hacíamos siempre lo que queríamos con las madres.

Toda esta cadena la he perdido, en parte porque he crecido, tengo treinta años y mi madre se niega a llamarme desde la ventana a la explanada para que suba a bañarme y en parte porque tampoco se lo oigo a otras madres. Ahora los chavales se despiden, llaman al telefonillo, dicen "abre" y sus padres abren sin decir nada. Eso es el mejor de los casos, porque hay ocasiones en las que ellos mismos poseen las llaves del portal.

Por eso, nostálgico, regresé al pueblo, gran gestor de altas voces altas, pero allí también habían perdido, y no sólo la alta voz buscada, sino también las rotundas discusiones alrededor de la tele del único bar, las ocurrentes onomatopeyas, las explosivas carcajadas, los enfáticos buenos días y el resto de sonoros saludos. Dicen los habitantes del pueblo que todos esos sonidos han ido a parar, curiosamente, a la televisión, que vino un día uno de las cadenas privadas a comprar toda la acústica del pueblo para llevársela a los platós, que la oferta fue irresistible y que desde entonces cada uno de ellos ve la tele sentado en el sofá de su casa, en silencio, lamentando cómo cuatro tipos malgastan delante de la cámara las que fueron sus altas voces, sólo que ahora a toda esta parafernalia se le llama "debate".

Aun así, quizás como último gesto de rebeldía antes de caer definitivamente, intenté el otro día en medio de un supermercado levantar la voz, una voz no de pueblo, una voz sí del pueblo, que sonara, que anunciara mañanas y sonara a fiesta, pero la gente que pagaba en la caja, la gente que metía las narices en los arcones de la sección de congelados, la gente que comía a escondidas algún bollo en los ángulos muertos no controlados por las videocámaras, dejó lo que estaba haciendo para mirar mi voz alta. Para mirar mal la voz. Creo que les molestó bastante que yo intentara ser la voz de todos, o simplemente una voz más pero una voz, porque yo, sinceramente, no dije nada, lo único que hice fue hablar alto, pero a la gente, hoy en día, no le importa que hables a cambio de que no tengas voz. Hablar alto molesta,

porque hablar alto muchas veces significa hablar claro, aunque sea sólo en forma, y cuando alguien se levanta a hablar alto en una junta de vecinos o en una asamblea de trabajadores, los sindicatos y por mimesis los demás, enseguida te tapan la boca con las manos, con sus estadísticas, enseguida te tapan la boca colocándote entre los dientes a uno de sus liberados o a otro trabajador, y esto se hace, creo, porque en realidad no estamos acostumbrados a que las verdades se digan con tanta fuerza. Por eso no triunfan las revoluciones, porque no se habla alto y claro, únicamente se habla o claro o alto o claro y alto, pero lo que no se habla es alto y claro, y luego, claro, así acabamos, que cada uno actúa frustrado a su antojo e indiscriminadamente como en buen gana quiere: rompiendo cristales, haciendo huelgas de hambre, escupiendo a políticos a la entrada del Parlament o, lo que es más triste, llegando a las manos con nuestros semejantes. Después, pasa lo que pasa, que no todo el mundo, ni si siquiera los que estamos de nuestro lado, sabe interpretar que, en realidad, estas actuaciones denominadas violentas por los telediaris vienen a ser otra manera de hablar alto y claro cuando no te dejan hablar alto y claro. A todo este proceso se le conoce en el mundo de los poderosos con un simple infinitivo: dividir.

A colación de esto, es muy fácil saber cuándo un político no dice la verdad: baja el tono como si fuera muy moderado y culto cuando en realidad es un patán que por no tener la verdad pegada a su garganta no puede decirla todo lo alto que se precisa.

Por eso es tan importante hablar alto y claro, porque son inseparables las dos condiciones, porque la verdad nunca puede ser tímida, baja o confusa. Tiene que ser alta, clara y valiente.

Dicha estafa, dicha perversión del alma, no muere en el terreno de la política. Continúa en casa, cuando dices por lo bajini a un niño que se duerma porque si no va a venir el coco. Si fuera verdad se lo dirías gritando casi, con un chorro de voz en verdad espectacular, pero así, por lo bajo, sch, duérmete niño, duérmete ya, que viene el coco y te comerá, vamos camino del fracaso día tras día pues el coco, ya algo sordo debido a su larga actividad, está cansado de poner eternamente el oído y no oír nuestra llamada. Y si el coco no oye el coco no escucha y, por ende, no viene. El resultado de todo esto, huelga

decirlo, es que el niño finalmente no se duerme y tú no descansas como deberías descansar. Todo por no arriesgar tu garganta.

Las nuevas tecnologías, por su parte, han hecho mucho daño pero porque no las hemos sabido utilizar. Está muy bien poner "¡hola!" seguido de un emoticono sonriente en el chat, y mejor está todavía quedar a la puerta del metro a las siete después de todos esos besos y abrazos digitales, pero este gesto luego tiene que verse reforzado cuando en realidad quedas en la puerta del metro a las siete. También allí se puede y debe decir hola y poner una cara sonriente. No quiero ni pensar que exista gente que quede emotivamente desde el chat para estar luego en silencio en la calle. Es como si la voz alta la hubiéramos trasladado de soporte, cosa que todavía no sé si está bien o mal.

Y es que lamentablemente la voz alta es algo que ya sólo queda en mi madre, en algún cantaor de flamenco y en los niños de tres años que todavía, pese al rubor de sus padres, van saludando alegremente a desconocidos por la calle.

Y si yo hubiera llorado en voz alta a mi padre cuando murió ahora mismo no estaría echándolo tanto de menos.

Y si en el plano amoroso se dijera todo con voz alta y clara, por ejemplo "que me gustas mucho", todo sería más fácil. No harían falta flores, bombones, anillos y otras bagatelas, que son más divertidas y aparte fomentan la economía en otros sectores, sí, pero no me digan que dichas técnicas de seducción son más sutiles que manifestar a garganta limpia tu amor a alguien, porque sinónimos de "sutil" son "grácil", "etéreo", "ligero" y un montón de bombones, flores y anillos no son nada gráciles, ni etéreos, ni ligeros. Lo verdaderamente sutil, grácil, ligero o etéreo es la voz: la voz alta.

Y si yo fuera coherente no seguiría tratándoles de ustedes, porque el usted es a la voz alta lo que Yago a un drama de Shakespeare.

Y este discurso, verdaderamente, tampoco tiene que ser muy cierto, muy claro ni muy sincero porque si fuera cierto, claro y sincero estaría ahora mismo levantado, no gritando pero sí a viva voz defendiendo mis palabras, pero como ven mi contenido no va con mi tono. Por eso tantas veces se dice que la literatura no vale para nada.

La única esperanza que nos queda, quizás, es que mi madre, treinta años después, cansada de pedirle al vecino que le ayude a ponerme un sms al

móvil, hasta el gorro de requerirme en el olvidado contestador del fijo, cruce de punta a punta la ciudad, aparezca debajo de mi bloque y, mientras lanza desde la acera su longeva mirada al sexto piso, reviente con su voz gran reserva el pútrido silencio del barrio para decirle a sus nietos (aparecidos en el balcón como entusiastas Ulises que nunca hubieran oído tales cantos de sirena) que le pregunten a su padre si piensa subir a bañarse algún día de éstos.

Fernando Sánchez Calvo

EL RAPTO DE EUROPA

Yo, sincera y absurdamente, pensaba que Europa era diferente. Que siglos de turbulenta historia y civilización, sumados al terrible sufrimiento acumulado en la última centuria, nos habían hecho distintos. Que el ciudadano, por fin, era un personaje importante y las democracias un intento bienintencionado de alcanzar la paz social. Pero pronto escarmenté de mi ingenuidad y mis peores presagios, ya añejos, se ven confirmados al comprobar que Europa, como todo el mundo, pertenece a los mismos apátridas que todo lo gobiernan. Y digo apátridas pero miento, porque su patria es el dinero. Y da la impresión de que las conquistas sociales del último siglo solo eran un aplazamiento en sus terribles planes. A ellos solo les importa su propio beneficio y no entienden de sociedades o moral. Cedieron ante la presión de un populacho hartado y desesperado al que, tras experimentos fracasados y alucinados desde su nacimiento, como el bolchevismo o los fascismos, lograron engañar con el supuesto estado de bienestar, que les sirvió para anestesiar conciencias y dominar voluntades a cambio de unas pocas migajas que no ponían en peligro sus inmensas fortunas. Pero solo era un asalto en la guerra, una mínima derrota, o concesión, durante la batalla. Un echarse atrás para tomar impulso. Porque ahora, adocenados y anestesiados, embaucados con su consumismo y sus medios de comunicación -la propaganda manipuladora contra la que ya fuimos advertidos hace décadas-, nos quitan esos derechos a marchas forzadas. Primero nos "globalizan" el mundo, dicen, cuando solo mundializan su economía y sus beneficios, para democratizar el trabajo precario. Y sus crisis recurrentes les sirven para, culpándonos de sus fracasos o imprevisiones -tal vez son solo resultado esperado de su voracidad-, utilizar la tijera aún con más alegría para recortarnos, en nuestros sueldos, nuestros derechos, nuestra humanidad. Y, no sé si es ironía o lección para todos, en esta consunción de lo que significaba Europa -o de lo que algunos creíamos que

significaba-, cuando la hoy llamada Unión Europea es más económica, y solo económica, que nunca, pese a los términos con los que siempre nos confunden, entendiendo por Europa solo la casta de los elegidos, los que nos gobiernan con puño de hierro, hasta ahora envuelto en fieltro o gasa, para confundirnos aún más con su contacto, solo aparente, de seda, no sé si es ironía, digo, el que la voracidad, la lección, se hayan cebado en primer término con Grecia, la patria de Europa, su origen. Secuestrándonos Grecia y secuestrándonos Europa, de un modo menos lícito aún que el divino secuestro del mito, para demostrarnos que nada debe quedar del sueño y que, si nos atrevemos a abrir los ojos en mitad de nuestra anestesia, que no plácido dormir, solo nos servirá para observar espantados quién detenta el verdadero poder.

Y yo, yo pensé, ingenua y torpemente, que Europa era diferente.

Juan Luis Monedero Rodrigo

AGRADAR A LOS DIOSSES

Me encuentro, en estos días agitados y confusos, aunque también pusilánimes y temerosos, con que varias docenas de payasos pontifican acerca de las bondades del sistema o nuestra pernicioso contumacia al vivir, sin saberlo, por encima de nuestras posibilidades al tiempo que nos culpan de la reducción del consumo y el paro de la economía. Y yo, que poco entiendo de estos asuntos -nada de macroeconomía y bien poco de política-, solo acierto a suponer que están locos o son malvados interesados. Ya que su lógica no me convence, no pensaré que soy yo la loca o idiota. Y me acuerdo de un pueblo primitivo cuya religión me recuerda a estos ricachones y sus lacayos que hoy gobiernan el mundo y la opinión pública. Con la clara ventaja, con respecto a estos, de que uno puede concluir, sin temor a confundirse, que, como en tantas otras religiones, son los hombres los malvados y los lunáticos dioses a los que rezaban una mera invención, absurda y truculenta.

Me refiero a los pampati, minúsculo pueblo de la micronesia, extendido entre los amplísimos mares que incluyen las diminutas islas del archipiélago de las Princesas.

De costumbres sencillas, que algunos describirían como bárbaras, en sentido peyorativo. De población escasa y futuro incierto, por no decir nulo, teniendo en cuenta su miseria y los cantos de sirena de la globalización y el llamado progreso.

Estos pampati, que hoy en día apenas conservan algunas de sus costumbres más antiguas, contaban como base de su cultura con una sofisticada religión que varios investigadores europeos, etnocentristas y poco

atentos, consideraron, siglo y medio atrás, como mera creencia animista sin mucha elaboración.

Sin embargo, cuando, a principios del siglo veinte, visitó varias de las Princesas el antropólogo americano William Rudolph -Willy- Evans, quedó tan fascinado por la extraña fe de los pampati que aun hoy en día resultan admirables las descripciones que dejó escritas en su "Usos de los pampati de las Princesas", obra canónica del género, clásico de la etnografía, la antropología y aun de la filosofía que, por desgracia, hoy en día está descatalogado y solo puede encontrarse, en forma de copias procesadas por ordenador a partir de un viejo original en inglés, la lengua en que fue escrito y desde la que no se tradujo, que yo sepa, a ningún otro idioma. Es innecesario indicar que el español tampoco se habría contado entre los idiomas habituales en una traducción de tal clase de texto científico. Absténgase eso sí, los mentecatos curiosos de pretender traducir el hermoso texto al castellano usando uno de esos infames, a fecha de hoy, traductores automáticos de la Internet.

Lo sorprendente de la religión de los pampati no es su carácter animista con deidades entresacadas de su experiencia particular respecto al medio natural. Su cultura no es sofisticada ni podían serlo sus dioses. Pero, tal y como descubrió Evans, la relación de la etnia pampati con las divinidades sí que es realmente peculiar, pues se basa más en la estética que en la moralidad o el merecimiento.

Como en muchas otras religiones, incluidas las que consideramos avanzadas, como las monoteístas basadas en ese cúmulo de libros que en Occidente llamamos Biblia, en la de los pampati los dioses escuchan a los humanos y responden a sus plegarias, pudiendo alterar el rumbo de los acontecimientos para favorecer a un creyente privilegiado. Ahora bien, la razón por la que un peticionario resulta favorecido en lugar de otro es, para los pampati, más objetiva y clara que las vagas preferencias o justificaciones que judíos, cristianos o musulmanes asignan a su dios omnipotente a la hora de obrar o no el milagro en cada ocasión.

Para los pampati la oración es un arte. A la hora de solicitar un favor o gracia a cualquier dios lo único realmente importante es la belleza de su imprecación. Cantada, declamada, representada. Basada en gestos, en sonidos guturales u ofrendas, ya sea de alimentos, ropas o bisutería. No es importante que lo que se solicita sea justo. Tan solo interesa agradecer a la divinidad con la oración y sus accesorios. Es más, puede ser que una misma oración no agrade a un dios y sí convenza a otro. Incluso hay modelos de oraciones que se

consideran apropiados para según qué dios. Si bien la espontaneidad y la imaginación son siempre bienvenidas, ya que los peticionarios suelen pensar que es más fácil ganarse el favor divino por medio de la sorpresa antes que por la reiteración de la petición o la repetición de oraciones antiguas. Si el dios no obra el milagro, unos pensarán que es porque la petición no era lo bastante hermosa para la divinidad, mientras que otros afirmarán que el dios al que dirigieron su plegaria carece por completo de buen gusto. Así las cosas, incluso puede ser que se realicen oraciones desagradables para el peticionario, en la esperanza de que sí sean del gusto de su divino público. A nadie, por supuesto, se le pasa por la cabeza la idea de que la respuesta negativa se deba a que la base de la petición sea injusta o creativa. Entre los pampati, las crisis de fe aluden a incapacidad para encontrar el camino correcto para ganarse a los dioses, no a la dificultad para justificar la acción o inacción de un dios todopoderoso, ubicuo, omnisciente, omnipotente, omnímodo y, según los casos, hasta vengativo o veleidoso. Uno, así, puede incluso presumir de sus malas obras al tiempo que de su habilidad para agradar a los dioses. Puede parecer un tanto amoral, gratuito o casi aleatorio pero, cuando menos, entre los pampati no hay sitio para falsos profetas o iluminados que tratan de convencernos de nuestra maldad o falta de fe para justificar los oídos sordos de los dioses o las tropelías de los hombres. Para mí, e intuyo que también para el señor Evans, estos milagros basados en la estética son menos perniciosos que los que se apoyan en la justicia humana, divina o universal. Para un pampati, si su razonable petición es desoída, carece de sentido el mortificarse o buscar tres pies al gato. Le basta con pensar que su arte no era suficiente o, mejor aún, que el dios al que se dirigió la plegaria carecía de gusto o lo tenía malo. Y el siguiente paso puede ser abandonar la petición, sin más, dirigirla a otro dios con gusto más proclive, que no más benevolente, o bien cambiar el formato o contenido de su pequeña obra de arte. Se trata, como bien saben ellos, de agradar a los dioses, no de demostrar la propia fe o la justicia de nuestras solicitudes.

Eso sí, está claro que, además de poco elaborada, la religión pampati no es de las que acarrea una fe profunda o dogmas complejos. Tampoco preocupaciones. Por desgracia para ellos, la modernidad y la globalización, que les han llevado dinero, comodidades y tecnología, también les han proporcionado predicadores extranjeros que les han convencido de que sus dioses eran falsos ídolos y se los han cambiado por los suyos propios, más exigentes y celosos. Hasta la inocencia de la fe y los valores antiguos son pervertidos por estos proselitistas del dolor bíblico.

Ganas me dan de rezarles a los dioses pampati, a ver si acaban con la colonización occidental capitalista de los últimos paraísos.

Euforia de Lego

FILÁNTROPOS

Podría mencionar varios potentados, cuyos nombres me vienen fácilmente a la memoria, de esos podridos de millones y riqueza, de los que oprimen y consienten la pobreza, que, sin embargo, se definen a sí mismos como filántropos. No lo haré, no por respeto, sino por la seguridad de dejar demasiados nombres fuera, muchos desconocidos para mí, lo cual convierte la lista en injusta, además de inútil, como sin duda lo es.

No obstante, la razón de este apunte es hablar de esa filantropía. Para afear el uso del término, sí, por parte de esos multimillonarios desalmados, pero también para indicar los modos en los que, algunas de esas almas cándidas podrían ser sinceras al autodefinirse de aquel modo al tiempo que actúan como una peste para el resto de la humanidad.

Hay un modo en que la filantropía resulta obvia y objetiva, pero no voy a suponer que ningún ricacho, por retorcido que sea, se confiese filántropo, al menos conscientemente, de ese modo monstruoso. Me refiero al más puro estilo antropófago de un Hannibal Lecter al que puede gustarle el género humano del mismo modo que a otros el bovino. Tampoco al puro estilo hobbiano que considera al hombre lobo para el hombre, con los tintes depredatorios claramente implícitos, aunque sin el matiz del canibalismo.

Me refiero a otros contextos.

1. El del perdonavidas bondadoso.

Muchos de estos millonarios creen en y practican, casi sin ser conscientes de ello, variantes del darvinismo social. Ellos, por supuesto, están en la cumbre de la creación y, sin embargo, lejos de odiar a sus semejantes o, más razonable aún, de realizar la necesaria limpieza eugenésica de todos esos animalillos humanos de inferior desarrollo y valor, los aman, inos aman!, y nos permiten subsistir con sus sobras, al tiempo que dan sentido a nuestras miserables existencias permitiéndonos ocupar nuestro inútil tiempo con trabajos no menos inútiles o haciéndonos creer libres y poderosos votando en elecciones supuestamente democráticas. Hay que tener muy buen corazón para dejarnos vivir, pese a nuestras innegables taras e inferioridad. Alguno, incapaz de vencer sus absurdos escrúpulos morales, quizá se avergüence de esta filantropía tan contraria a la razón.

2. El del desalmado práctico.

Si creas un sistema que te permite forrarte y para permanecer en la cumbre requieres del resto de la humanidad, es lógico que te preocupes de ese numeroso resto y de sus condiciones vitales, para que sean lo bastante controladas para mantener tu estatus pero no tan miserables como para que se te mueran los curritos o se te rebelen.

3. El millonario con vena artística.

Si aprecias tus prebendas, y entre ellas tus magníficas colecciones de arte, que te hacen sentir más rico además de snob, no puedes dejar de valorar, al menos idealmente, a toda esa humanidad que ha proporcionado los artistas, pintores, literatos, arquitectos, escultores, y también científicos, técnicos, médicos, legisladores y demás que te permiten vivir del modo increíble en que lo haces.

4. El ricachón excéntrico

Uno puede pulirse los millones, que significan materia y energía que podrían permitir subsistir a un montón de gente, sin ningún cargo de conciencia. Lo que gastan y consumen es suyo, ¿no? Y ganado honradamente, ¿o no? Y luego, por tener un puntito de locura, excentricidad o simple bonhomía, va y dona otra millonada para caridades u obras públicas. Más allá, eso sí, de lo meramente desgravable en impuestos, que eso sería lo razonable, no lo excéntrico.

Existirán más modos. Pero no tengo ganas de buscarlos ni quiero dedicar más tiempo a hacerlo. Si se te ocurren otros modelos filantrópicos del billonario, pues cuéntanoslos. Mejor si eres uno de esos millonetis que practican la filantropía. Lo mismo hasta te escucho con sincera atención.

Juan Luis Monedero Rodrigo

ALITERADO

Gana garbo el galopar
de la gastada gacela.

Trota, se tropica, tropieza
con trozos de troncos viejos.

El león y el leopardo, lentos
y legañosos, levantan ojos golosos.

Mañana matarán a la mansa hembra,
y mascarán las magras ancas.

Hoy desgana y desmayo los derrotan.

Detenga el devaneo, que no corre peligro.

Viejo dúo vil vibra

ante vida de víctima añeja.
Ruja león que rumiante rubia
rueda en ruta que la aleja
del peligro de perecer en perezosas fauces
de los dos pencos petulantes.

Antón Martín Pirulero

EL TRATAMIENTO

Habría sido peor si padeciera impotencia o almorranas. O eso quería creer. Aunque, por mucho que intentaba suavizar la situación, no lograba que esos otros casos le parecieran mucho más desfavorables.

Ulrico estaba resignado a portar su cruz. Era necesaria para la salvación de su cuerpo y, ante todo, la de su alma. Pero eso no significaba que la llevara con alegría ni ese ánimo especial, cargado de orgullo, del creyente cristiano respecto de sus sacrificios. Él aceptaba la carga, sí, porque no le quedaba otro remedio, pero lo hacía a regañadientes y con repugnancia. A qué no confesarlo, con la esperanza, un tanto vana, como lo son la mayoría, de llegar a verse libre algún día de aquel yugo asumido. Aunque, por el momento, no tenía la más remota idea de dónde podría lograr la enorme cantidad de dinero que supondría la liberación. Entre tanto, debería soportar, con la mayor entereza de ánimo de que fuera capaz, las miradas puestas en él, que Ulrico suponía suspicaces, temerosas o, cuando menos, extrañadas, si es que no eran burlonas o divertidas. Así como aguantar la vergüenza que todo aquello le hacía sentir y que le hacía imaginarse a sí mismo vistosamente ruborizado hasta las orejas.

-Paciencia, Ulrico -se repetía una y otra vez mientras apretaba las mandíbulas-, ya pasará -no muy seguro de si se refería a su cruz o al rubor y la vergüenza que lo atenazaba.

Podía pensarse que el origen de su cruz estaba en el inicio de su terrible enfermedad, pero el paciente no se engañaba al respecto. Al menos la eficacia del tratamiento le otorgaba la lucidez necesaria para comprender, con la seguridad que da la certeza, que el origen de sus males actuales no iba ligado al desarrollo de su devastadora enfermedad sino a acontecimientos mucho más antiguos y no relacionados expresamente con su humilde persona. Su enfermedad era una desgracia personal, pero el desmantelamiento de los sistemas de cobertura social y el poder casi infinito otorgado a las empresas farmacéuticas eran una desgracia colectiva cuyas consecuencias, en la forma

de aquella simbólica cruz y y todo lo que había tras ella, sí le tocaba sufrir a Ulrico en lo personal.

Décadas atrás, su tratamiento habría sido casi gratuito, se decía nuestro hombre, mortificándose con ese pensamiento. Aunque, en honor a la verdad, y por desmontar aquella ucronía, al mero detalle de que Ulrico no vivió en esa época, habría que añadirle la triste realidad de que, por aquel entonces, no existía verdadera cura para su mal, aunque fuera en la forma de ese desagradable tratamiento, tan duradero como crónica era su dolencia.

Muchos le recordaban, con la mejor de las intenciones, que, por eso mismo, debería considerarse afortunado. Ulrico sabía que tenían razón, aunque eso, lejos de tranquilizarlo, le molestaba todavía más. Igual que lo irritaba saberse privilegiado por recibir un tratamiento esponsorizado. Otros males y otros tratamientos no se sufragaban con anuncios y los pacientes que no podían costárselos simplemente se quedaban con su enfermedad y sus consecuencias, aunque se tratara de la propia muerte. No había piedad para los enfermos sin dinero.

Quizá esa era su única ventaja con respecto al imaginado paciente de impotencia. El mal de este último, tan frecuente, no conllevaría la posibilidad del anuncio y la subsiguiente subvención. Por otro lado, alguien curado de impotencia, con un anuncio tal sobre su cabeza o en su pecho, quizá atraería, por ello mismo, el interés de las féminas junto con la curiosidad y admiración de la mayoría. Sin embargo, portar un anuncio diciendo que "Federal Pharmaceuthicals me trata la Psicosis de Weber" solo causaba desasosiego en el lector, asustado ante el loco supuestamente controlado, y en el infortunado portador de la publicidad. Pero así estaban las cosas. Al menos, su mal minoritario y con medicación experimental aún merecía la oportunidad de que el tratamiento le fuera suministrado a cambio de exhibirse públicamente.

No sucedía así en la mayoría de los casos.

Su terrible enfermedad debería haberlo incapacitado por completo. En otro tiempo, así habría sido. Tan solo unas décadas atrás, su mal no solo habría carecido de tratamiento sino que, además, habría quedado sin identificar con precisión, englobado, genéricamente, en el cajón de sastre de las psicosis maníaco depresivas. Pero, en pocos años, la situación cambió. Primero, el doctor Arnolf Webber descubrió una alteración genética, basada en proliferación de copias de cierta secuencia génica, lo que determinaba el carácter progresivo de la enfermedad, y, segundo, la empresa Federal Pharmaceuthicals anunció el desarrollo de una posible terapia experimental que, al no ser una corrección meramente genética, requería un tratamiento

químico permanente de los pacientes. A Ulrico le sonaba a que la terapia génica era posible, viable, más barata y mucho más duradera. Al tiempo que mucho menos rentable para la empresa que una medicación permanente para una enfermedad crónica. Pero él no era ningún experto y debía aceptar el tratamiento que se le ofrecía. Un medicamento carísimo que debía consumirse de forma permanente para frenar y revertir el desarrollo de la psicosis. Como tratamiento experimental que era, el médico de Ulrico propuso a su paciente-cliente como colaborador en la última fase de las pruebas del compuesto. Y Ulrico se curó completamente. Aunque, según le anunciaron, la curación era solo temporal. De modo que Ulrico debería seguir tomando de por vida el medicamento, hasta que se desarrollasen otro mejor o una cura definitiva, para lo cual, una vez comercializado el producto, bajo el bonito nombre de Eupsicor, nuestro protagonista debería asumir unos costes imposibles para su maltrecha economía y para casi cualquiera que no incluyera una buena porción de ceros en su cuenta bancaria o un seguro médico bien completo que se lo cubriera. Ulrico, igualmente, estaba casi seguro de que, poco a poco, como hacían tantas veces, los seguros médicos irían excluyendo de sus pólizas el suministro de Eupsicor o la cobertura a los fácilmente identificables, por vía genética, clientes afectados por ese mal. Ulrico no veía opciones para seguir recibiendo el tratamiento y no recaer de su mal. Al menos hasta que las patentes expirasen y el medicamento se abaratase lo suficiente como para resultar asequible. Momento para el cual era más que probable que Ulrico ya no existiera, aniquilado por su mal o la falta de recursos. Así las cosas, como la empresa deseaba publicitar su nuevo producto, su médico le planteó la posibilidad de pasar de ser paciente experimental a cliente esponsorizado. Ulrico asumiría la parte del coste de que fuera capaz y la empresa le proporcionaría el producto asumiendo el resto de los costes a cambio de un pequeño compromiso por parte de Ulrico: el paciente debería lucir, de forma ostensible y vistosa, la publicidad de la empresa farmacéutica que indicaba su mal y su curación por medio de Eupsicor. En la ropa, en el coche, en la cartera o los zapatos. Ulrico debía convertirse en un anuncio ambulante del éxito de su tratamiento.

-Y esto, ¿en qué le beneficia a la empresa? -se atrevió a preguntar Ulrico, resignado a su suerte pero temeroso del gato escondido.

-Es muy simple -le respondió don Telesforo, su médico-. A las empresas farmacéuticas las beneficia de dos maneras. La primera, como publicidad directa. Si alguien que conozca un enfermo observa un paciente

curado, animará a su familiar o conocido a afrontar el tratamiento, aunque solo pueda costeárselo durante unos meses.

Aquello sonaba lógico a Ulrico, que habría estado dispuesto a empeñar hasta la camisa por vivir siquiera una semana más de normalidad. Pero tampoco parecía suficiente.

-En segundo término, supone una publicidad indirecta. Habla a las claras del potencial terapéutico de Federal Pharmaceuticals, incrementando su valor como empresa tecnológica, al tiempo que les permite mejorar su imagen corporativa al subvencionar parte de su carísimo tratamiento a un pobre enfermo sin apenas recursos.

O sea, que todos lo verían como un chalado indigente que podía permitirse parecer normal gracias a la generosidad y altruismo de la empresa que lo patrocinaba. Al menos mientras se mantuviera la campaña de publicidad.

Ulrico aceptó, pues no tenía otra opción. Mejor ser conejillo de Indias, mono de feria, monstruo de congreso médico o portada de anuncio antes que verse arrastrado por la psicosis y sus efectos.

Pero odiaba exhibirse con aquella infame publicidad que mostraba a todos su enfermedad y la inestable normalidad fruto del tratamiento. Odiaba ser observado con curiosidad, recelo o auténtico miedo y no poder mantener una conversación mínimamente razonable con un extraño o dirigirse a un vendedor o un funcionario sin sentirse agresor y agredido en su intimidad.

Todo por no existir una Seguridad Social y por consentir y fomentar el negocio de la salud y los tratamientos. Pero, ¿de qué le servía mortificarse así? Tenía que asumir su cruz y su sino. Y hacerlo con una sonrisa. Porque la empresa, sin llegar a amenazar, de vez en cuando sugería la necesidad del proselitismo por parte del paciente, recordando los costes que suponía el tratamiento y la necesidad de que la esponsorización repercutiera en beneficio para la farmacéutica.

Alguien más optimista que Ulrico se sentiría afortunado. Su mal, por grave que fuera, o tal vez debido a su misma gravedad, merecía ser publicitado. Otras dolencias más comunes o triviales no conllevaban la posibilidad de costearse el tratamiento completo o parte de él convirtiéndose en hombre o mujer anuncio. Tal mecenazgo o subvención solo quedaba para las dolencias con curas más novedosas y desconocidas. Bien que las enfermedades comunes llevaban asociados tratamientos más baratos, incluso en los numerosos casos de patentes activas, pero su mal, hasta hacía poco sin cura, cara o barata, ahora podía ser tratado y la empresa le entregaba el tesoro de aquel preciado y costosísimo tratamiento a un coste muy inferior al de

mercado. Era un afortunado, por tanto. Solo que plantearse así el asunto no hacía que Ulrico dejase de sentirse esclavo, mascota o conejillo de Indias -cuy para los amigos- de la farmacéutica. Ni le liberaba de la carga de la provisionalidad del tratamiento, así como de su cordura, mientras la espada de Damocles de la esponsorización frente al coste astronómico pendiera sobre su momentáneamente curada cabeza.

Momentáneamente y, en la imaginación de Ulrico, con fecha de caducidad para la curación.

Un día lo "invitaron" a un congreso de Psiquiatría. Quizá, en sus tiempos, el hombre elefante también recibió semejantes "invitaciones". Imposible negarse. Tocaba acudir al lugar señalado dispuesto al sacrificio. Fue curioso coincidir con unos cuantos pacientes en su misma situación que mentían como bellacos y mostraban un agradecimiento tan falso y temeroso como el suyo. Lástima no poder intimar con ninguno de aquellos infortunados e intercambiar pareceres sinceros a modo de mínima terapia.

Un mes más tarde, cuando se sentía más tranquilo acerca del futuro inmediato, tras haber ayudado a publicitar Eupsicor en aquel foro médico, recibió la terrible noticia: las ventas no eran tan buenas como se esperaba y, si bien el mecenazgo y la publicidad se mantenían, Ulrico iba atener que asumir un ligero incremento en la parte proporcional de los costes así como aparecer en televisión e Internet como parte de los anuncios de la corporación Federal Pharmaceuticals. "A sus órdenes", tuvo que responder, siquiera mentalmente, el bueno de Ulrico. Igual que respondió "a su servicio" cuando le colocaron una pulsera de seguimiento para comprobar que cada día paseaba tres horas por lugares públicos, exhibiendo la publicidad, tal como sus patrocinadores tuvieron a bien exigirle. No era necesario contrato, ni existían más cláusulas en su futura medicación que una obediencia ciega mientras pudiera mantener el tratamiento salvador. Ser esclavo de la farmacéutica era preferible, pese a todo, que serlo de la psicosis de Weber que lo asaltaría en cuanto dejase de tomar la medicina milagrosa.

Pero no padecer esa psicosis no significaba que pudiera mantener la salud física y mental. Ulrico se encontraba cada vez peor: más cansado, más irritable, estresado, somnoliento e insomne. Cada día se sentía más nervioso y asustado. Cualquiera mañana, se decía, lo llamarían para indicarle que su tratamiento dejaba de estar subvencionado. O que lo retiraban a él del programa, tras una reducción de presupuesto. O que solo lo medicarían en periodos alternos, para que así exhibiera los signos propios de su devastadora dolencia durante las pausas del tratamiento y luego la milagrosa mejoría al

tomar Eupsicor. O que el precio de la medicina aumentaba. O que retiraban Eupsicor porque tenían otro medicamento más caro y novedoso, supuestamente mejor, para el que no contaban con él.

Aquello era un sinvivir y, pese a todo, preferible a dejar la droga y caer en la psicosis y el, supuestamente, liberador olvido, que era la pérdida absoluta de sí mismo y, a medio plazo, la muerte. El único alivio, ya que él carecía de la fe religiosa de otros enfermos, lo encontraba en la búsqueda de curas milagro. No probaba ninguno de los tratamientos, ni naturistas, ni homeopáticos, ni los "energéticos" o "mentalistas", pero apuntaba cada supuesto hallazgo, por si le retiraban su medicina y se veía obligado a recurrir a cualquier cosa para frenar su mal imparable. La medicina tradicional, pese a su poder o por él mismo, no le proporcionaba alivio alguno. En manos de las omnipotentes compañías farmacéuticas, las aseguradoras y la sanidad privada constituía tal negocio que no dejaba espacio para que se desarrollara una curación total y barata. Seguro que era teóricamente posible. Factible incluso, con una inversión razonable. Pero inviable en un mundo en el que la salud cotiza en bolsa y se mide en unidades monetarias. Acaso llegase a pasar el periodo de la patente y Ulrico pudiera costearse la medicina salvadora. Pero, llegados a este punto, nuestro hombre ya no se engañaba al respecto ni quería fabricarse más vanas esperanzas. Siempre podía retirarse del mercado el medicamento e introducir otro nuevo y sujeto a patente. Tampoco sería la primera ocasión en que un medicamento usado durante años era retirado de las farmacias al concluir la patente y liberalizarse el mercado, tras hacerse públicos unos terribles efectos secundarios de los que ningún paciente conocido ha dado testimonio.

-Has de vivir día a día, Ulrico -se dijo el paciente, tratando de infundirse ánimos-. Todo el mundo acaba por morir de algún mal. Disfruta del momento y de tu mente recobrada.

Pero, nada más pronunciar estas palabras, Ulrico se puso triste. No por miedo a perder el patrocinio, sino porque lo asaltó la duda de que el dinero, que a él le privaba de una curación definitiva, tal vez, solo tal vez, algún día volvería falso el enunciado de su segunda frase.

Juan Luis Monedero Rodrigo

ECONOMÍA CUÁNTICA

A ver. Me explico. Desde hace décadas es lugar común el suponer que, a la hora de buscar un tema abstruso y difícil de comprender, con una profundidad teórica elevada y una fiabilidad y veracidad fuera de dudas, no

hay otro más complejo que la física cuántica, ese conjunto de teorías que explican el mundo en el que vivimos, permiten hacer predicciones, elaborar tecnologías avanzadas y, en muchos aspectos, se basan en principios bastante alejados de la experiencia cotidiana y el sentido común. A la par que ella, muchos añadirían la teoría de la relatividad, con el añadido de que su autor fue el icónico Einstein y muchos la asocian a viajes en el tiempo o agujeros negros, asuntos tan llamativos como extraños. No obstante, dicen los expertos que, siendo ambas incompatibles en esencia como son y, hasta la fecha, imposibles de unificar en una sola teoría común -aquí podríamos añadir, entre otras, teorías, o más bien elaboradas lucubraciones, como las de cuerdas o los multiversos, ninguna de las cuales ha alcanzado dicho objetivo de unificación ni menos aún una mínima verificación o contraste empírico-, si hubiera que quedarse solo con una nos tendríamos que decantar por la física cuántica.

Y, dicho esto, preguntarán los aburridos lectores, y con razón, qué diantre tiene lo anterior que ver con el tema del presente número. Podría ponerme en plan pedante e indicar que, obviamente, la física vive desde hace décadas en una fértil crisis durante la cual se han producido enormes avances teóricos y experimentales. Pero, aun siendo cierto lo anterior, no es ahí donde este humilde, y retorcido, redactor pretendía llegar. Tampoco a algo tan trivial como que la economía está cuantizada, si entendemos por "cuantos" económicos las mínimas unidades monetarias. El meollo del asunto es el del tema complicado y solo apto para mentes privilegiadas con una formación académica superior y unos conocimientos contrastados, teóricos y prácticos. Así como el añadido de la solidez de los fundamentos del saber mencionado. Y lo que quiero es aproximar este tema de la ciencia cuántica al de la, a mi juicio, pseudociencia económica. Y uso ese término para resaltar la cuestión de que, desde hace mucho tiempo, se nos intentan hacer pasar los sacrosantos preceptos de la economía práctica por consecuencias inevitables de insondables leyes físicas debidamente percibidas por los sapientísimos economistas que gobiernan -es un decir, y me temo que completamente falso- los destinos del mundo. Listos, aunque no sé si sapientísimos, los hay. Embaucadores, vendedores de humo. Aunque se llaman a sí mismos economistas. Y que conste que no digo que la economía no sea una ciencia seria, sino todo lo contrario. Por eso mismo me parece terrible y despreciable que alguien juegue con los conocimientos propios y el desconocimiento ajeno -parece que este término suena más suave que simple y llana ignorancia. Pero que sea una ciencia seria y matematizada no la deja al nivel de la física, pues

no es una ciencia pura ni -en sentido estricto- natural, ni tampoco sus premisas pueden pretender una precisión y axiomatización al nivel de las matemáticas.

Vayamos por partes para desentrañar lo que yo llamaría la "falacia" de la economía.

Primer punto: la economía sí tiene una base natural más allá del mero artefacto humano que sirve de intermedio en su actividad. Desde siempre se ha hablado de algo así como economía natural. En nuestro mundo material todo se reduce a materia, energía e información. Las tres fluyen y se intercambian. Para las tres hay límites más o menos fijos, ya sea en disponibilidad o capacidad de explotación. Incluso la información, pese a los utopismos de algunos, tiene un precio. En ese sentido, la economía humana sienta sus bases en un reparto de diferentes formas y cantidades de materia, energía e información entre y dentro de las sociedades, pero también a nivel familiar o individual. Estaremos de acuerdo, por tanto, en que un fin razonable de la economía sería el de racionalizar y optimizar el reparto o asignación de dichos recursos. Como esto choca siempre con intereses particulares, cualquier reparto justo o equitativo va a ser muy difícil de llevar a término. Habrá que definir a qué llamamos justicia o equidad y, pese a cualquier improbable acuerdo alcanzado, siempre habrá mucha gente descontenta con la distribución. Probablemente mucha más que la que pueda considerarse mínimamente conforme -que no ya satisfecha- con el mismo. El egoísmo humano es, obviamente, una variable que no podemos despreciar. Igual que, razonablemente, tampoco se desprecia jamás la competencia entre individuos o grupos, basada, esencialmente, en lo mismo. Lo malo es que permitamos a ese egoísmo gobernar todo lo demás. Porque entonces nos encontramos con una situación como la presente en que, en aras de la economía actual, dilapidamos recursos finitos a los que no se da el valor adecuado. Si materia y energía son limitadas, la sostenibilidad de un sistema -llámese físico, ecológico o económico- se convierte en una variable vital, en el más amplio sentido de la palabra.

Así llegamos al segundo punto, que no es otro que el de vendernos como razonable el sistema actual cuando es insostenible y pone el acento en un imposible crecimiento económico *ad infinitum* como forma de mantener las economías desarrolladas. Hasta puedo entender que alguien me diga que quiere ordeñar la vaca mientras dé leche, que le importa un pepino el día después o que, tras mucho meditar, nuestros sabios no han dado, por el momento, con un sistema realmente mejor para gestionar las complejas economías actuales. ¡Ojo! Una cosa es que las economías sean complejas de por sí y otra muy

distinta pensar que economía y mercado son sinónimos o que no hay otros modos posibles de gestionar los recursos. A lo largo de la historia han existido múltiples sistemas, algunos de los cuales hoy nos parecen primitivos cuando no ridículos y me temo que el que les dejamos en herencia parecerá a nuestros sucesores del futuro absolutamente cavernícola y demencial.

Tercer punto: al ser tan complejos los sistemas, hay que gestionarlos con enrevesados modelos matemáticos y usar de multitud de ordenadores y sofisticadísimos programas informáticos. Eso es cierto. Cualquier sistema lo bastante complejo requiere de técnicas avanzadas para su manejo. Pero eso no significa que el sistema sea ininteligible, ciego, sobrenatural o perfecto. Lo primero es que, para estudiar cualquier sistema complejo, nos vemos obligados a simplificarlo. De ahí que, a efectos de los modelos, los oligopolios resulten más manejables que la competencia global entre una multitud de productores. Pero eso no significa que el sistema de oligopolios sea mejor, solo más manejable. Como tampoco justifica nuestra falta de capacidad el hecho de que solo nos fijemos en datos macroeconómicos para evaluar la salud de una economía nacional aunque los ciudadanos estén en la miseria, explotados o sumidos en la más completa infelicidad. ¿Dónde queda aquello de que la economía debería estar al servicio del hombre? Entiéndase por "hombre" el género humano, ya sé yo que la economía sí que está al servicio de "algunos hombres" aunque, peor aún, a veces lo está de macrocorporaciones incorpóreas e impersonales. Esos abusos de la información y la informática han llevado a cuestiones como una globalización que permite precarizar empleos y externalizar impactos ambientales -como si esos impactos no se repartieran al cabo por el mundo entero- o convertir la economía de mercado en el casino del que muchos hablan, donde el destino de gobiernos, empresas y ciudadanos puede estar en manos de especuladores digitales que compran y venden acciones al ritmo que permiten los procesadores y cerebros electrónicos utilizados y los programas diseñados por matemáticos o físicos. ¿Femtosegundos? ¿Attosegundos? ¡Y a eso lo llaman economía real! Aunque, si a modelos nos referimos, uno puede crear cualquier modelo matemático o estadístico que le convenga para gestionar la economía, pero eso no lo convierte en sacrosanto, inmutable ni fuera de toda duda. Al contrario, la importancia del modelo no es su sofisticación o ininteligibilidad, sino las bases sobre las que se asienta. ¿A qué queremos dar peso? ¿A la sobreexplotación? ¿Al bienestar de los ciudadanos? ¿Al consumo? ¿Al reciclado? Como las bases no son asunto baladí ni inocente, tampoco lo son los modelos empleados. Y ojo, que está claro que, hoy por hoy, probablemente no podríamos ejecutar muchos

modelos teóricamente superiores a los actuales por simple incapacidad teórica, matemática o computacional. Pero que no nos vendan los modelos como inmutables y cuasimísticos o divinos. Que no nos hablen, por favor, de economía cuántica.

Y cuarto punto, que será el último de esta exposición, que las matemáticas sean exactas no significa que la economía lo sea ni que sus postulados sean verificables, demostrables y válidos. Dejo al lector que decida si este punto es el último por mera pereza del redactor o por incapacidad de su mente o formación para añadir otros nuevos. Personalmente, estoy seguro de que se me escapan muchos detalles. Ni tengo formación en economía ni en matemáticas, ni sabría programar un ordenador para realizar una tarea de mínima complejidad. Pero eso no significa que el que suscribe sea completamente imbécil. Admito que yo mismo lo pienso algunas veces y no dudo de que los que me conozcan albergarán, en ocasiones, semejante opinión de mí. Pero todos, hasta los lerdos, tenemos derecho a pensar. Si fuera una obligación, se mermaría nuestra libertad, pero creo que habría menos buhoneros de la economía y muchos otros asuntos. Así que, si me lo permiten, déjenme señalar que no hace falta ser un sabio para poder opinar sobre la justicia o adecuación de un sistema ni de sus bases lógicas o materiales. Nuestro sistema hace aguas por todas partes y si eso es lo mejor que pueden ofrecernos nuestros economistas y nuestros gobiernos para gestionar nuestros asuntos y nuestro mundo ello solo significa que deben buscar otros modelos mejores, no que hayamos llegado al límite del conocimiento humano y la economía como ciencia haya alcanzado su máximo nivel de desarrollo. Uno es progresista y, por más miedo que tenga del futuro que estamos fabricando, todavía quiere creer que las cosas pueden hacerse de otra manera. Sí, a veces creo que el término anterior es sinónimo de optimista. Pero en economía, al contrario que en el mundo nanoscópico y cuántico, el sentido común tiene mucho que decir, y nadie puede pretender vendernos el burro desdentado de que nuestro sistema actual es lo mejor a lo que podemos aspirar y quedarse tan ancho. El sistema actual no sirve y habrá que buscar otro. Admito que, para algunos, es el mejor, puesto que coloca en sus manos y las de sus allegados una inmensa cantidad de bienes y recursos -materia, energía e información-, pero una estrategia que no permite mantener la estabilidad del sistema a lo largo del tiempo -como evolucionista esto para mí sí que es axioma- no merece la pena ser tenida en cuenta como verdadera teoría económica, como economía natural y sostenible ni mucho menos como sistema óptimo de gestión que obligue a la resignación ante la desgracia propia y ajena ni a la admiración

hacia los gurús de la economía que nos hablan de sus bondades y venden a su propia madre por las migajas de cualquier mecenas interesado en mantener su propio *statu quo*. Los expertos, los sabios, las explicaciones superficiales para no confundir al general de los mortales no son sino un ardid para encubrir los endebles o interesados fundamentos lógicos y teóricos en los que basan sus egoístas premisas, evitando que cualquier hijo de vecino ponga en duda el sistema. Y claro, diciendo esto, alguien me plantará el sambenito de antisistema como si fuera un salvaje o un lunático deseoso de destruir el paraíso en el que todos habitamos.

No dudo de que muchos lectores me pensarán ingenuo, imbécil, ignorante, desinformado, partidista, sectario. Perfecto. No soy ningún experto. Pero, si piensas que hay algo de sentido en lo que digo, seguro que eres capaz de desarrollar argumentos y proponer alternativas más allá del conformismo reinante que solo nos lleva a un desastre que, por no parecer inmediato, resulta más sencillo ignorar.

¿Economía cuántica? ¡Y una mierda!

Juan Luis Monedero Rodrigo

COMEMIERDAS

Sé que a más de uno le sorprenderá y repugnará el título de este artículo. A quienes hayan leído mi nombre al final de la colaboración y me conozcan mínimamente, no les extrañará tanto. Aunque admito que como título no es gran cosa, no me he podido resistir a ponerlo, debido a la literalidad del asunto.

Voy a hablar de nuestro común amigo Narcisito de Lego. Lo sigo llamando así, aunque tenga más canas que yo, porque me supera en infantilismo y, aunque el suyo no sea del tipo gamberro, en este caso el colega se ha superado a sí mismo. Lo cual es mucho, tratándose del personaje que todos conocemos.

No sé si Narciso de Lego incluirá un artículo propio en este número. No lo creo, sabiendo cómo anda de ocupado con su "clínica". Aunque tampoco me importa. Si el tío se digna a contar sus nuevos y espectaculares "hallazgos", su narración será un divertido complemento de la mía. Por si no se le ocurre comentar sus "experimentos", no sea que alguien se los vaya a copiar y le reviente el negocio, soy yo quien toma la pluma para describirlos y así pitorrearle a gusto del sujeto mientras todos nos echamos unas risas. Salvo algún cenutrio que se lo tome en serio.

¿A qué se dedica ahora nuestro viejo amigo? A sandeces productivas. Si se me hubiera ocurrido a mí, habría sido una buena broma, un timo de lo más rentable y divertido. Lo más curioso del caso es que Narcisito se lo toma en serio. Quizá por eso, y a pesar de su natural torpeza, ha conseguido vender sus "tratamientos" con considerable fortuna. ¿De qué va, pues, el rollo? Pues es una variante de un asunto de moda que, no por ello y por estar bien visto en algunos ambientes cultoretas, no deja de ser igualmente repugnante.

Ya hace algunos años empezó a extenderse la idea de que, para corregir problemas intestinales, para eliminar "toxinas", adelgazar o, simplemente, para mejorar el funcionamiento del tubo digestivo, es saludable realizarse una lavativa intensiva. Es decir, el tipo se somete a un tratamiento con diversos laxantes más ingesta de líquidos y, tras pasar las cagaderas de la muerte, su intestino grueso, el colon, queda limpio como una patena, sin heces, residuos, las famosas toxinas o, incluso, sin bacterias. Este tratamiento se suele aconsejar como receta periódica, dos o tres veces al año. Al margen de cómo se te quede el cuerpo, está claro que pierdes mogollón de bacterias, de esas que en los anuncios de yogur se supone que ayudan a tus defensas, de paso, colaboran en la digestión y formación de la masa fecal, al tiempo que proporcionan *bouquet* al producto final con una buena porción de gases y olores. De modo que estos tratamientos alternativos proponen renovar la flora bacteriana usando otras bacterias externas más saludables. Según unos, valen las de frutas y verduras. Otros aconsejan los lácteos, que algunos prohíben taxativamente. Mientras que, para buscar la máxima compatibilidad, los hay que proponen introducir bacterias de otro intestino humano, preferiblemente de alguien sanote, de quien se supone que parte de la lozanía le viene de los bichitos que hay en su tripita. Dicho así, no parece mal, pero, hablando en plata, se trata de sacar bacterias del intestino de otro para ponértelas tú. Es decir, sacarlas del ojete, de las heces, por muy depuradas y escogidas que luego queden las bacterias. Hasta aquí lo ya sabido. Que, incluso y al parecer, tiene un cierto fundamento teórico, porque parece que la composición de la biota intestinal sí influye en rasgos de salud como la obesidad. Con todo, no seré yo el que deje que me introduzcan, ni por la boca ni por el culo, un extracto de mierda ajena. Llamadme prejuicioso. Todo sea que alguien me demuestre que me pierdo la eterna juventud, que entonces me comeré el zurullo calentito, sin pestañear ni un gesto de asco. Pero, por el momento, no es ese el caso. Solo falta que te cambien las enterobacterias y te pongas gordo como una vaca o empieces a tener retortijones y flatulencias nuevos.

Pues bien, a partir de aquí surge la genialidad del amigo Narciso. Se ve que el tío ha leído en algún artículo -no en prensa científica, me refiero a las recetas de la prensa del corazón o algún panfleto amarillista y pseudocientífico- que varios estudios indican correlación entre la biota y el modo de pensar, el estado de ánimo o la toma de decisiones. De ahí, Narciso ha deducido que los rasgos de personalidad y hasta el éxito en la vida pueden derivar de la composición de la flora bacteriana intestinal. Y, con ello, ha montado su negocio. Según él, el éxito en la vida depende de la microbiota intestinal y, para emular a los famosos o héroes, basta con ingerir extractos de sus bacterias fecales que él suministra a sus agradecidos pacientes. No es que se zampen literalmente el mojón, pero los medios de Narciso, su formación, costumbres e inteligencia, no dan para mucho más que para realizar el tratamiento salvaje al que somete a su clientela, extraída entre lo mejor y más estúpido de la alta sociedad y el mundo snob.

Siguiendo los principios, ya que no la maquinaria, del doctor Kellogs, Narciso introduce por vía rectal una lavativa de dimensiones bíblicas, como una inundación estilo diluvio universal por salva sea la parte. Antes de que el desgraciado se recupere, Narciso sustituye el yogur por extracto fecal de un famoso o personaje de mérito al que el paciente desea emular. No me pregunten si es cierto el origen o cómo consigue Narciso las muestras, pero en su sanatorio se trabaja con heces de famosetes, ricachos, políticos, algún artista, escritorzuelo y hasta, según he llegado a saber, las del mismísimo Franco, vaya usted a saber quién y cómo las conservó o en qué estado llegan. Vía oral y fecal, durante varias sesiones tras alcanzarse la limpieza máxima, para la que se requieren un mínimo de tres enemas -el máximo no se contempla-, el paciente recibe repetidas dosis de enterobacterias fecales del prócer elegido y que son debidamente pagadas a precio de oro. Personalmente, me permito dudar del auténtico origen de las bacterias y las propias heces. Lo mismo algún listo le vende mierda común al tonto de Narciso como mierda de famoso y el muy bobo la paga tan cara que se cree la propia milonga. Como, en ocasiones, lo que se suministra son simples cápsulas rellenas de trocitos de mierda, no dudo de que sea verdad lo que algunos comentan acerca de cuan increíblemente amargas de tomar resultan las salutíferas píldoras. Según he visto, todo el "tratamiento" se ejecuta en un ambiente de aparente asepsia, con batas blancas o verdes, instrumental de ciencia ficción con tubos de metal, gomas de caucho y bombas de toda forma y tamaño. Curioso, cuando menos, si la extrema higiene sirve para manejar lavativas y cagajones. Al cabo del tratamiento, se promete al paciente que, además de tener un intestino limpio y

renovado, más saludable, heredará, vía fecal, las virtudes del famoso junto con las bacterias que habitaban su colon, taumatúrgicas portadoras de tales cualidades humanas y sociales.

Sé de buena tinta que algunos lerdos, por perjudicados que salgan del asunto, juran sentirse mejor y más capaces. Otros, escarmentados en carne propia, huyen de la clínica como de la peste. Y aun algún tarado que, en un momento de obnubilación, se puso en manos del sabio Narciso de Lego, tras una o varias dosis de tratamiento, ha llegado a denunciar a la clínica y al oficiante, de lo que deduzco que, en breve, y puesto que dudo de que Narciso se haya tomado la molestia de seguir los pasos normales para obtener su licencia, el sanatorio, pese a sus milagrosos tratamientos, será clausurado, aunque imagino que nuestro Narciso, por su buena familia y contactos, se irá de rositas, por más que este asunto de comiemieras, cometarros y "desarrollo personal" huela realmente mal en todos los sentidos.

Sergi Lipodias

ÚLTIMO ACTO EN PALMIRA

Sé que, en el conjunto de la barbarie que los retrata, este pequeño atentado contra el patrimonio no pasa de ser una anécdota, una mera curiosidad. Pero no dejo de pensar que, entre tantos actos inhumanos y crueles, este es, quizá, el que más perfectamente los retrata.

Me refiero a los fanáticos. A un tipo particular de fanáticos que se nos presentan como religiosos. En cierto sentido, y siguiendo a ese ateo proselitista que es Richard Dawkins, todo religioso tiene un algo de fanático. Pero estos, en concreto, se llevan la palma. Y a Palmira. Me refiero al autoproclamado Estado Islámico de Irak y el Levante -*al-Dawla al-Islāmīya fī al-Šīrāq wa-al-Šām*-, califato, al parecer. Y, entre todas las tropelías de las que ellos y sus diferentes amigos y seguidores son acreedores, a su toma y *¿destrucción?*, *¿venta al pormenor?* de las ruinas de la antigua ciudad -que fuera reino- de Palmira, cruce de caminos -y culturas- en mitad del palmeral que le daba nombre y hasta hace poco lugar de peregrinación de turistas deseosos de contemplar restos de su cultura y la romana que la absorbió. Al margen de motivaciones de otra índole -obtención de recursos al vender objetos arqueológicos en el mercado negro, propaganda y publicidad para su régimen, amenaza a sus enemigos de destrucciones futuras- está claro que los salafistas del régimen ven como pecaminosas las ruinas y ciudades que destruyen. Si destruyen igual vidas ajenas, *¿qué les podrán importar unas*

pedras? Hombre, pues bastante, dado que se toman la molestia de dinamitarlas y fotografiarse -para algún musulmán, curiosamente, eso también estaría mal- mazo en mano asestando "heroicos" golpes sobre columnas, esculturas o frisos. Quieren borrar el pasado idólatra anterior al Islam, pero también, nos consta, cualquier idolatría moderna, es decir, todo lo ajeno a SU Islam, que no es, obviamente, el de la mayoría. Y, con ello, eliminan un patrimonio que no les puede pertenecer, como si borrarasen lo poco que nos ha quedado de gentes que vivieron hace siglos. Para que solo queden sus ideas monolíticas -lo cual se extiende a personas, libros, documentos-, su fe absoluta que, por cierto, siendo tan absorbente y totalitaria, ¿cómo es que debe tomarse la molestia de borrar tentaciones o simples restos que no les deberían afectar?

No me voy a extender en comentar sus bárbaras costumbres o lo terribles que me parecen sus actos, sean de eliminación de ruinas, edificios o personas -para ellos, me temo, todos igual de prescindibles. Pero sí quiero señalar que estas destrucciones en especial me parece que los retratan particularmente porque, si cualquier guerra, ejército o salvaje de todo tiempo es capaz de aniquilar civilizaciones extrañas, con toda su cultura, estos salvajes de hoy -como sucedió a otros salvajes del pasado, como esos cruzados que pasaron Levante a sangre y fuego destruyendo restos de una cultura islámica por entonces superior y más civilizada, al menos en este aspecto- lo que muestran es un total menosprecio por la cultura humana, lo único que nos hace distintos de otros seres vivos. Los vuelve enemigos de nuestra mente y sus frutos que nos han conducido de la carroña al espacio y de la cueva a Internet. Es decir, no son enemigos de los enemigos del Islam sino enemigos del género humano. Aunque la idea no sea nueva, pues muchos son los que han destruido innumerables objetos del pasado, ya fuera por ignorancia, necesidad, accidente o salvajismo, estos iluminados se encuentran en una época que permite, incluso con medios limitados como los suyos, una destrucción más completa y sistemática. Seguro que les complacerá saber que, al cabo de miles de años, todas esas obras habrán sucumbido, de igual modo y sin su colaboración, al paso del tiempo. Que solo podrán quedar, como hoy en día de muchos restos perdidos, grabados, descripciones, fotos, vídeos, maquetas o reconstrucciones virtuales. Pero acelerar el proceso y hacerse responsables de la destrucción demuestra bien a las claras que, religiosos o no, son meros salvajes.

Uno puede consolarse pensando que cualquier secta o grupo tan destructivo suele ser inestable a corto o largo plazo. Con tendencias

autodestructivas y crisis de liderazgo o ideario. Estos locos desaparecerán como pasaron o se transformaron los bárbaros del pasado. ¿Qué quedó de la barbarie de aqueos, hicsos, germanos, mongoles o asirios? El recuerdo de su salvajismo y la idea de que, más pronto que tarde, se transformaron o sucumbieron. Como esos asirios violentos y fanáticos que asolaron Oriente y luego fueron eliminados. Que nos dejaron, al menos, sus propios restos y ruinas, con sus esfinges aladas y sus palacios. Triste y curioso comprobar que los iluminados del presente nos han privado de las ruinas de Nínive o Nimrud. Debe de ser un castigo divino -falta saber de qué divinidad- por la pasada crueldad de sus constructores. Aunque, según eso, parece más difícil explicar la destrucción de obra tan pacífica como los Budas de Bamiyán por los viejos compinches de esta gente del Estado Islámico.

No es cuestión de arrojar la primera piedra desde Occidente, con nuestras inquisiciones y guerras mundiales, pero menos aún de tolerar a estos o cualesquiera otros salvajes que ataquen al ser humano físicamente tanto como a su espíritu o su arte. En fin, esperemos que esta marea levantina pase pronto, ya que no podrá ser con pocos daños. De ellos, sus "héroes" y sus "principios", no me cabe duda de que no quedará otra cosa para el futuro más que la memoria de sus atrocidades y brutalidad junto con su historia -prescindible salvo como ejemplo de lo que no debe repetirse- guardada en esas bibliotecas y libros de los que reniegan.

Al margen de entonar el correspondiente réquiem por la bella Palmira, solo me queda recomendar, a quienes quizá ya nunca puedan verla, que busquen imágenes o vídeos de su historia, su rico patrimonio y, como algo más entretenido y ligero, aunque de crímenes trate, que se lean la novela cuyo título da nombre a este artículo, perteneciente a la saga de Marco Didio Falco creada por la escritora Lindsay Davis que nos demuestra que es mejor evocar o imaginar el pasado y sus gentes antes que destruirlo. Mejor crear algo de belleza en vez de destruir la que fabricaron nuestros antepasados para sustituirla por el vacío de la sesera o el corazón de unos criminales que justifican alegremente sus imperdonables pecados.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LA PRIMA DE RIESGO

Ahora que voy haciéndome mayor y más blando, no puedo evitar que, cada vez que hablan de la economía nacional o de otra nación europea y mencionan el diferencial en los intereses patrios con respecto a otras deudas

soberanas, me venga a la imaginación la imagen de la primita de un antiguo compañero de instituto que, a su modo, me marcó y la recuerdo con una mezcla de odio y cariño difícil de explicar con palabras. Una niña tan capulla como el diferencial de los intereses y que, para mí y para otros de mis viejos colegas, siempre será la prima de Riesgo, pues este era el, por entonces, casi inocente apellido de mi amigo, aunque también hiciera que, al evocar a la moza, todos supiéramos que en ella se escondía un terrible peligro.

Mi superficial, que no efímera, relación con ella fue un sencillo y vulgar caso de enamoramiento juvenil que, como si se tratara de una enfermedad contagiosa, creo que nos afectó, casi por igual, a todos los críos de mi círculo de amistades que tuvimos la suerte o desgracia de conocerla.

En mis tiempos estudiantiles, cuando estaba colgado de ella, mis amigos y yo solíamos decir, dolidos, vengativos y de manera injusta que la chica era una guarra o una putilla. También, más acertadamente, que era una calientapollas. Hoy en día mantengo, acerca de la muchacha, ese último apelativo, pero lo utilizo con admiración. Espero y supongo que, en su edad adulta, la prima de Riesgo utilizara sus virtudes y talentos para convertirse en una auténtica calientapollas e hiciera una brillante carrera que, imagino, el tiempo habrá convertido también para ella en recuerdo, alcanzada una plácida mediana edad en situación acomodada y con buena posición social.

Creo recordar que se llamaba Susana, pero no podría asegurarlo. Igual que no recuerdo mucho de su historia personal o familiar, ni puedo decir qué fue lo que estudió o a qué se dedicó profesionalmente. Ni seguí su pista ni me interesé por indagar.

Por entonces, y aun ahora, para mí era solo la prima de Riesgo, por ser él quien nos la presentó y el contacto oficial con su mundo. La deseaba con todas mis fuerzas, al tiempo que la veía y sentía inalcanzable. Aunque, al contrario que mis compañeros, esta certeza nacía en mí de la observación y no de la estupidez romántica de convertir en sobrenatural al objeto de nuestros deseos y, para muchos conmigo, de nuestras terrenales pajas, incluidas las mentales.

Yo, desde que nos la presentaron, la calé. Pero no por eso pude sustraerme de su atracción, magnética y gravitatoria a un tiempo. La chica era preciosa, de eso no cabe duda. Un hecho magnificado por los sentidos y la imaginación de los adolescentes que la contemplábamos pasmados y embobados, con nuestras mentes parcialmente embotadas y nuestros penes juveniles e hiperhormonados moderada o totalmente erectos. Creo que podría describir sus rasgos con más precisión que los de muchas mujeres que luego

conocí más profundamente, tanto me marcaron ese amor juvenil y su imagen. Era morena, de pelo levemente ondulado, con grandes ojos castaños, rostro fino de pómulos elevados y una sonrisa gruesa y fina -de "comenabos", decíamos burda y gráficamente por entonces los amigos y víctimas comunes de sus encantos-, frente alta y amplia, orejas sin lóbulo, pequeñas y que se intuían tan jugosas como el resto de su anatomía. Y, en general, preciosa. Igual que su cuerpo y sus sinuosas, aunque delgadas formas, eran realmente perfectos, al menos para nosotros. Y no diré que su anatomía no contuviera imperfecciones, visibles incluso para la mente adolescente engegueda. Puedo recordar su nariz algo larga para considerarse respingona o, siquiera, propia de una belleza canónica, con el tabique levisimamente inclinado a la izquierda, o un lunar sobre el labio superior que quizá hoy hayan sustituido una fea verruga o una gruesa peca pero que, por entonces, añadía personalidad a sus facciones, como si se lo hubiera pintado al estilo de una diva cincuentera de Hollywood. Sus pechos algo exiguos, sus caderas estrechas y las piernas, en general, algo faltas de carne en los muslos y un tanto abiertas. Y eso tan solo de lo que estaba a la vista o uno podía intuir. Tampoco era una lumbrera o su conversación tan inteligente o interesante como para estarse charlando durante horas con ella. Pero, consciente de sus encantos, actuaba como mujer fatal, al menos entre sus pares, que éramos nosotros, y usaba perfectamente miradas, silencios, gestos y frases, siempre pronunciadas con una voz sugerente y grave que la hacía parecer mayor de lo que era. Sé que decir lo anterior, como cualquier descripción que se pueda realizar de alguien, por superficial o compleja que se quiera hacer, es demasiado poco como para crearse una imagen cabal de ella sin verla, o formarse una impresión. Pero no por ello dejo de sorprenderme por recordarla tan vivamente.

Y, obviamente, era una calientapollas. Porque le gustaba ser centro de atención. Ser observada y seguida, hasta escudriñada con la mirada, aunque luego se hiciera la ofendida. Y apreciaba tanto las miradas de deseo lascivo o de bobalición enamorado como las envidiosas de novias, amigas o hermanas. Y, en plan tocapelotas, le gustaba tentar al personal, si no era con los modelos que vestía, con sonrisas, caricias o miradas directas que nunca podían ser consideradas completamente a destiempo o inadecuadas pero siempre se podían interpretar como más cálidas de lo conveniente o necesario en cada ocasión. Si quería camelarse a un colega, ya fuera por sacarle una invitación, un regalo, o, simplemente, que le hicieran los deberes, o un recado, el pobre tipo estaba perdido. Porque, sin hacer nada especialmente llamativo ni dar pie a libertades táctiles o mínimamente sensoriales, engatusaba a su víctima y la

ponía a cien. Con palabras, gestos, un poner la mano sobre el hombro o tomar del brazo, acompañando un movimiento de una risa o fingiéndose repentinamente turbada. No es fácil de describir, pero seguro que todos habéis conocido a alguien así, vuestra o vuestras -debería añadir los calificativos masculinos, lo sé- primas de Riesgo -o, para el caso, los correspondientes primos-. Y seguro que alguna -o alguno de vosotros- ha usado semejantes ardides para que otros -otras- cayeran en vuestras redes. Yo, lo confieso, nunca he dominado ese arte, no al menos a un nivel tan profesional. Pero cuando la primita se ponía melosa y se arribaba, el calentón estaba asegurado y la voluntad perdida en sus manos.

Para muchos, como para nosotros, inocentes, sus admiradores de entonces, la palabra calentapollas tiene connotaciones claramente negativas. Sin embargo, para mí se trata de una habilidad admirable y escasa que no se manifiesta en su forma de excelencia en muchas féminas. Ya me he referido a ella como arte. E incluso podría decir que es oficio, quizá tan antiguo como el de prostituirse, pero de un nivel significativamente superior, como comparar las carreras de caracoles con la fórmula uno. La calentapollas domina el arte de elevar los ánimos y las pichas, pero nunca de hacerlas relajarse. Calienta al personaje haciéndole crearse expectativas al tiempo que crecen, exponencialmente, su deseo y su impaciencia. Ofrece siempre muchísimo menos de lo que sugiere, y lo que sugiere es siempre menos que lo que su víctima intuye. Ante ella, incluso el más avisado de los mortales, puede perder la razón, la voluntad y la cartera. Porque sabe engatusar para obtener sus objetivos ofreciendo a cambio lo mínimo posible, sin comprometer emociones, magreos o meramente futuras citas, no digamos ya su patrimonio. Su víctima, sin embargo, espera todo de ella, incluida la pronta consumación de sus deseos carnales más abyectos, lo cual aprovecha la prima correspondiente para conseguir la absoluta postración del "primo" a sus pies y el cumplimento de todas sus inconfesadas expectativas, habitualmente más materiales y pedestres, al tiempo que mucho menos íntimas, que el soñado casquete varonil. Así, la calentapollas obtiene todo a cambio de casi nada y, si es lo bastante hábil en su oficio, destroza corazones y cuentas corrientes a ritmo vertiginoso. No hay nada mejor que saber sugerir sin dar para hacer que crezca el deseo. A veces, puede crearse enemigos y hasta ponerse en peligro. Pero una buena calentabraguetas solo engatusará a los que sepa que puede controlar y, antes de dejarlos, tendrá a su servicio otro enamorado -o varios- más ventajoso y que pueda servirle de protector.

La puta, por su parte, se encargará de relajar miembros viriles, quizá excitados previamente por una de las otras, con escaso beneficio y muchos riesgos. Exhibe y ofrece todo, con lo cual ya parece ser menos lo que puede dar. Tras la consumación -el servicio, dicen- no queda nada, más que el exiguo pago. Incluso la de lujo tendrá limitadas su capacidad de elección y de retirada. La calientapollas tal vez se convierta en putilla circunstancial, pero solo si el beneficio que espera obtener lo merece, a su juicio, o cuando decide crear un hogar, refugio o depósito junto a un primo lo bastante suculento como para pensarlo la opción más ventajosa.

Como decía mi abuela, con respecto de los hombres, antes de meter todo es prometer y, después de haber metido, se acabó lo prometido. Por eso es tan ventajoso para una chica hábil el hacerse la estrecha y repartir calentones. Los machitos insatisfechos serán capaces de dar cuanto tengan por la promesa de la intimidad futura. Algunos lo llaman caballerosidad, al menos en ciertas circunstancias.

Así pues, calientapollas era, o nos parecía y aún la juzgo yo, la buena de Susana, o como quiera que se llamase. Una calientapollas de tomo y lomo. Destrozacorazones y revientabolsas. Igual a su manera, o casi, que la dichosa prima de riesgo que trae de cabeza las economías. Todos prometen lo imposible para mantenerla controlada y luego se convierten en sus esclavos, que la desean y la odian a la vez.

En mi caso, el mal de amores duró más y fue más intenso que las pérdidas. Sabida inalcanzable y perdida de antemano, me pensaba capaz de resistir sus encantos. No fue así, por supuesto. Ella me calentó muchas veces, aunque solo algunas intencionadamente y usándome como objetivo, a título individual o como parte de un colectivo, pero solo me utilizó en una ocasión. Como sabía que podía sacarme unas entradas para el fútbol, que a mí, por cierto, no me gustaba, fingió repentino interés por mi persona y yo lo simulé por el fútbol. A la postre, con las entradas en la mano, se me escaqueó y sé que asistió al partido con otro pringado diferente, que era su objetivo inicial, al que me consta que le comió la salud, la alegría y buena parte de sus ahorros adolescentes, aunque, salvo la oreja, creo que ninguna otra parte de su anatomía. Me sentí dolido, emocionalmente tanto como en el amor propio y, asumiendo mi falta de inteligencia y sus superiores talentos, me resigné a seguirla admirando mientras esperaba que se dignase prestarme atención y aprovecharse de mí, aunque no del modo que yo hubiera preferido. No sucedió nada más y la huella quedó, aunque la herida, bien que mal, cerrase, como todas las de esa edad. Patético, lo sé. Pero no me avergüenzo. Ni del recuerdo o el

corazón que aún late al evocarla. Incluso confieso que fui al teatro, a ver una obra que intuía pésima, solo porque la compañía femenina que la montaba se llamaba "Las primas de riesgo".

Al menos, con el paso del tiempo, el recuerdo es más dulce que amargo. Suele ser así. Además de que la experiencia en sí fue aleccionadora y me volvió más fuerte al abrirme los ojos a los peligros de los sentimientos. Y, en cierto sentido, mi calientapollas de adolescencia es mucho más agradable que la prima económica. Aunque todavía me sienta estúpido, sensible, vulnerable y ridículo al recordarla y recordarme, yo que siempre he sido un gallito, rememoro su imagen con nostalgia y una sonrisa bobalicona en los labios. Creo que las pesadillas de los griegos con la otra prima les van a durar muchos años y nunca rememorarán su estrecha relación con mucho afecto.

Para terminar, solo una advertencia. Dudo mucho de que esto suceda pero si aquella prima de Riesgo que yo recuerdo -o el propio Riesgo, o alguno de mis viejos compañeros- lee este artículo, por favor, que se abstenga de presentármelo o enviarme una foto reciente. Uno tiene derecho a idealizar sus recuerdos sin que llegue nadie, ni la persona de quien tenemos el recuerdo, para fastidiarnos con la cruda realidad, ni del pasado imperfecto ni del presente envejecido.

Sergi Lipodias

(y algunos/as piensan que soy un cerdo sin corazón)

PIS HOMEOPÁTICO

Un investigador de primera línea como yo, absorto en el estudio de la naturaleza en todas sus formas, no detiene su curiosidad ni sus comprobaciones empíricas ni aun en sus momentos de mayor ocupación. Es por ello por lo que, a pesar de mi compromiso total con la clínica de salud intestinal que actualmente regento, y de la que algún día quizá hable en estas páginas, me parece más oportuno incluir en el presente número de la revista un fruto más reciente de mi portentosa mente que nada tiene que ver con lo anterior pero sí con el tema de la crisis que se trata en este ejemplar.

Entre mis múltiples especialidades cuento con amplios conocimientos en homeopatía, además de un máster universitario al respecto, y es por ello por lo que me siento perfectamente autorizado, y aun obligado moralmente, a realizar una grave advertencia a todos los lectores: ¡no se bañen en el mar, por Dios! Y otro tanto podría decir, sin ánimo de ser alarmista, de la mayor parte de piscinas públicas.

No, no es porque haya plaga de medusas en el Mediterráneo occidental, riesgo de ataque de tiburones o un temible vertido de petróleo o contaminantes químicos industriales, aunque esta última posibilidad es la que más se aproxima al gravísimo peligro de salud que voy a explicar.

He hablado de homeopatía y es por una buena razón. No voy a hacer aquí una introducción a la ciencia homeopática. Quien carezca de información o conocimientos al respecto, que consulte en las fuentes para saber qué es la homeopatía, el uso de los tóxicos, las diluciones o la molécula de agua fantasma. Cuando comprenda los rudimentos básicos de esta sofisticada práctica médica, podrá leer lo siguiente sin riesgo a malinterpretarme y, me temo, con horror creciente conforme mis sabias palabras vayan abriéndole los ojos a la cruda y terrible realidad.

No deja de ser curioso que en el pasado, y hasta época reciente, los baños de mar no constituyeran terapia alguna y sumergirse en sus saladas aguas se considerara insalubre y propio de gente de baja estofa, ya fueran marineros, pescadores o borrachos caídos accidentalmente. Sin embargo, con esa tendencia tan propia del hombre contemporáneo de ignorar el saber ancestral, no hace demasiado se empezaron a considerar saludables, casi al mismo tiempo que los balnearios -de los que también podría hablar largamente y no en positivo-, los baños de mar. Más tarde, incluso se consideró de buen tono -atiéndase al doblez del término- ponerse al Sol junto al mar para broncearse, aun a riesgo de sudar, quemarse, pasar sed, calor, sofoco e incrementar las posibilidades de contraer un horrendo cáncer de piel. ¡Panda de tarados! Y así hemos llegado a la época actual, con miriadas de turistas satisfechos con la idea de torrarse al Sol y darse algún que otro bañito, refrescante o no tanto según la latitud, mar o costa escogidos para disfrutar -es un decir- de la playa.

Pero, ¡ay incautos! Si supieran todos los riesgos que asumen al acercarse al agua, se mantendrían bien lejos de las playas. Por suerte para aquellos que desean buscar la verdad y la salud, aun a riesgo de descubrir una realidad espantosa, aquí estoy yo para abrirles los ojos.

Me reafirmo en lo ya comentado y reniego de los baños de mar y piscina. Carecen de propiedades salutíferas o beneficio alguno más allá del puramente recreativo con el que pueden conformarse los ignorantes. Y paso a explicarme, como científico que soy.

Todo el mundo sabe que en el mar habitan billones de organismos que realizan todas sus actividades fisiológicas en el líquido elemento, sean nutritivas, excretoras o sexuales. Asimismo, los residuos humanos terminan en

el mar, previa depuración o no, confiando en que la capacidad de dilución del océano elimine los efectos perniciosos. Todo el mundo sabe que muchos bañistas orinan, escupen y hasta defecan cerca de la orilla o en la playa misma. Y todos intuyen, y por tanto aceptan, que también se repiten las micciones, e incluso ocasionalmente la evacuación de aguas mayores en las piscinas públicas. Confiamos en la capacidad de depuración y desinfección de las aguas dulces y saladas por la acción de operarios y productos químicos. Estamos seguros de que el ancho mar reparte de tal modo los residuos que sus cantidades resultan infinitesimales e inocuas. Y en esa confianza absurda es donde reside el mayor error de valoración de los riesgos inherentes al baño comunal.

Es lo que tiene la ignorancia. Sobre todo, en este caso, el desconocimiento total de los principios más básicos de la homeopatía. Cuando un nene o un triste pececillo micciona en la playa, las moléculas de urea, amoníaco, ácido úrico y todas las sustancias mínimamente solubles en agua dejan allí su impronta, su huella indeleble que altera las condiciones del líquido elemento, convirtiendo en falacia la idea de la dilución salutar. Igual que un medicamento homeopático, merced a las diluciones, logra que una proporción ínfima de tóxico permita la reacción del organismo, en el mar y las piscinas ese efecto de la dilución, y el posterior agitado tan propio del homeópata, se convierte en causa de enfermedad en lugar de salud. Porque las diluciones no son infinitesimales, sino que el aporte de meados, contaminantes y otros tóxicos es constante y sumativo, de modo que las moléculas fantasmas, las huellas del veneno, se acumulan en el agua del mar sin que, de ningún modo, podamos atrevernos a denominarlas limpias, por más banderas azules que los técnicos otorguen a las playas donde nos bañamos. En sus análisis solo aparece la mugre directa, no su huella homeopática, que puede alcanzar proporciones considerables. Más aún cerca de la costa, donde los vertidos se multiplican al tiempo que el efecto del oleaje o la brisa incrementa la agitación que, como en un medicamento homeopático, es causa final de la proliferación de huellas moleculares.

Otro tanto podría decirse de las piscinas públicas, pese a sus filtros que, si bien parecen eliminar microbios y suciedad, también agitan el agua, por su misma capacidad de bombeo, junto con los solutos, elevando exponencialmente los tóxicos virtuales allí acumulados.

Es curioso como la suciedad invisible, desde los tiempos previos al microscopio, siempre ha sido más peligrosa que la tangible y voluminosa. A muchos les causan espanto las heces, cadáveres, alimentos o restos en putrefacción que puedan tropezar mientras nadan. Ciertamente son residuos

repugnantes. Pero su estado sólido y su facilidad para ser localizados los hacen menos peligrosos para la salud que las intangibles sustancias solubles. A los sólidos y partículas macroscópicas no les afectan las propiedades homeopáticas ni el agitado de olas o filtros. Pero sí a los solutos que suponemos escasos y filtrados. De modo que, en la práctica, bañarse en el mar o en una piscina pública es poco menos pernicioso que hacerlo en una letrina. Incluso una ducha privada y domiciliaria puede incluir alguno de los nefastos efectos dilutorios y agitadores aquí señalados, pero la brevedad del lavado y el correr de las aguas reducen en buena medida los riesgos asumidos. Me temo que no pueda decirse lo mismo de los baños relajantes en una bañera donde el agua acumulada puede multiplicar homeopáticamente nuestra mugre soluble, pero no me pronunciaré taxativamente al respecto en tanto no haya realizado una investigación más profunda.

No quiero crear alarma gratuitamente. Ni deseo que muchos cambien el baño perjudicial por la falta de higiene. Pero considero oportuno y necesario avisar a todos los posibles usuarios de las terribles consecuencias a que se arriesgan si practican el inocente gesto de la inmersión playera de verano.

En la medida en que mis numerosas obligaciones lo permitan, me comprometo a actualizar esta información conforme las investigaciones, sean mías o de otro científico informado y comprometido con la causa, lo permitan. Entretanto, tengan cuidado con el agua y su salud.

Narciso de Lego
(megasabio homeopático y probiótico)

VOCABULARIO

Mi señora madre, cuando yo no quería comer lo que me ofrecía y no había otra cosa o no estaba dispuesta a cambiarme el menú, me decía: "lentejas, si quieres las comes y si no las dejas". Y aquello era indiscutible.

Pero a mi mamá no se le ocurría decir que ese comentario supusiera una negociación conmigo ni tan siquiera un diálogo. Era una premisa incuestionable, para la que no existían réplica ni negociación posible más allá de comerse lo del plato, por poco que apeteciera, o quedarse con el hambre.

¿A qué viene esto? A que nuestros políticos parecen dominar el lenguaje mucho menos que los niños de cinco años o así, lo cuales interpretan a la perfección el sentido de semejante frase en boca de sus mayores. Puedo pensar que los políticos son ignorantes e idiotas, o bien malintencionados a la hora de interpretar comentarios del tipo del expuesto, aunque se expresen con

otras palabras. En cualquier caso, ninguno de tales rasgos es una virtud de la que nadie, ni el más infame de los políticos, desearía presumir públicamente.

Y es que hoy en día abundan los comentarios tipo "lentejas" por parte de algún político, normalmente mandatario de un partido gobernante, en especial si posee mayoría suficiente para apoyar sus "argumentos", que intenta pasarlos por negociación o diálogo. Ni siquiera llegan al nivel de diálogo de besugos que tanto les agrada a los padres -o aspirantes a ello- de nuestra pobre patria. Si yo redacto una ley sin consultar a nadie y luego me reúno con la oposición, los representantes sociales o sindicales o el gremio que va a ser afectado por dicha ley y les digo: "esto es lo que hay; no vamos a cambiar ni una coma", se trata de una imposición, una orden, un monólogo o la exposición de un hecho. Un "lentejas para comer". Pero no una negociación o diálogo. El que negocia, sabe que debe ceder en unas cosas e imponerse en otras, acerca de las cuales ceden los demás. El que dialoga, aunque pretenda salirse con la suya, manteniendo todos los términos de su propuesta u oferta -como tal algo que puede o no aceptarse y sobre lo que se entiende que está sujeta a cambio o enmienda-, al menos se digna escuchar las opiniones ajenas y luego las comenta, para aceptarlas o rebatirlas. Pero si uno expone su "oferta" inamovible y dice que va a reunirse para imponer, sin negociar o tan siquiera escuchar, que no trate de vendernos una imagen de generosidad, amplitud de miras, capacidad de diálogo o convicción. Sé que no es política sino idioma pero, por favor, no me confundan "lentejas" con intercambio de pareceres y búsqueda de acuerdos.

Abundiógenes

MI CRISIS CREATIVA
(O DE CÓMO EL COLEGA
SE ESCABULLE CUANDO
CORRESPONDERÍA DAR CAÑA
A MUCHOS SI NO A TODOS)

Para contar un lo que
debo utilizar un cómo,
pero no me basta el cómo
si carezco de lo que.

Fuste, razón, argumento,
historia, masa, tomate,
guión, misterio, porqué.

No formato, adorno, envase,
recubrimiento, arte, envoltorio,
forma, abalorio, redondez.
Procesador, tinta, impresora,
programa, papel y ser,
o memoria USB.
El temible burlón

APRENDER DE LOS ERRORES

Si los responsables de la crisis no han tenido castigo sino que han sido subvencionados y se han visto enriquecidos por demás. Si los estados no han corregido errores ni desequilibrios. Los mercados siguen sin regular, se consienten la especulación y los productos derivados, paraísos fiscales. La famosa tasa Tobin no se impone. ¿Qué aprendizaje puede extraerse de la situación? Los mismos que nos arrojaron a este abismo nos fabricarán el próximo, aún más profundo que el actual.

Se supone que debemos aprender de nuestros errores. Para ello, el error debería ser doloroso, costoso, para quien lo comete. No para sus víctimas. Si al juzgar al criminal se castiga a la víctima, ¿cómo va a dejar de delinquir el primero? Parece lógico y razonable. No se trata de venganza o persecución. Solo es el orden natural de las cosas. Aquel bíblico el que la hace la paga. Y, en ocasiones, no debería ser necesario que otros se la hicieran pagar. Muchos fallos propios conllevan el correspondiente castigo. Si obras mal, si fallas, si dañas, es lógico que el error o la maldad te traigan consecuencias. Pero si buscas cabeza de turco o enlodas al inocente, tú te vas de rositas, feliz, satisfecho y dispuesto a originar una nueva catástrofe que te enriquezca o alegre mientras el marrón que tú has creado se lo comen los demás. Idiotas, pobres putas que ponen la cama, poco menos que personas, a ojos del criminal y sus secuaces.

Y eso es, en cierto sentido que va más allá de las alegorías, lo que ha sucedido con esta última crisis, como con tantas otras anteriores creadas por los poderosos, sea intencionadamente o por error. Siempre queda el pueblo, la masa, para paliar las consecuencias de los actos ajenos. El que la hace no la paga. Se libra de castigo, obligación de reparación o simple amonestación. En todo caso, se pone un pelele como cabeza de turco, un inocente, o un culpable sin mucho valor en el escalafón del poder, o alguien caído en desgracia entre los criminales, que así se deshacen de él. Pero nunca caen el autor, el ideólogo del asunto ni los principales beneficiarios. ¡Justicia para todos!, dicen los

demagogos y los ingenuos. Pero no, las leyes son siervas del poder, igual que las economías. Y, ya que nadie importante parece que vaya a pagar por los terribles resultados de esta última crisis, tal vez los propios responsables de la actual, o sus seguidores y descendientes, nos organizarán en el futuro, quizá en breve, otra crisis aún más grave que la presente. Ya la pagaremos todos los demás, mientras ellos viven sin preocupación, limitaciones ni cargas morales que los agobien.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LAS CARRERAS DE HAMILTON

Que Lewis Hamilton, el piloto de carreras, tenga buenas o malas temporadas, es algo coyuntural, sin mayor trascendencia para el curso de las cosas más allá de su propia persona, su equipo, escudería, patrocinadores, rivales y aficionados. No son estas carreras las que, al margen de su interés que no voy a negar aquí, merecen mi atención. El Hamilton del que pretendo hablar es William. Y también podría referirme a otro Lewis, en este caso Carroll, el padre de la inmortal Alicia.

Quiero hablar de carreras sin sentido, que son la mayoría de las que en nuestro mundo actual hipercompetitivo, ruin, miope, derrochador y avaro se consideran importantes, más allá de la victoria, épica o tecnológica, de un piloto de fórmula uno. Carreras de ratas ciegas, de pollos sin cabeza, de corredores de bolsa, de empresarios y políticos.

En su secuela de "Alice in Wonderland", "A través del espejo y lo que Alicia encontró allí", el reverendo y matemático Charles Lutwidge Dogson, nuestro querido Lewis Carroll, nos presenta, entre otras creaciones, a la Reina Roja, personaje un tanto despótico -aunque ni de lejos tanto como la de corazones del primer libro y su manía de segar cabezas- con quien juega una estrafalaria partida de ajedrez en la que, en un momento dado, ambas echan a correr cogidas de la mano para desplazarse por el tablero. Parece que lo hacen a velocidad de vértigo -como si volasen, a juicio de Alicia- y, sin embargo, apenas se desplazan dentro del tablero.

De estos movimientos acelerados sin apenas consecuencia extrae nuestro Hamilton -William Donald Hamilton, no confundir con otros de nombre semejante- su hipótesis de la reina roja para explicar fenómenos evolutivos, pues era la genética de poblaciones su especialidad. Según su famosa hipótesis, en la evolución de los seres vivos la acumulación de cambios generación tras generación solo consigue una adaptación momentánea que permite a los organismos -poblaciones y especies- mantenerse en un ambiente cambiante,

sobrevivir sin verdadero progreso o, dicho de otro modo, permanecer en el mismo sitio sin ser desplazados o aniquilados por la selección natural y los accidentes cotidianos. Se trata, como puede verse, de una hipótesis aplicada a la biología, pero su semejanza con muchos asuntos humanos propios de las ciencias sociales, incluidas las propias recetas económicas o las ideologías políticas salta, a mi juicio, claramente a la vista.

En evolución, el fin último e inevitable de cada especie es su extinción, ya sea por desaparición física de todos sus miembros o por ser sustituida por otra u otras derivadas de la anterior. Las últimas, como la Reina Roja, deben seguir evolucionando -corriendo- para no extinguirse -o caerse del tablero-. En el mundo de las relaciones humanas abundan también estas carreras de descerebrado, sin mirar más allá del momento inmediato para mantenerse en la cresta de la ola, obtener una pírrica victoria o aumentar los beneficios a corto plazo. Pero esta claro que, en una carrera tan alocada como la que se describe, no hay un verdadero objetivo y cualquiera que observa desde fuera ve que el corredor no va hacia ninguna parte, sino dando tumbos, y tampoco avanza o se desplaza realmente, sino que mantiene las mismas urgencias sin resolver que lo obligaron a iniciar la carrera, que parece objetivo en sí misma o hasta vía de escape y constituye tan solo una manera, y no muy elegante o productiva, de aparentar que uno no se queda sin hacer nada en el plazo estrictamente inmediato. Claro que no está claro que moverse de este modo sea mejor que quedarse quieto, pensar y actuar, lentamente pero con finalidad. Hemos olvidado, al parecer, aquello de "lento pero seguro" o "mira por dónde vas". Nada de eso. Pollos sin cabeza y aguantando hasta desangrarse o caerse por un precipicio.

Al menos las carreras del otro Hamilton, con su circuito y sus vueltas, parecen mucho más simples y racionales. Lástima que muchos, en la vida real, ni se planteen las otras carreras que constituyen la parte más absorbente, al tiempo que absurda, de sus intrascendentes existencias. Ojo, que no pretendo ofender: en un sentido material son intrascendentes, a mi juicio, todas las vidas humanas. Si al menos las carreras fueran agradables o divertidas, pero me temo que, en general -trabajo, política, conflictos- no es el caso.

Juan Luis Monedero Rodrigo

VOCES DE ULTRATUMBA

Hacía años que no se oía hablar tanto acerca de vivir por encima de las posibilidades. Antes se solía decir acerca de individuos gastadores o derrochadores, al modo de cigarra de cuento infantil, aprovechados que

gorroneaban el trabajo ajeno para vivir a cuerpo de rey. Todavía hay muchos que lo entienden así. Pero claro, no es lo mismo vivir por encima de tus posibilidades que vivir endeudado por un préstamo impagable que un sapientísimo profesional te endilgó tras valorar que podía sangrarte adecuadamente durante años dada tu contrastada -por él y sus colegas- solvencia. Mejor aún es aquello de decir que son los países, naciones enteras y estados soberanos, los que viven por encima de sus posibilidades. Eso significa, sin duda, que se endeudan. O que los endeudan sus políticos, que también deberían rendir cuentas por sus gestiones. Claro, nos dicen que la deuda es, en ciertos casos, por tratar de mantener esos dispendios insostenibles que son las coberturas sociales. Si en tiempos de bonanza económica parecen, a ojos de algunos, un desperdicio de recursos, en tiempo de crisis son una auténtica monstruosidad, según esos mismos enterados. Yo, personalmente, me pregunto que, si el estado no sirve para proporcionar cierta cobertura social -seguridad- a sus ciudadanos, entonces, ¿para qué queremos estados? ¿Para organizar esa otra seguridad basada en armas y ejércitos? ¿Para mantener con ellos los privilegios de las oligarquías dominantes? Y el auténtico dislate viene, para remate, de que los estados, en época de crisis, suelen aumentar sus deudas parcheando la economía con ánimo de incentivarla, al keynesiano modo de la vieja recesión americana. En nuestros días, aún peor, los estados cargan con la deuda creada por especuladores -o, eufemísticamente, jugadores de riesgo- empleando, con beneplácito general, el dinero ajeno.

Y, cómo no, al tiempo que se acusa a muchos de endeudarse a sabiendas y de vivir por encima de lo que podían permitirse, también surgen los agoreros de la austeridad como remedio de todo. Austeridad ajena, claro está. De los desgraciados que se ven obligados a ella por la falta de recursos. Con aquello de hacer de la necesidad virtud vuelven a arrimar el ascua a su sardina.

No es la primera vez que esto sucede, ni será la única. En nuestro país, aunque pocos, todavía quedan algunos que recuerdan como, tras nuestra cruenta guerra civil, el aislamiento, la falta de recursos y hasta la hambruna, muchos de entre los líderes vencedores, todos con la barriga llena y los escasos recursos en la mano, pontificaban, a través sobre todo de la prensa de su "glorioso alzamiento", acerca de las virtudes de las estrecheces y el racionamiento como medio de alcanzar la pureza espiritual del que se sabe justificado como cabeza de la cristiandad y el orden, aunque viva miserablemente.

Entonces, como ahora, había gilipuetas que se tragaban las consignas del poder. Otros nos quedamos con las ganas de decirle cuatro cosas al

mentecato de turno. Por el momento, pues ya veremos en qué acaban quedando las libertades individuales, incluida la de opinión, cuando las sucesivas reformas -contrarreformas más bien- acaben conquistando el mundo de las ideas y su expresión, hoy tenemos, con respecto a esa gris postguerra, la ventaja de que nuestras estrecheces son, por lo general, menores -incluso para muchos menesterosos- y que nos queda la opción de desenmascararlos y afearles públicamente su conducta y sus mentiras.

Juan Luis Monedero Rodrigo

EL SABER DE LA SEÑORA POTTER

No, no es la madre de Harry Potter, Lily, de soltera Evans, sino una Potter que vivió en Inglaterra durante el final del siglo XIX y la primera parte del XX. Sospechamos, aunque no es cosa segura, que se trataba de una muggle. Se trata de Helen Beatrix Potter, archiconocida escritora de cuentos infantiles ilustrados, madre de Peter Rabbit y otras encantadoras criaturas. Así como naturalista aficionada.

Nuestra Potter nació rica, del modo escandaloso en que solían serlo algunas familias victorianas, con grandes patrimonios y herencias, sin necesidad de trabajar y alérgicas a lo que sonase a esfuerzo. Creció solitaria, rodeada por los cuentos de su niñera de las *highlands* y su gusto por la naturaleza y los "bichitos". Como dama de buena posición no podía trabajar ni mostrarse demasiado en sociedad. Pero esa posición y lo que implicaba no parecían casar demasiado con el espíritu de nuestra joven protagonista.

Primeramente desarrolló su gusto por la naturaleza. Mascotas, incluidos conejos, recogida de especímenes de toda clase y observación de muestras. Como típica naturalista aficionada, Beatrix se dedicaba a recoger todo lo que encontraba en los jardines de su propiedad y más allá, con el consentimiento que no beneplácito, en el caso de nuestra protagonista, de su padre. Desarrolló una cierta afición por estudiar hongos y luego, particularmente, líquenes, compartida con un cartero y micólogo aficionado al que conoció durante sus vacaciones escocesas, Charles McIntosh -no confundir con el químico-. Beatrix no se limitó a hacer observaciones casuales o a dibujar los hongos y líquenes, sino que intentó estudiarlos en cierta profundidad y fue una de las primeras personas en percibir que aquel organismo era fruto de una relación simbiótica entre un hongo y un alga. De sus estudios surgió un trabajo que tuvo dificultades para ser publicado y que, finalmente, fue expuesto ante la Sociedad Linneana por su tío Henry Enfield Roscoe, ya que las mujeres no podían leer artículos en tan respetable lugar -en 1997, quizá por la notoriedad

posterior de la autora, la Sociedad Linneana pidió disculpas públicas, a título póstumo, por no permitirle presentar su trabajo-. Desencantada con el asunto, también ahogada por su familia y los corsés sociales victorianos, buscó refugio en la imaginación y la literatura, donde, aplicando su afición a la naturaleza, se dedicó a escribir hermosos cuentos infantiles con poco texto y muchas ilustraciones propias, algo novedoso para la época. Aunque ella misma costeó la primera edición de su *The tale of Peter Rabbit*, el librito fue un éxito y Beatrix siguió publicando y alcanzó notoriedad, al margen de cierta animadversión familiar por dedicarse a tales tareas mundanas, aunque no fuera para sobrevivir -igual que verían mal su romance con su editor, alguien que, ¡horror!, necesitaba trabajar para vivir.

Sea como fuere, Beatrix demostró de este modo y nuevamente su sabiduría y su capacidad para sobreponerse a los límites que su entorno social le imponía. Cabe pensar que, de no ser por su fortuna familiar, ni tan siquiera habría publicado ese primer libro. Pero pocas de sus contemporáneas de idéntica clase social hicieron el menor esfuerzo por escapar del papel que tenían asignado.

Para los curiosos decir que, además de las biografías al uso o sus propios cuentos, existe una película de 2006 (*Miss. Potter*, de Cris Noonan, el mismo director de *Babe el cerdito valiente*, protagonizada por Renéé Zelwegger y Ewan McGregor).

Aunque, en este caso, la memoria no ha sido ingrata con Beatrix Potter, sí lo ha sido en mayor medida con su hallazgo científico. Falta saber si, en caso de ser reconocida su labor como naturalista, nos habríamos quedado sin sus cuentos o, al contrario, su herencia científica se habría acrecentado con algún otro hallazgo. Y falta por ver si otras Potter con menos dinero, no solo en su tiempo sino en nuestros días, seguirán pasando desapercibidas mientras sus talentos son ninguneados o despreciados por la sociedad que las rodea o por los hombres que, en muchos casos, aún las gobiernan con el beneplácito, explícito o implícito, de la primera.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LA PÍLDORA AMARGA

Desde siempre los médicos han recetado brebajes, pócimas, jarabes o píldoras amargas. Como antes los dulces no eran comunes y muchas plantas, sobre todo las que poseen cierta toxicidad o escasas cualidades culinarias, poseen sabores sumamente desagradables, todo el mundo asumió, y aún asume, que las medicinas han de ser amargas para curar las enfermedades. Esto, que

ya en sentido literal es una sandez en nuestros días, cuando muchas medicinas tomadas por boca son para los niños y adultos tan apetitosas como una golosina, se convierte en completo despropósito cuando se aplica a facetas de la vida que nada tienen que ver con las curaciones físicas por parte de los galenos o cualquier clase de terapeuta, incluidos los de las medicinas más alternativas.

Personalmente, me causan particular bochorno, vergüenza ajena y mala leche todas esas medicinas "sociales" que los políticos y gobernantes nos suministran de cuando en cuando para amargarnos la existencia por nuestro bien o el progreso de la sociedad. Y no digo que, en ocasiones, no sean necesarios los sacrificios y las medidas dolorosas, pero llega un momento en que uno, si se para a pensarlo, sospecha que la mayoría de las píldoras amargas se aplican con intereses oscuros y partidistas que nada tienen que ver con la "curación nacional". El "trágala, que es por tu bien" está a la orden del día, pero los doctores que nos suministran la hiel rara vez nos demuestran la eficacia del remedio. Igual que tampoco nos explican las razones de su aplicación. Es como si, al modo de los médicos galénicos del pasado, o los filósofos herméticos, fueran tan celosos de su saber -o, más bien, falta del mismo- como para no descubrir ni la más pequeña pista que pueda conducir a la revelación de sus arcanos y cuasimísticos secretos.

Las épocas de crisis, en particular la económica, son terreno abonado para que florezcan los salvadores, que se nos presentan como de la patria, pero que suelen serlo del patrimonio propio o de sus amigos. En estas épocas en las que las cosas van mal para muchos, parece que se aguarda la llegada del salvador, que nos resulta, tal vez, más creíble cuando se nos presenta armado de remedios terribles y decisivos. Igual que nos parece más profesional el médico que nos ofrece un placebo doloroso y complejo que aquel que se limita a quitar hierro al problema con el que nos presentamos ante él. Así las cosas, nuestro sanador o matasanos particular, se trate de un político, un partido o una sociedad anónima, nos ofrece la píldora amarga y salvadora como terapia dura de tragar, difícil de llevar a la práctica y sujeta a fluctuaciones capaces de terminar con nuestra maltrecha paciencia, pero que se presenta como salvación definitiva y, eso sí, siempre futura, como si la inmediatez de los resultados restase valor o efecto al medicamento.

Y es aquí, en la inmediatez donde, a mi juicio, reside buena parte del engaño. Si te dan la medicina y te curas, estableces la relación, más o menos razonable aunque aún sujeta a demostración, entre la droga y la curación. Pero eso nunca nos lo ofrecen los terapeutas sociales. Nos muestran un largo camino

plagado de minas y espinas, apelan a nuestro paciente sacrificio en aras de la salvación futura y definitiva, si es que no viene otro virus -o crisis- a debilitar nuestra lenta recuperación. Con ello, por fuerza, perdemos la perspectiva de una posible correlación entre medicina y resultados, así como cualquier capacidad de imaginar causas y efectos. De este modo, nuestro salvador siempre podrá arrimar el ascua a su sardina y justificar el éxito o fracaso de la terapia. Podrá imponernos ajustes salariales y fiscales, ejecutar una reforma laboral o de las pensiones, recortar nuestra maltrecha Seguridad Social o subsidio de desempleo, elevar impuestos, tasas, matrículas de educación, o sodomizarnos repetidamente, por nuestro bien, sin que podamos protestar por la ineficacia del tratamiento ni disfrutar, al menos, de la sensación de que la ulterior mejoría nos pertenece y hemos trabajado para ella.

El terapeuta, eso sí, siempre dirá lo que le interesa, sin necesidad de demostrar nada. Si nos deja peor que estábamos, dirá que nos nos aplicamos adecuadamente al tratamiento, que no perseveramos en él o que las condiciones de la enfermedad -crisis- cambiaron, haciéndolo inefectivo. Si, por contra, en un futuro indeterminado, la situación mejora, cualquier mesías curador podrá indicar que fue su terapia la que resultó efectiva. Resultará más creíble si la lavativa o cataplasma fue aplicada recientemente y el paciente aún la recuerda, pero eso no impedirá que cada doctorcillo, leyendo su librito, nos recuerde que fue tal o cual medida, siempre dolorosa y por ello recordada, la que nos devolvió la salud, aunque entonces dejase maltrechos nuestros cuerpos y bolsillos.

Si un médico actúa así, que es como se solía hacer en el pasado y aún hacen muchos aprovechados, uno piensa que sería capaz de descubrir el engaño y escapar del embaucador. Pero, por desgracia, somos crédulos y dóciles. Bien predispuestos, por tanto, al engaño por parte de alguien lo bastante desaprensivo, ni siquiera hace falta que sea muy listo, para colarnos su pócima salvadora. Olvidamos, aunque ellos no suelen hacerlo, que, en las enfermedades, aún en las peores, no siempre es determinante el tratamiento de los doctores, con sus terapias y farmacopea. Desde siempre, aun los pacientes más terminales y las enfermedades más contumaces pueden trocar su estado por el de recuperación completa por sus propios medios. Igual que pueden morirse. Igual que, en general, cualquier dolencia presenta altibajos que parecen breves, o no tanto, recuperaciones y recaídas. Desde siempre ha habido médicos capaces de aprovechar esos vaivenes en su provecho, para aplicar su píldora amarga, incluso sabiéndola inútil, para sacarse sus honorarios

a la vez que se obtienen -aunque no se lo ganen- el respeto de su crédulo paciente, o víctima. Siempre se puede hacer creer a nuestro desgraciado pagador que la curación, tras estos tiempos oscuros y terribles, le llegará en un futuro indeterminado y que, si le llega, será gracias a los dolorosos e interminables tratamientos que le aplicamos.

Si a estos medicuchos los llamamos, y con razón, matasanos, ¿qué adjetivo emplearemos para esos salvapatrias embaucadores que florecen y medran a nuestra costa en medio de la crisis?

Juan Luis Monedero Rodrigo

FALTA DE VOCACIONES

Laureano era el principio de todo. Laureano era el nombre. Laureano era el hombre.

Se trataba del beato fray Laureano de Adra, de quien se rumoreaba que bien pronto iba a ser debidamente canonizado. Con él y en él, bien lo sabía el padre Angelino, empezaba su propia historia, la de su origen al menos, aunque no por su propia causa o intervención. Laureano había sido un mero intermediario, involuntario pero en absoluto accidental.

Todo sucedió, o empezó a suceder, hacía casi medio siglo, cuando fray Laureano todavía estaba vivo aunque, ya anciano, sus superiores lo habían dejado al margen de la vida pública.

Que la clonación es un pecado, es asunto fuera de toda duda.

Entiéndase, no la de plantitas o animalitos, incluidos los domésticos de granja o las mascotas que, por más que algunos se empeñen en lo contrario, no pasan de ser máquinas con alma, por llamar de algún modo a su espíritu, de tipo bestial e incompleta.

Se trata de la clonación humana, obra contra natura por la que algún lunático trata de arrogarse el papel de Dios.

Los accidentes de los gemelos, los más raros de los trillizos, son perfectamente naturales. Pero la proliferación de clones humanos es condenada por casi cualquier fe que merezca ese nombre. Y, por supuesto, también por la Iglesia Católica, faltaría más.

Por eso la incredulidad y el dolor del padre Angelino. Por eso su sufrimiento inconsolable.

Ahora AVE Mundi, el plan de clonación del que había sido testigo y que había desentrañado tras profunda investigación, le sonaba familiar. Pero no siempre fue así. Hasta hacía unos meses, el padre Angelino Pérez era un feliz párroco rural sin más preocupaciones que la salud moral de los fieles de su

parroquia de pueblo, la administración de rituales y sacramentos, la consagración de las fiestas y la conservación del orden y las buenas formas. Sin ninguna duda o preocupación acerca de su propia fe, firme, hasta entonces, como la roca que el Santo Padre representaba.

Pero tuvo que asistir a aquella, en apariencia, inocente reunión de eclesiásticos para conmemorar el bicentenario de la congregación del monasterio local, movido, hay que confesarlo, más por el deseo de pasar unos días alegres, con visitas turísticas y opíparas comidas -siempre el pecado tras lo cotidiano-, y entonces todo su mundo se tambaleó.

Ampliación Vocacional Ecuménica del Mundo, eso era lo que significaba el bonito nombre al que llegó tras profundas y sistemáticas investigaciones. Que le consumieron mucho tiempo y notables energías, pero durante las cuales tampoco encontró oposición u obstáculos insalvables, como si aquella atrocidad perpetrada por la curia no fuera motivo de vergüenza y obligara, como en épocas pretéritas, a intentar ocultar la infamia en la que la Iglesia se había visto envuelta.

Fue casualidad, o falta de previsión. Mejor aún, despreocupación chapucera por las consecuencias de sus acciones. El caso es que el padre Angelino coincidió en aquella, hasta entonces, agradable reunión con un monje portugués que, por algunos conocidos comunes, había decidido asistir a ese encuentro de una congregación que no era la suya. Fray Agostinho, además de un personaje simpático y entrañable, era exactamente igual a él, un Angelino con barba y tonsura, pero claramente identificable, pese a todo, como su vivo retrato. Los dos hombres comentaron el parecido, igual que, divertidos, otros clérigos se lo hicieron notar. Al parecer, nadie dio mayor importancia al asunto. Pero sí Angelino Pérez quien, preocupado por sus propios orígenes, buscó a sus supuestos padres naturales, en cuanto acabó la reunión, para preguntarles si él era adoptado, habían abandonado a otro hijo o existían milagros como el de parecerse como gemelos sin serlo. Ahí fue la madre, doña Paulina, quien confesó, algo avergonzada, que Angelino era fruto de una fecundación in vitro, patrocinada y santificada por la iglesia, cuando años atrás se dirigieron a ellos para proporcionarles ayuda porque, al parecer, eran incapaces de tener descendencia por sus propios medios. Tras unos estudios y análisis, les dijeron que en uno de sus hospitales religiosos podrían darles tratamiento y proporcionales, con ayuda de Dios, la paternidad que tanto ansiaban.

Angelino, nada más escuchar a su santa e ingenua madre, olió a chamusquina y se puso a indagar, siguiendo el hilo de aquella ayuda pretérita que tan desinteresada había parecido a sus progenitores.

En el hospital de Nuestra Señora de los Remedios, donde Angelino nació y hacia donde su madre lo envió, poco pudieron decirle. Solo sacó en claro que sí participaron, años atrás, en el programa de selección de parejas cristianas -así lo llamaron- para recibir ayuda a la fecundación. Todos los casos, le indicaron, se derivaban a un hospital situado en Berna, la capital suiza, con un viaje parcialmente subvencionado por la diócesis para aquellos a los que en los Remedios se consideraba aptos para las pruebas posteriores y que deseaban y podían permitirse someterse a ellas.

-Y, ¿qué requisitos debían cumplir las parejas aptas? -preguntó Angelino, haciéndose el inocente y después de sopesar otras preguntas, como el cuántas y quiénes fueron esas parejas.

-Padre, no sé si debería decírselo -le confesó, con muchas ganas de hacerse la interesante, la jovencita que ejercía de secretaria-, pero no creo que ya importe demasiado. Según consta en el archivo, aquellas en las que la mujer presentaba fertilidad comprobada y la de su marido era dudosa, eso es lo que pone -añadió con un gesto de leve perplejidad.

Angelino dio las gracias y se marchó, sin lista de usuarios pero con la certeza de que, si quería obtener más datos, debería costearse el viaje a Suiza, al *Neue Blaukreuz Hospital*, de Berna, u obtener, de algún modo, fondos del propio obispado para realizarlo.

Por lo visto, ya por aquella época, en la que apenas se oía hablar de bebés probeta, las técnicas de fecundación asistida debían de estar más avanzadas de lo que se solía pensar. No obstante, a Angelino, tras su entrevista, le chirriaba bastante aquello de "fertilidad dudosa" referido a su padre. Bien es cierto que él mismo era hijo único. Y, si no hubiera sido por la extrema religiosidad de sus progenitores, Angelino estaba seguro de que no se habrían tomado nada bien el que su vástago abrazase el sacerdocio, castidad y falta de nietos incluidas.

Angelino volvió a interrogar a sus padres al respecto, pero sus respuestas fueron vagas e incómodas, sin apenas detalles de sus tres visitas al hospital suizo. El detalle de la cifra, al menos, sí era un dato interesante. Nuestro hombre no quiso insistirles ni presionarles más al respecto.

No pudo viajar de inmediato. Sus obligaciones parroquiales y, a qué no decirlo, la falta de medios económicos, le impidieron dejarlo todo y marcharse sin más a Berna. Por el momento, intentó ahorrar el dinero para el pasaje y una estancia que, intuía, no podía ser demasiado breve, si es que deseaba avanzar en sus investigaciones. Sin embargo, la suerte lo acompañó, finalmente, en sus pesquisas pues, habiendo dejado caer su intención de viajar a Suiza, lejos de

despertar recelos en sus superiores, tan ignorantes como él mismo, al parecer, acerca de la existencia de su doble o gemelo, una mañana recibió una llamada instándole a presentarse en el arzobispado, donde se le comunicó que, si lo deseaba, podía formar parte de una delegación que había de partir casi de inmediato a Ginebra a realizar unas gestiones.

-Si lo desea -le indicó el amable diácono diocesano con el que habló-, podrá disponer luego de algún tiempo para resolver sus asuntos personales o realizar alguna visita.

Evidentemente, al comisionarlo, habían tenido en cuenta su anterior petición. Ya que no los medios económicos directos, su buen obispo sí le había puesto en bandeja la oportunidad para viajar al país alpino.

Tras una semana de aburrido trabajo administrativo en Ginebra y de varios días ejerciendo más de mayordomo que de prelado, Angelino pudo abandonar la comitiva, que ya se volvía de vuelta a casa, retrasar su propio vuelo y, recurriendo a sus propios ahorros, viajar a Berna, donde se instaló en un albergue religioso a módico precio, para iniciar sus pesquisas hospitalarias. Por desgracia, no sabía alemán, su inglés era patético y sospechaba que el latín, que manejaba con mayor soltura, no sería un idioma adecuado para comunicarse con el personal del hospital. De nuevo lo acompañó la buena fortuna y logró hacerse entender por varios empleados que hablaban razonablemente bien el francés y tuvieron la deferencia para con él, y sus cortos conocimientos escolares, de usar los términos y expresiones más sencillos de que fueron capaces para que Angelino no se perdiera. La información que le dieron fue, de por sí, sumamente interesante. Pero lo mejor de todo fue que le proporcionaron un nombre, un teléfono y una dirección.

-Herr Arnulf Moench fue el encargado de los tratamientos de que habla -le indicó un viejo administrativo del hospital.

Por suerte, además de la identidad, le proporcionaron una dirección donde localizar al médico, ya jubilado.

Arnulf Moench vivía cerca de Berna, lo que simplificó considerablemente su búsqueda y la necesaria entrevista. El domicilio se encontraba en una zona residencial próxima a la capital. Era una urbanización formada por pequeñas casas adosadas de planta baja que pretendían remedar viejas chozas de montaña, aunque saltaba a la vista que eran alojamientos para gente adinerada. Angelino tardó quizá un poco más de lo razonable en comprender que aquellas viviendas constituían un retiro dorado para directivos, ejecutivos importantes y funcionarios de alto nivel. Algo semejante a esas urbanizaciones norteamericanas en lugares cálidos y tranquilos donde se

jubilán los que pueden permitírsele. Pues allí estaba Moench, como si hubiera ingresado en una residencia lujosa, con su propio bungalow asistido por limpiadores, ayudantes y enfermeras.

Nada más ver al sacerdote, sus ojos se redujeron de tamaño y una pícara sonrisa afloró a su rostro. Para aquel viejecillo de pelo cano y piel palidísima arrugada hasta el extremo, la visita de Angelino debía de ser una ocasión singular, sin duda lo más divertido que le había sucedido en años.

-¡Vaya, uno de mis hijos! -respondió en italiano nada más escuchar a Angelino presentarse.

El anciano doctor no era médico, sino biólogo y veterinario. Y se sentía tan orgulloso de su trabajo, tan olvidado como secreto fue, que parecía estar aguardando una ocasión como aquella para contar su historia y publicitar sus propios logros.

Así, sin necesidad de buscar las preguntas adecuadas ni de preparar el interrogatorio, sin preparación por su parte ni anestesia para resistir mejor lo que se le venía encima, el padre Angelino Pérez Azpilicueta se enteró de que él mismo era un clon con varias docenas de hermanos gemelos repartidos por el mundo. Todo por obra y gracia del doctor Moench, con la colaboración y mecenazgo de la Iglesia Católica y las inconscientes células del no menos ignorante Laureano de Adra.

-Debes de ser uno de los últimos que hicimos -añadió, ufano, su interlocutor-. Un clon casi perfecto. ¡Y cura, además y después de todo!

El doctor emérito en Ciencias Biológicas y Zoología por la Universidad Goethe de Frankfurt Arnulf Moench le contó con pelos y señales la historia de su propio origen como parte del proyecto AVE Mundi que él mismo desarrolló, cuarenta años atrás, con el patrocinio y dirección de la propia Iglesia a la que amaba y pertenecía.

-Yo, aunque nací católico -dijo Moench-, debo confesarle que nunca he sido practicante. Cumplido el requisito de mi infantil bautizo, al padre Piccoli -se refería al fallecido cardenal napolitano de tanta influencia en el Vaticano algunas décadas atrás-, no le importaron mis creencias, sino mi profesionalidad y habilidades para llevar a término mis promesas con respecto a la ejecución de sus deseos, o necesidades, como siempre decían los miembros de la curia con los que mis ayudantes y yo solíamos tratar.

La Santa Madre Iglesia estaba tremendamente preocupada por la creciente fuerza del laicismo militante, cuando no del ateísmo más puro, y por la falta de nuevas vocaciones. Tanto como para pactar con el mismísimo diablo con tal de revertir la situación.

Entre todas las propuestas que se hicieron para recuperar fe y vocaciones hubo una particularmente llamativa, descartada de inicio por pecaminosa, absurda, inmoral. Rescatada, sin embargo, poco después, aun pareciendo descabellada e imposible de realizar. Como si confiaran en el milagro o pensarán tan justa su causa como para saltarse los límites de lo lícito y lo razonable, todo con el único fin de conseguir nuevos pastores con los que apacentar a tantas ovejas descarriadas.

Ocultos tras las siglas de una empresa falsa y prometiendo mucho dinero, tanto para el proyecto en sí como para científicos, técnicos y operarios, los responsables de AVE Mundi, o de su antecesor, en pañales y aún sin nombre, sondearon ambientes académicos y empresariales, entrevistaron a profesionales y lunáticos, se informaron acerca de las técnicas existentes, contrastadas o por probar, hasta que, finalmente, creyeron encontrar al ejecutor de sus designios.

-Entonces me contrataron a mí -explicó el orgulloso Moench-. Yo hice realidad lo que muchos pensaban imposible y otros no se atrevían a pensar. Y les proporcioné lo que querían, mucho más, quizá.

Y le pagaron bien. Igual que a sus subalternos, incluso los más miserables peones del programa. Luego, cuando todo acabó, o se arrepintieron de participar de aquel turbio asunto, lo apartaron y se olvidaron de él, aunque no lo despreciaron ni abandonaron del todo. Aún seguían pagándole su suculenta pensión y aquel retiro dorado y lujoso.

-Pero nunca pude obtener el reconocimiento que merecía por mis logros -se lamentó el viejo, con más tristeza que amargura en la voz y la mirada.

Lo siguiente que dijo Moench, Angelino no lo entendió. Comprendió el significado, pero apenas el sentido y no, desde luego, los procedimientos de que le hablaba. El científico presumió de haber desarrollado una clonación viable en humanos años antes y con mayor éxito que el famoso Wilmut y su miserable oveja prematuramente envejecida. Le habló de novedosas técnicas de cultivo celular, de células madre que, por aquel entonces, aún no habían recibido su nombre. También de modificación y edición genética, aunque solo para indicar que el apartado molecular, aunque fue desarrollado, apenas se aplicó a los "especímenes". Así los llamó, y el pobre curita sí entendió que él mismo se incluía en aquella categoría, tan próxima al cobaya de experimento.

Los óvulos usados fueron los maternos, puesto que las mujeres de las parejas sometidas al tratamiento sí eran fértiles. Así que algo aportaron a las criaturas que luego llevaron en sus úteros.

-Por eso hubo más diferencias en los sujetos -comentó el doctor-, tanto en el metabolismo, al menos al nivel energético, como en la epigenética.

Al parecer los clones no eran idénticos, aunque sí bastante parecidos, pues el origen de su información genética era común.

-La herencia nuclear sí que fue uniforme. Un fraile para los varones y una monja para las hembras. Pero no eran unos religiosos cualesquiera, no. La elección de los donantes de células no fue gratuita en absoluto.

Era la primera noticia de que hubiera individuos de ambo sexos en el programa.

-Al cabo, ya que los costes no compensaban el resultado, las niñas fueron descartadas. Y usted mismo es un ejemplo del resultado del experimento con varones.

Con acierto, el zoólogo le explicó que su material genético procedía mayoritariamente de células de un único individuo: fray Laureano de Adra. Le explicó que se tomaron células apenas diferenciadas y se extrajeron sus núcleos. Dichos núcleos se introdujeron, por algún procedimiento físico-químico complejo, que no explicó, dentro de los óvulos maternos a los que previamente se les había extraído su material genético. Óvulos enucleados con los genes de fray Laureano fueron implantados en las futuras madres y, si el proceso era correcto, a los nueve meses nacía la criatura correspondiente. O varias de ellas pues, por lo visto, el riesgo de embarazo múltiple aumentaba y se produjeron tres partos gemelares y uno de trillizos.

-Y fray Laureano -empezó Angelino, pensando en tan venerado personaje-, ¿participó de buen grado en este... "asunto"?

Moench sonrió con los ojos. Sin duda, la entrevista lo divertía. Y, ya que no parecía incómodo ni mucho menos por revelar secretos, disfrutaba sobremanera haciendo que sí se sintiera afectado su interlocutor.

-iPor supuesto que no! Nuestro Laureano era un santo. Espero que no se lo haya imaginado masturbándose para suministrar unos espermatozoides perfectamente inútiles para nuestro experimento.

Angelino no lo había imaginado, pero solo porque se obligó a no pensar en ello. Moench lo iluminó, para evitar nuevos errores, indicándole que se usaron células grasas y cutáneas tomadas, como biopsias dentro de análisis rutinarios, sin el consentimiento ni conocimiento del involuntario donante.

-Las células madre del tejido conectivo son bastante apropiadas. Los propios adipocitos inmaduros, o los fibroblastos son células válidas con las modificaciones oportunas.

Lo siguiente, fue más sencillo de entender. Si el elegido, entre tantos posibles candidatos dentro del inmenso edificio de la Iglesia, fue el insignificante Laureano Martínez de Adra fue, de una parte, por sus propios rasgos personales: profundamente creyente, dócil, obediente y generoso, entre otras cualidades. Pero también por ser poco conocido fuera de su tierra, por la proximidad del interfecto a varios promotores del programa y, a qué negarlo, porque cualquier miembro elevado o famoso de la jerarquía eclesial habría dado lugar a vástagos clónicos que llamarían la atención de todo aquel que hubiera conocido a su modelo. Como, además, Laureano era ya entonces un venerable anciano de luengas barbas, frente despejada y profundas arrugas, el aspecto juvenil de cualquiera de sus clones habría pasado perfectamente desapercibido. Incluso cuando se empezó a considerar la beatificación del fraile, su imagen icónica fue la del viejecillo barbudo, sin que nadie viera nunca fotos del Laureano juvenil. Precisamente las fotos que la insana curiosidad invitaba a buscar al ahora atribulado Angelino.

-Si quiere, puede usted pensar en aquel bondadoso fraile como su padre, aunque es más correcto decir que él es el árbol del que se copió toda la serie de clones, setenta y ocho si no me falla la memoria, de la que usted mismo forma parte.

La entrevista prosiguió durante unos minutos más. Un dolor de cabeza creciente e incapacitante se fue apoderando paulatinamente del pobre Angelino. Las palabras de su creador -como se definía ensobrecido el científico- parecían proceder de un lugar lejano y el curita apenas si acertaba a responder las preguntas que ahora formulaba su interlocutor.

Sorprendentemente, horas después y tan en frío como pueden estar el corazón y la cabeza de alguien que ha sufrido una revelación traumática, Angelino podía recordar las palabras del alemán y hasta acertaba a otorgarles un sentido que, durante la conversación, parecía escapársele al ritmo torturador y martilleante de la dura fonética del científico.

Moench le preguntó por su vida y su carácter. El afán era, exclusivamente, investigador, como si pretendiera comprobar alguna hipótesis con las respuestas. Pero también él anciano siguió proporcionando información, orgulloso de su obra y también deseoso de alardear, pecaminosamente, de su oscuro secreto.

-Por lo que se comprobó, la credulidad depende tanto de la predisposición genética como del ambiente en que los clones se crearon. Es una pena que no se pudiera hacer un seguimiento sistemático de todos ustedes. La mayoría, con los genes de fray Laureano y criados en un ambiente católico

estricto, desarrollaron una profunda religiosidad. Por lo que yo sé, unos treinta de los clones pronunciaron los votos. Del resto, la mayoría mantuvieron una fe más o menos profunda, casi fanática. Tres o cuatro, se alejaron de sus pías familias y de la religión. Uno, quizá por algún trastorno hormonal durante el desarrollo, se convirtió en obseso sexual, ejerciendo, hasta la fecha, como promiscuo bisexual. Y otro se hizo ateo, militante y proselitista. Con el mismo tipo de fe para negar la existencia del Ser Supremo que los demás mantienen para afirmarla.

Moench prosiguió, alternando información con preguntas, hasta bien entrada la tarde. Solo cuando un auxiliar de enfermería acudió a llevarlo a consulta para que le fuera realizada una prueba, la entrevista concluyó.

-Ha sido un verdadero placer -se despidió Arnulf Moench-. Vuelva por aquí siempre que lo desee y seguiremos hablando de nuestro "asunto".

-Adiós, adiós y que le vaya bien- se despidió nerviosamente nuestro hombre, incapaz de mentir para indicar que la conversación le hubiera parecido placentera.

No volvió por allí. Y no porque tuviera que regresar enseguida de su viaje, sino porque no deseaba más datos. Intentó negar la evidencia y buscó más información en varios hospitales de España, incluido aquél en él que nació al mundo. Lo poco que sacó en claro coincidía a la perfección con los terribles datos aportados por el científico alemán. Se hizo con varios nombres, de sus supuestos hermanos gemelos, y hasta vio a varios de ellos y habló con alguno. Al margen de la incomodidad y la confusión mutua, solo obtuvo tristes confirmaciones a lo ya conocido. Ni siquiera se atrevió a recriminar a sus padres. Ni a discutir acerca de su origen con ningún jerarca o eclesiástico de mayor nivel.

-Moench tenía razón -se oyó decir, tristemente, en la oscuridad de su cuarto una noche justo antes de dormir.

Estaba pensando en las palabras de Moench. Una de las razones para escoger a Laureano de Adra había sido la falta de combatividad en su carácter. No solo era crédulo y conformista sino que, al modo de tantos creyentes, aceptaba su insignificancia y, contra toda razón, confiaba en la sapiencia y bondad de sus superiores. Y no podía evitar que, por incómoda, injusta o retorcida que le pareciera aquella historia acerca de su origen, la Iglesia, en su inmensa sabiduría, había obrado del modo correcto.

Su origen, eso sí, le suponía tanto un motivo de desazón y tristeza como un desafío: ¿podría estar a la altura de su venerable progenitor?

-¡Ay, Angelino! -se respondía él mismo- Reza, obedece, sé humilde. Y deja que el Señor ilumine tu camino.

El secreto de su origen y de tantos otros, obvio es decirlo, no fue revelado por su boca ni condenado, siquiera, por su sencillo corazón. Angelino siguió con sus misas, sus oraciones, sus confesiones, encuentros pastorales y confianza ciega en la fe de sus mayores.

Juan Luis Monedero Rodrigo

UPPU FIESTA

Pese al nombre, este artículo no tiene nada de infantil y bien poco de festivo, aunque sí habla de cierto tipo de fiesta. UPPU es un acrónimo en inglés de *You (U) pee (P) Plutonium (Pu)*, o sea "Meas plutonio" y era una especie de broma privada del grupo de trabajo de un tal Seaborg (Glenn Theodor Seaborg) quien, aunque no te suene de nada, fue el descubridor de diez elementos químicos (plutonio, americio, curio, berkelio, californio, einstenio, fermio, mendelevio, nobelio, todos ellos transuránidos, y el último, el 106, que recibió el nombre de seaborgio en su honor). Es el científico que más elementos ha descubierto. No lo hizo solo, sino con abundante equipo y la tecnología más avanzada del momento, aceleradores de partículas incluidos. Por sus descubrimientos recibió el correspondiente premio Nobel. Todos los elementos son radiactivos, ocupando los últimos lugares de la tabla. Entre ellos, el plutonio es el más conocido y con connotaciones que van más allá de la curiosidad científica y convierten las "fiestas" en algo diferente a simple humor negro.

En aquel tiempo no estaban del todo claras las implicaciones de la radiactividad, tanto natural como -aún más- artificial, sobre la salud. Por aquella época (1940-1941), de preguerra en USA pero plena guerra mundial en Europa, todavía existían productos y mixturas comerciales que anunciaban propiedades milagrosas basadas en su contenido en radiactividad. La fiebre de lo radiactivo había decaído un tanto. Justo tras los descubrimientos de Curie, se pusieron de moda las cremas, geles, emplastos, dentífricos y hasta enseres como vajillas, de un vivo tono anaranjado, con material radiactivo. O, cuando menos, así se anunciaba. Por fortuna para los usuarios, la mayoría de los productos eran falsos y no contenían el radio o el uranio que prometían. Otros, como la famosa vajilla -objeto de coleccionismo actualmente- sí contenía esmaltes radiactivos. Por aquel entonces, la radiactividad no se consideraba peligrosa. Era una curiosidad moderna, algo llamativo y exótico. Y eso que ya se conocían muertes debidas a exposición prolongada y excesiva a la radiación,

como la de la propia Curie, aunque al momento de su fallecimiento -pocos años antes de las fechas del plutonio- la relación no se considerase clara.

En este contexto, la historia de las UPPU fiestas nos habla de ignorancia y descuido, más allá del simple humor negro. Las propias esposas de muchos técnicos expuestos a la radiación no sabían nada de ello cuando asistían a las reuniones. Mientras que técnicos y científicos veían más como una curiosidad que como un peligro la exposición al elemento que los impregnaba. Y cuesta pensar que nadie supiera lo que se traía, realmente, entre manos. Más bien parece que la ceguera era autoprovocada o impuesta desde esferas más poderosas. En cierto sentido recuerda otras ocultaciones, como la que se impuso, pese a las pruebas abrumadoras, a la publicación de los efectos negativos del tabaco -prescrito incluso durante mucho tiempo por médicos de confianza a sus inconscientes pacientes- o la de los efectos del plomo en las gasolinas, pese a la elevada tasa de enfermedad y muerte entre los operarios de las propias petroleras que lo manejaban.

En poco tiempo, la cruda realidad. Aún dulcificada y parcial. Las bombas sobre Japón. Necesarias, se dice, para el fin de la guerra. Miles de muertos directos, armisticio y otros tantos miles que, impregnados, van enfermando y languideciendo. Convertidos en miserables, en cobayas del enemigo victorioso, en parias dentro de su propio país. Ya no hay fiesta posible ni los usos pacíficos del material, menos numerosos que los propuestos por visionarios que poblaban el hogar moderno de electrodomésticos nucleares, lograrán cubrir la vergüenza. Incluso el físico espantado del poder desatado, un abrumado Oppenheimer, es objeto de las burlas presidenciales al comentarle sus razonables sentimientos de culpa y el temor hacia un futuro apocalíptico.

-La bomba la he lanzado yo -le replica un orgulloso Truman.

En los USA, hoy como entonces, muchos liderazgos se basaban en la capacidad del político para cargar muertos a su espalda, sean por inyección letal o bombas.

-No me tiembla el pulso -presumen y presumirán miles de políticos a todo lo ancho del orbe mientras siembran de muerte, miseria o desempleo su entorno, en aras del brillante porvenir.

Los héroes del *Enola Gay* prolongan la fiesta en las calles del país victorioso, mientras el machacón y maquiavélico "el fin justifica los medios" convierte la hecatombe en necesidad y éxito.

Pese a todo, el razonable miedo a lo nuclear crece. A la guerra total, al accidente radiactivo civil. Se instaura la Guerra Fría y se acrecientan los secretos. Ya no queda espacio para fiestas de lo radiactivo.

Pero eso no significa que ahora estemos libres del engaño, ni de los maquiavelos. Al contrario. Mientras el cine fomenta vagos, inciertos e injustificados temores hacia la ciencia y sus creadores, nuevos prometeos que merecen su castigo, surgen nuevas modas y se ocultan nuevos riesgos: productos químicos, radiaciones -ionizantes o no-, contaminación, también riesgos políticos y militares.

Con suerte, en el futuro habrá alguien que pueda relatar cuántas de las fiestas de nuestro tiempo se asientan sobre cadáveres, miseria, enfermedad o sufrimiento ajenos.

Juan Luis Monedero Rodrigo

CARTAS AL DIRECTOR

(tan falso como los brotes verdes de la economía)

CALENDARIO

Me apena profundamente la situación actual de muchas familias que, de ser humildes, han pasado a ser indigentes. Descuidando, quizá muy a su pesar, no solo la dieta, sino la indumentaria, las buenas costumbres y hasta la higiene. ¡Pobrecitos!, me digo una y otra vez pero, perdónenme, mi sensible olfato no puede soportar su proximidad y mis ojos se inundan de lágrimas ante tan triste visión.

Por eso, con mis escasos medios, no dejo pasar ocasión de entregar una limosna en mi parroquia para que sea distribuida entre los harapientos ni olvido dedicar un minuto diario de mis oraciones para rezar por sus almas, sus cuerpos y la mejora de sus condiciones.

Me sorprende, igualmente, la pasividad con la que muchos políticos y gentes de bien, incluso viejos conocidos de las mejores familias, permanecen impávidos y satisfechos ante la catástrofe que los rodea, sin mover un dedo por las hordas de miserables y empobrecidos.

Por eso quiero lanzar, desde estas páginas, una propuesta atrevida, que parecerá a algunos descabellada, pero que creo útil para llevar algo de alegría y sustento material a tantos hogares necesitados como existen hoy en día. Animaos, amigos míos. No os importen la impiedad, los pecados o las espantosas ideas políticas de estas pobres gentes, nacidas más de la desesperación que de la mente o el corazón. Ayudémoslos, sobre todo si no se

lo merecen. Así nos lo piden nuestro espíritu y nuestras profundas creencias. Mi sencilla propuesta traerá algo de luz y armonía en estos tiempos oscuros de crisis, de valores tanto como monetaria.

Me propongo editar un calendario benéfico con imágenes de nuestros más importantes políticos. Posando en paños menores, eso sí. Seguro que alguno de los lectores se escandaliza al conocer mi proyecto y tiene la impresión de que tales libertades no son propias de una dama educada y cristiana como yo. Nada más lejos de la realidad. Aunque mi idea sorprenda, pronto comprenderán todos lo atinado de mi iniciativa.

En nuestros días, no negaré que con cierta razón, el buen nombre de la clase política ha quedado en entredicho debido a aprovechados, oportunistas y malvados infiltrados en los más honorables grupos políticos. Por eso opino que el semidesnudo -con cuantos velos, gasas, cortinajes, toallas o sábanas al modo de togas sean necesarios para ocultar partes pudendas, torso, muslos u hombros- es una opción válida para demostrar que quienes posan no tienen nada que ocultar sino que son honrados administradores de la cosa pública.

Admito que existirán, sin duda, los morbosos que se acerquen al folleto buscando una visión subrepticia de las vergüenzas de nuestros próceres, ya sean michelines, lorzas o arrugas, ya que nada íntimo será mostrado, pero opino que se tratará de una minoría. El común de la ciudadanía adquirirá el calendario con afán informativo y, ante todo, de colaboración con la noble causa de ayudar al desheredado. Los calendarios benéficos siempre suelen tener éxito, independientemente de la causa -con tal que sea justa y pía- o los modelos -se trate de beldades de ambos sexos, famosos, profesionales o desconocidos- y estoy completamente segura de que este de los políticos no va a ser la excepción sino que, al contrario, cosechará un éxito sin parangón y lavaré cualquier suciedad acumulada en los hombros de nuestros, por regla general -salvo aprovechados y esos demoníacos grupos sectarios, antisistema y de corte revolucionario- honrados políticos.

Tampoco se me escapa el interés artístico de la obra, capaz de igualar, merced a la emulación, a los padres actuales de nuestra nación con los brillantes nombres de la antigüedad clásica.

Confío, ante todo, en encontrar oídos y voluntades para mi magnífica idea, no sea que, como en tantas ocasiones me ha sucedido, mis intentos de mejorar el mundo acaben por caer en saco roto.

Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera
(filántropa de grandísima riqueza espiritual
y viuda de de Lego)

LAS LISTAS DE 10

Primer y necesario apunte: odio las listas de éxitos.

Dicho esto, añadir que poco importa el número, aunque sí que me resulta molesto y fastidioso que, cada vez más, nuestro sistema decimal se aplique, sin criterio, a la elaboración de absurdas listas tan llenas de ignorancia como del más puro, y exportable, chauvinismo.

El caso es que a muchos deben de gustarles esas listas de éxitos, esos "rankings", esas tablas clasificatorias en las que un personaje -indeterminado o explícito- nos muestra cuáles son los mejores en cualquier faceta de la existencia, sea el arte, la música, el deporte o la belleza de un paisaje.

El asunto, para mí, se vuelve aún peor cuando a la lista se le añade el calificativo, pedante y absurdo, de incluir los 10 mejores "lo que sea" de la historia o de todos los tiempos. Les falta añadir que se trata de los tiempos presentes, pasados y futuros sin excepción, pues sus capacidades superiores y preternaturales, su límpido juicio y, quizá, una bola de cristal les permiten asegurar, sin la más mínima sombra de duda, que su lista de 10 es objetiva y definitivamente perfecta.

El caso es que la lista siempre crea expectación. Y expectativas. De una parte nos sentimos ansiosos de ver revelado el orden de grandes éxitos. De otra, deseamos descubrir nuestra película, canción, paisaje, o lo que sea, favorito formando parte del ranking o, preferiblemente, liderándolo. Por últimos, ingenuos, confiamos en descubrir la belleza desconocida y que nos enamorará entre los nombres seleccionados.

Todo para comprobar que la lista es tan sesgada y parcial como las otras. Para ver que en ella figuran solo personajes contemporáneos, con preferencia por los actuales, lugares de moda y particularmente un exceso de representantes del mundo occidental, por no decir, directamente, del panorama estadounidense. Hasta tal punto que, si hay algún foráneo, es un personaje que, por haber vivido, trabajado o pasado por allí recientemente, a los americanos les resulta familiar.

Y así, una vez tras otra, compruebas que en la lista de las mejores películas no hay una sola que tenga más de veinte años ni que sea europea o en blanco y negro. Que si, pongamos por caso, al enumerador le gusta el cine de acción, no verás ni un drama en la lista, ni una comedia, o serán todas de sus actores, que no autores, preferidos. ¿Qué decir de la literatura? ¿Qué de la música? ¿O la pintura? Más de lo mismo. Los diez mayores éxitos de, pongamos por caso, el rock internacional de la historia, incluirán solo grandes éxitos actuales o recientes, todos cosechados en los USA e interpretados en inglés,

todo lo más por cantantes ingleses, australianos o suecos expresándose en tal idioma. Y si es de la música, en general, todo será música actual de banda y no habrá ni una sola pieza clásica o de jazz, salvo que la lista trate de tales géneros. Vamos, que igual un ordenador, con los datos adecuados, podría generar listas aún mejores que las que nos proponen los iluminados.

Mientras, desde fuera, por la prensa, en internet o la televisión, se da crédito y oído al absurdo, convirtiendo al resto del mundo y la inteligencia colectiva en mera compararsa.

Esto no tendría mayor trascendencia si no fuese porque algunos se toman el asunto en serio. Porque se crean influencias, corrientes y modas. Sería un detalle, una curiosidad, si la hubiera elaborado sin más un pelagatos para presumir de sus gustos, o de la falta de ellos. Pero como hoy en día el ranking y las competiciones parecen estar a la orden del día, no es de extrañar que luego se mencionen algunas de esas ridículas valoraciones y adquieran carta de realidades. Convirtiéndonos a muchos en esclavos de la incultura dominante, basada en el monopolio estadounidense o, cuando menos, anglosajón, dando fuerza a la tendencia al olvido y la inmediatez y ayudando a que muchos sean incapaces de escapar de la burbuja de analfabetismo funcional en la que hoy todo parece estar sumido.

¿Crisis creativa? ¿Intereses comerciales? ¿O se trata tan solo de una ajustada mezcla de esnobismo y estupidez?

¡Vamos, que odio las listas de los diez, los cuarenta, los cien, los mil o los pi mejores de lo que sea!

Cuarentón Principal

SE OFRECE

Negro se ofrece para lo que se tercié. Sí, sexual o con connotaciones de ese tipo incluido. Que nadie espere miembro descomunal o músculos portentosos. Este negro está más acostumbrado a recibir, con desagrado y escasa compensación económica.

Se escriben novelas, autobiografías, discursos, tesis. Por encargo. Máxima discreción. Plena satisfacción. Talentoso, culto, refinado, agudo, profesional. Precios de crisis. Aún más baratos que la miseria habitual. ¡Ni regalado, oiga!

Si quiere aparentar cultura o mundo, dárse las de artista, de bohemio, ser original, demostrar sabiduría o alcanzar un puesto mejor en el organigrama de su selecta empresa, no lo dude, yo soy su hombre, su esclavo, su negro, la

mente capaz de proporcionarle esas palabras perfectas para cada ocasión que causen admiración entre sus oyentes.

No le quepa la menor duda, ningún otro, por elevado que sea su precio, será capaz de poner en su boca y en su pluma frases tan brillantes como las mías, aforismos tan cultos, pensamientos tan profundos ni bromas tan ocurrentes como los que yo ofrezco.

Sean cuáles sean sus deseos, el negro siempre responde, siempre cumple. La mejor oratoria, la inteligencia más portentosa, la más amplia cultura, los pensamientos más profundos y filosóficos, brillantez, bonhomía, carisma. Todo ello a su alcance por un módico precio. Nunca encontrará un paniaguado tan fiel y servicial como su rendido esclavo. Me bastan las migajas de su gloria, la satisfacción del deber cumplido y un mendrugo de pan para sentirme satisfecho con mi miserable y frustrante existencia.

Hay muchos genios al servicio de patanes como usted. Pero ninguno tan brillante como yo. Hay muchos patanes con más brillo y dinero que los que le adornan. Personas más poderosas. Pero no por ello debe renunciar a la excelencia ni a los económicos servicios del negro, alguien capaz de dar fuste al más inútil de sus adinerados pagadores.

Siempre a su servicio:

El negro

EPÍLOGO

Crisis, crisis, crisis. Muchas páginas ya hablando sobre ellas. Materiales, la mayoría. Son las que parecen más apremiantes. Las urgencias del tener, del comer, del vivir son las que más nos acongojan.

También las del espíritu y el ánimo. O del alma, las del alma que tan pesadas pueden llegar a resultar, por intangibles que sean, por incomprensibles que parezcan al resto. También de ellas hemos hablado.

Y de pequeñas crisis personales: creativa, de confianza en tus posibilidades, afectiva, profesional. Todas son diminutas comparadas con las de quien está en peor situación que la nuestra, pero tan vitales que uno no puede deshacerse de ellas.

Nos resta un último pensamiento acerca de la crisis. Hemos hablado de muchos tipos de crisis y, entre ellas, nos hemos referido a la crisis de valores. Crisis ética o de lo que algunos, los que nos consideramos optimistas, llamamos humanidad.

Hablando de humanidad, ¿en qué época de nuestra historia, pasada o reciente, no se han alzado voces en todo lugar y en cualquier idioma clamando por la recuperación de esos supuestos valores humanos? Querriamos pensar que los valores existen, que la humanidad se ha aferrado a ellos en algún momento pero, siendo racionales más que optimistas, da la impresión de que la falta de valores es lo normal. La maldad, en todas sus formas, es tan común que la normalidad reside en la falta de valores, en los egoísmos, los abusos de poder, la hipocresía, la desidia ante el dolor ajeno, la desfachatez y prepotencia en nuestros actos, la mezquindad. Da igual que lo justifiquemos recurriendo a nuestra herencia genética, al éxito evolutivo, al triunfo social, a las necesidades de patrias, sujetos o cualquier entidad a la que afirmemos servir. Como especie somos una plaga para las demás y la fuente de constante sufrimiento entre nosotros.

Así las cosas, parece absurdo hablar de crisis de valores. Sería más bien cotidianidad. Y, sin embargo, aunque así fuera, nosotros que, en el fondo y en la forma, somos optimistas, desearíamos que llegase esa crisis de valores que trocarse los nefastos actuales por los idealmente deseados a lo largo de la historia por cualquier hombre o mujer de bien e incluso por muchos no tan buenos, que pusiera ese valor añadido al género humano, a su razón, a su integridad, honradez, moralidad, y acabara con todas estas pequeñas o grandes crisis actuales y de toda época que nacen, en su mayoría, de tantas maldades cotidianas, pequeñas y grandes, atávicas o adquiridas.

EL PUNTO Y FINAL

Llegamos al final de este número 31 de la revista que muchos, sin duda, creíais imposible ver en vuestras manos. Un número crítico, por lo que ha supuesto de laborioso y lo que se ha demorado, reflejando en su génesis pálidos reflejos de las crisis a las que nos hemos referido a lo largo de estas páginas.

Pero aquí está. Aquí estamos. Aquí seguiremos, por más que el silencio y el tiempo parezcan ganarnos la partida. No, nuestras voces no se van a detener, a perder, tan fácilmente.

Solo nos resta agradecer su colaboración a nuestros dos ilustres fernandos: a Fernando García Maroto por mostrarnos un folio, que no un corazón, tan blanco, a Fernando Sánchez Calvo por compartir sus voces perdidas. Al inefable Burlón, que esta vez se nos ha trocado en poeta. A Gerardo Monedero por su crítica portada. Y, cómo no, a todos los lectores que son y han

sido de esta revista. Volveremos, pues. Tomadlo como un anuncio, que no una amenaza.

Enviad las colaboraciones a:

e-mail: despertardelosmuertos@yahoo.es

También podéis bajaros las revistas que no tengáis de nuestra página

web:

<http://www.eldespertarmuertos.es>

Así como adquirirlos o descargarlos de nuestra página en Bubok:

<http://www.bubok.es/autores/eldespertar>

Hasta pronto.

ÍNDICE

| | |
|------------------------------------|----|
| Editorial..... | 1 |
| Crisis..... | 2 |
| Un habitante del parque..... | 3 |
| Los consejos de Mr. Spock..... | 14 |
| Terror blanco..... | 15 |
| Extrañamiento..... | 18 |
| Calentamiento y productividad..... | 25 |
| Crisis existencial..... | 28 |
| El héroe de nuestro tiempo..... | 29 |
| He perdido las voces..... | 40 |
| El rapto de Europa..... | 45 |
| Agradar a los dioses..... | 46 |
| Filántropos..... | 49 |
| Aliterado..... | 50 |
| El tratamiento..... | 51 |
| Economía cuántica..... | 56 |
| Comemierdas..... | 61 |
| Último acto en Palmira..... | 64 |
| La prima de Riesgo..... | 66 |
| Pis homeopático..... | 71 |

| | |
|-----------------------------------|-----|
| Vocabulario..... | 74 |
| Mi crisis creativa..... | 75 |
| Aprender de los errores..... | 76 |
| Las carreras de Hamilton..... | 77 |
| Voces de ultratumba..... | 78 |
| El saber de la señora Potter..... | 80 |
| La píldora amarga..... | 81 |
| Falta de vocaciones..... | 84 |
| UPPU fiesta..... | 93 |
| Cartas al director..... | 95 |
| Calendario..... | 95 |
| Las listas de 10..... | 97 |
| Se ofrece..... | 98 |
| Epílogo..... | 99 |
| El punto y final..... | 100 |
| Índice..... | 103 |

